

WIDENER



HN JS2E H

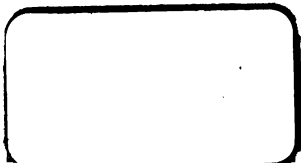
SAL 7465.15

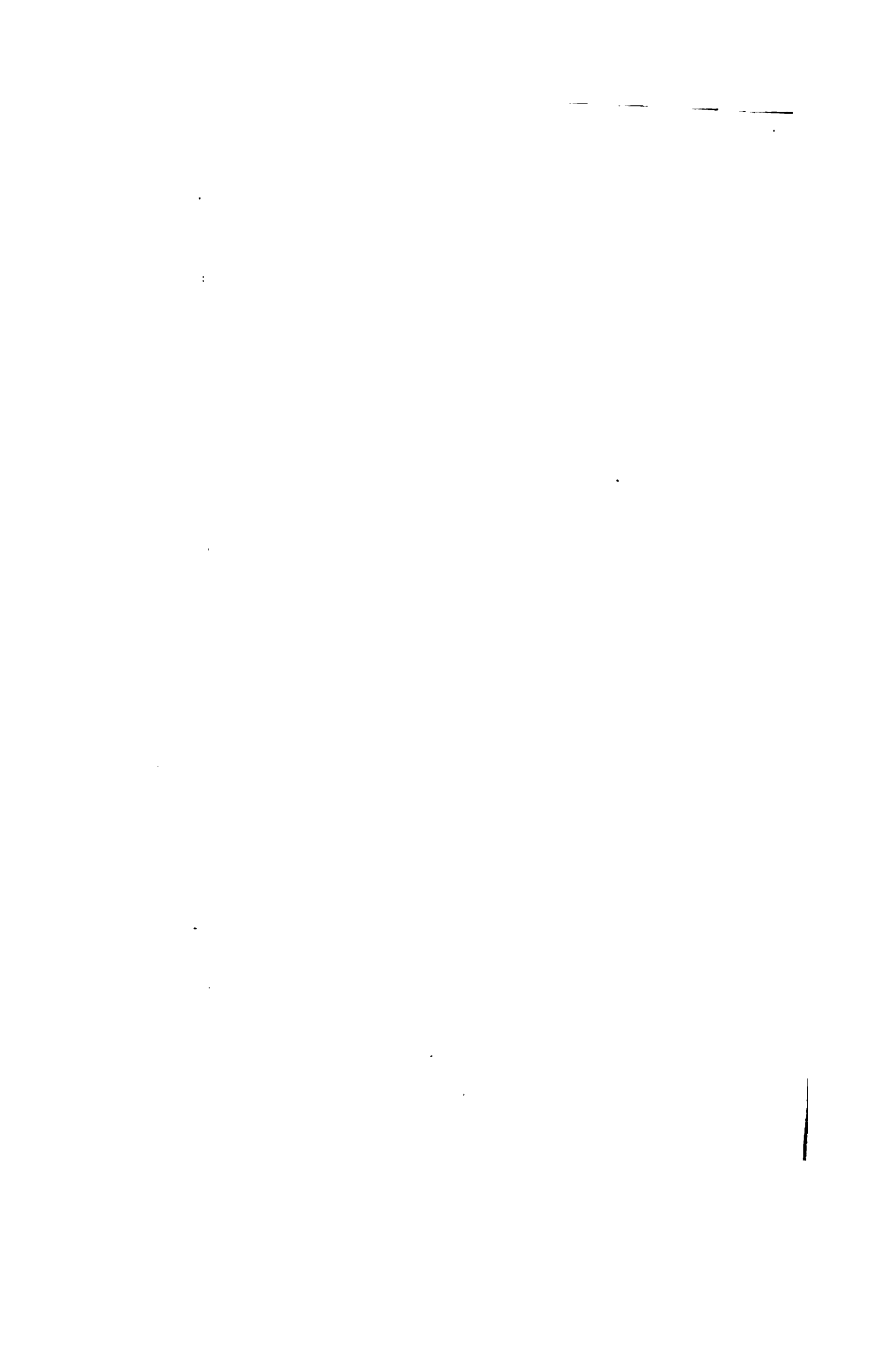
ok

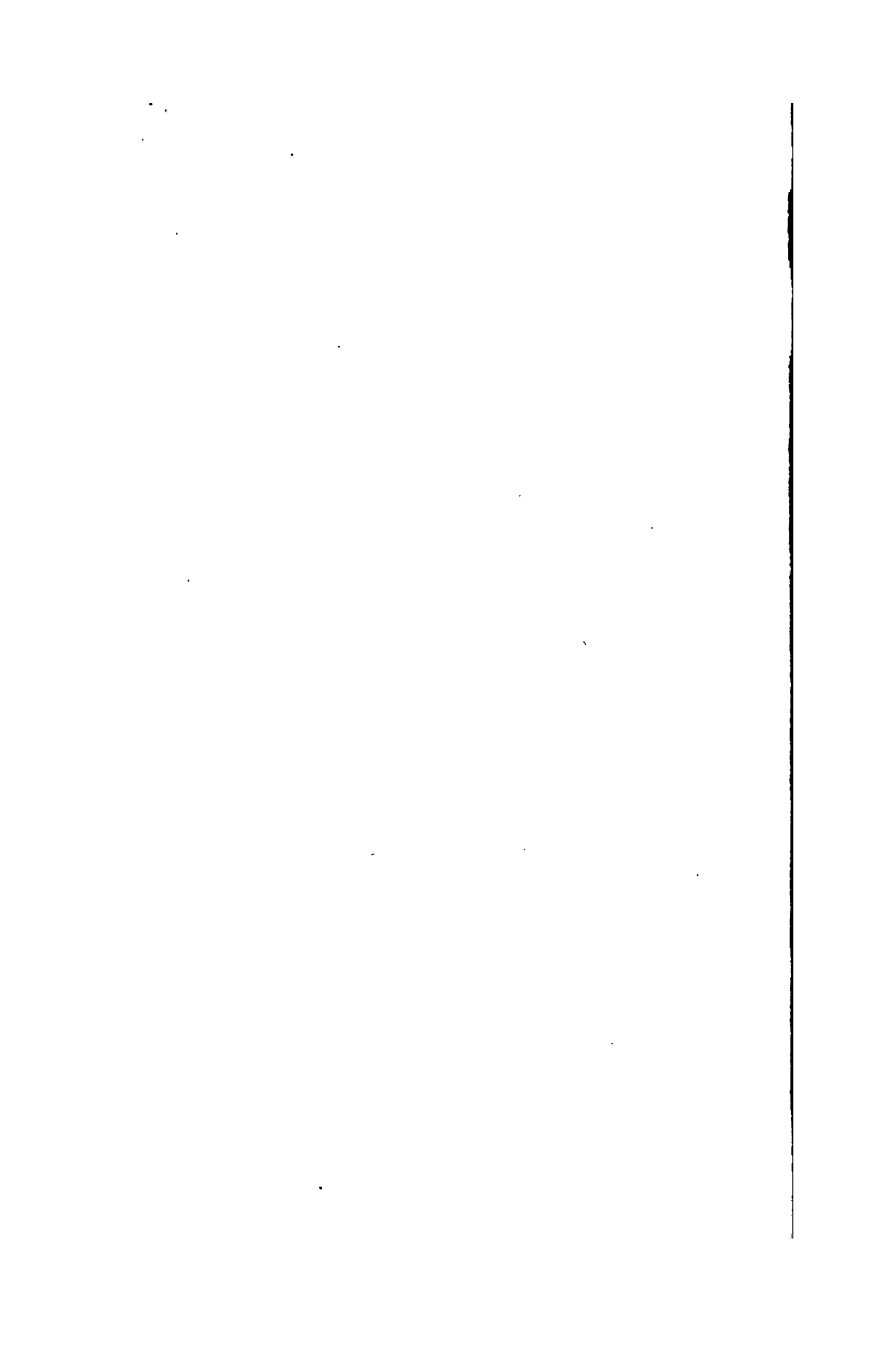
HARVARD COLLEGE
LIBRARY



From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866-1894







"Colección Artística"

URUGUAY

Cuentos y narraciones
de
Autores uruguayos contemporáneos
reunidos
y precedidos de un prólogo y apuntes literarios
por
B. FERNÁNDEZ Y MEDINA



MONTEVIDEO
DONSALICHI Y REYES, EDITORES,
Calle 18 de Julio, 77 y 79
1903.



Uruguay

"Colección Artística"

Uruguay

Cuentos y narraciones
de
Autores uruguayos contemporáneos

REUNIDOS

y precedidos de un prólogo y apuntes literarios

por

B. FERNÁNDEZ Y MEDINA



MONTEVIDEO

DORNALECHE Y REYES, EDITORES.

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1895.

SALT 465.15
✓



Nash, Harold

*65.15
21*

Prólogo

-



Prólogo

Creo que este libro nace con buena estrella y que ha de ser recibido con satisfacción.

Él va á revelar un verdadero tesoro de la joven literatura del Uruguay, con las producciones más originales y características y por tanto más nacionales.

Para muchos será una sorpresa, porque si no tenemos literatura nacional, ni buenos literatos, según la opinión común, ¿cómo es posible que se forme una colección de cuentos y de cuentos de autores contemporáneos solamente?

Pero aquí está la prueba, en la colección voluminosa, donde los lectores verán desfilar escenas y cuadros que les son muy familiares, imaginaciones ex-

travagantes ó lógicas, refinamientos de estilo y exuberancias incultas.

Acaso ningún país de América puede presentar actualmente un libro como éste, y el mismo colector de los cuentos escogidos de autores castellanos, publicados en París recientemente (1), ha de sentir remordimiento al ver que el pequeño país que no está representado en aquel libro, puede formar por sí solo uno mayor y relativamente más valioso.

Es cierto que esta parte de nuestra literatura es poco ó nada conocida en el extranjero, pues apenas algunos poetas y prosistas han merecido el honor de figurar en Antologías y Colecciones formadas Dios sabe cómo (2). Pero también es cierto que el género novelesco, y sobre todo los cuentos, no han tenido

(1) Edición de Garnier, 1894. El colector es Enrique Gómez Carrillo.

(2) Puede citarse como excepción la colección *Cuentos Americanos*, publicada en Barcelona en 1893, bajo la dirección de don Antonio Rubió y Lluch, en la que por primera vez aparece un cuento uruguayo, y es uno mfo y de los que reputo más defectuosos.

cultivadores de valer hasta hace pocos años.

Magariños Cervantes, Antonio Díaz, Gregorio Pérez Gomar, Pedro S. Lamas, Carlos María Ramírez, Manuel Herrero y Espinosa, y algún otro, escribieron novelas, pero sólo Magariños en *Caramurú*, acertó á reproducir algunos rasgos de la vida nacional; y esa novela es la que puede contarse como inicial de la escuela.

Aparte de estos ensayos, y de las *fantasías* y artículos de costumbres, mal observadas generalmente, que se hallan en las colecciones de los diarios, muy pocos cuentos verdaderamente nacionales se habían publicado hasta estos últimos años; pues los mismos artículos de Daniel Muñoz son antes descripciones que cuentos.

Rafael Fragueiro, José Luis Antuña y algunos otros empezaron á escribir novelas cortas, y el segundo trató, aunque sin éxito, de darles carácter local. Después de ellos, desde 1885, ó más bien desde 1890 aparecen los cuentistas que prefieren los asuntos nacionales.

En esta colección, los que más lucen son sin duda esos cuentos que revelan diversas fases de la vida campesina del Uruguay, con una verdad que los autores de novelas y poemas de pretendido carácter nacional, no habían sabido ver.

Fácilmente se hallará en nuestros cuentistas semejanzas y filiaciones respecto de cuentistas extranjeros: Tolstoi, Turguenef, Gogol, Bret Harte, Maupassant, y Sacher Masoch, tienen discípulos en Acevedo Díaz, Daniel Muñoz, Teófilo E. Díaz, Arena, Bernárdez, Magariños Solsona, Giribaldi Heguy, Cardozo y otros; pero discípulos inconscientes los más. Los que se parecen á Bret Harte, á Tolstoi y á Sacher Masoch, no será seguramente porque los hayan leído y los imiten, sino porque al representar tipos y escenas semejantes á las de los cuentos de aquellos grandes autores, al ponerse en contacto, sobre todo, con el elemento popular, han hallado la misma naturalidad, la misma poesía, igual intensidad en las pasiones, idéntico vigor en la naturaleza.

Yo creo que de esta colección podrá decirse, exceptuada mi parte, lo que dice Taine hablando de Chaucer, que si hay algo más agradable que un hermoso cuento, es un conjunto de cuentos hermosos, y sobre todo cuando ellos son de todos colores (1).

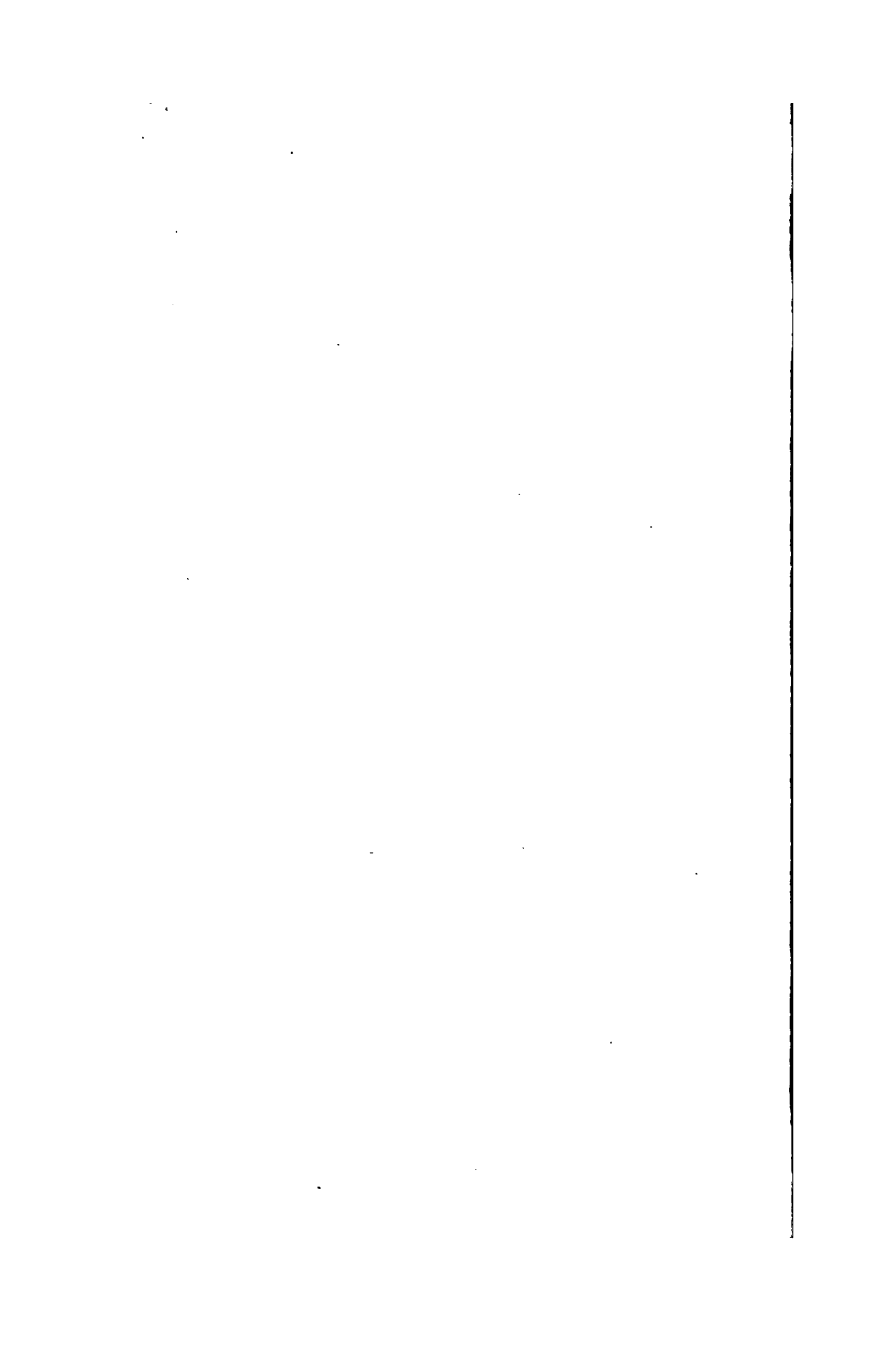
Los cuentos del libro *Uruguay* son ciertamente de todos colores, y como los de la colección francesa contemporánea de que habló el ya citado Gómez Carrillo, «emocionan, interesan, deleitan y preocupan al mismo tiempo».

Esta colección prueba que hay en el Uruguay una literatura nueva, verdaderamente nacional, vigorosa y tan abundante en promesas como en realidades. Por eso, he empezado el prólogo diciendo que el libro nace con buena estrella, y lo cierro con la misma esperanza halagueña: *Tienen su destino los libros*, dijo el anónimo poeta latino.

B. F. Y M.

Montevideo, Enero 1895.

(1) *Littérature Anglaise*, Libro I, Cap. III.



"Colección Artística"

URUGUAY

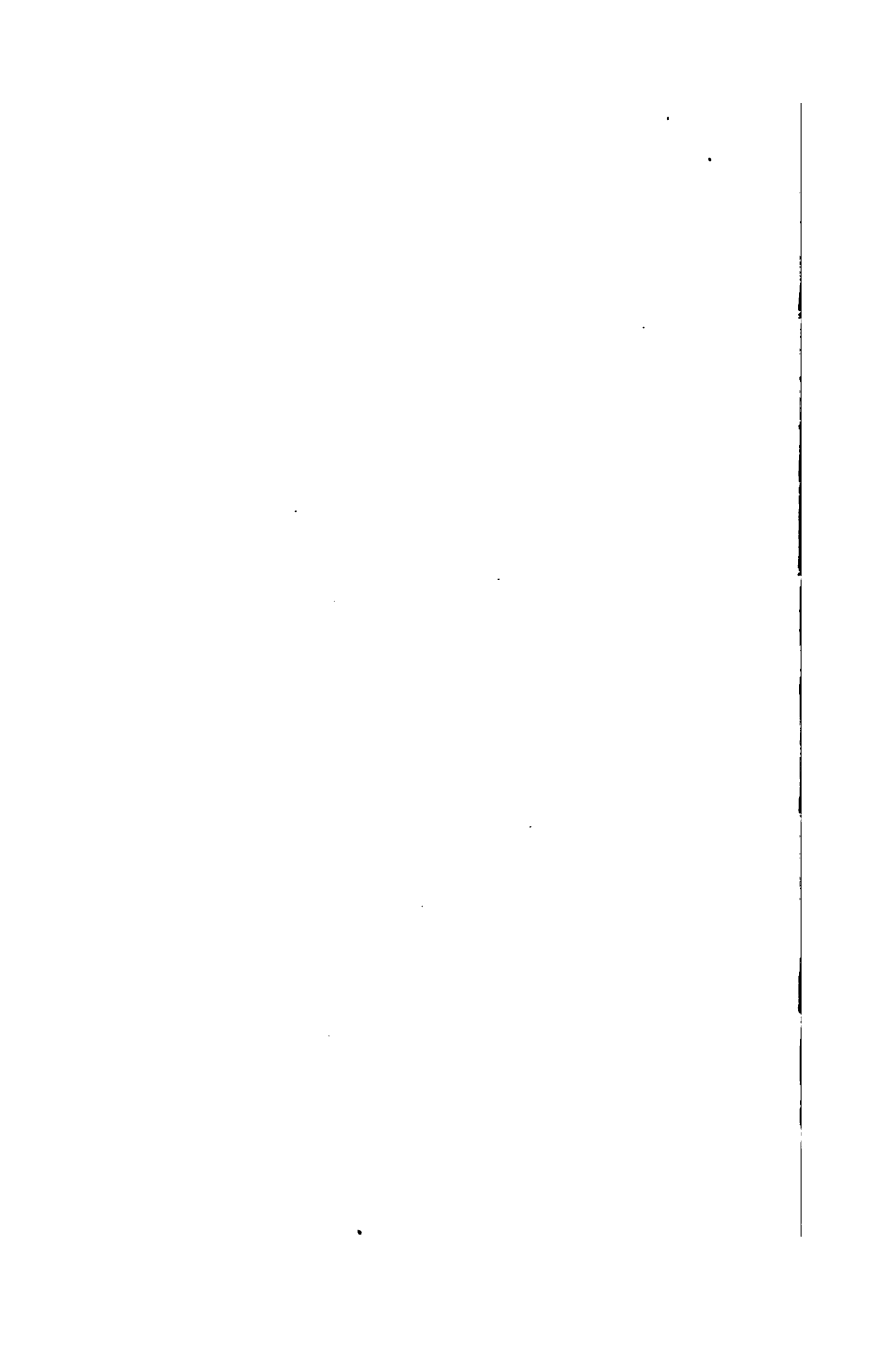
Cuentos y narraciones
de
Autores uruguayos contemporáneos
reunidos
y precedidos de un prólogo y apuntes literarios
por
B. FERNÁNDEZ Y MEDINA



MONTEVIDEO
DORVILLE Y REYES, EDITORES,
Calle 18 de Julio, 77 y 79
1935.



Uruguay



"Colección Artística"

Uruguay

Cuentos y narraciones
de
Autores uruguayos contemporáneos

REUNIDOS

y precedidos de un prólogo y apuntes literarios

por

B. FERNÁNDEZ Y MEDINA



MONTEVIDEO

DORNALECHE Y REYES, EDITORES.

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1895.

SAL7 465.15
✓



Nash, Harold

101
102
103
104

Prólogo

puestos los ojos en el paisaje oscuro y siniestro del fondo de donde venían, cual si sintiesen todavía el calor de la pólvora y el clamoreo de guerra.

Allí cerca, al frente, percibíase una «tapera» entre las sombras. Dos paredes de barro batido sobre «tacuaras» horizontales, agujereadas y en parte derruidas; las testeras, como el techo, habían desaparecido.

Por lo demás, varios montones de escombros sobre los cuales crecían viciosas las hierbas, y á los costados, formando un cuadrado incompleto, zanjás semi cegadas, de cuyo fondo surgían saúcos y cicutas en flexibles bastones ornados de racimos negros y flores blancas.

—¡A formar en la tapera!—dijo el sargento con ademán de imperio. Los caballos á retaguardia con las mujeres, á que pellizquen... ¡Cabo Mauricio! haga echar cinco tiradores vientre á tierra, atrás del cicutal... Los otros adentro de la tapera, á cargar tercerolas y trabucos. ¡Pie á tierra, dragones, y listos, canejó!

La voz del sargento resonaba bronca y enérgica en la soledad del sitio.

Ninguno replicó.

Todos traspusieron la zanja, y desmontaron, reuniéndose poco á poco.

Las órdenes se cumplieron. Los caballos fueron maneados detrás de una de las paredes de lodo seco, y junto á ellos se echaron los mastines resollantes. Los tiradores se arrojaron al suelo á espaldas de la hondonada cubierta de malezas, mordiendo el cartucho; el resto de la extraña tropa distribuyóse en el interior de las ruinas que ofrecían buen número de troneras, por donde asestar las armas de fuego; y las mujeres, en vez de hacer compañía á las transidas cabalgaduras, pusiéronse á desatar los sacos de munición ó pañuelos llenos de cartuchos deshechos que los dragones llevaban atados á la cintura en defecto de cananas.

Empezaban afanosos á rehacerlos, en cuclillas, apoyadas en las piernas de los hombres, cuando caía ya la noche.

—Naide pite,—dijo el sargento.—Carguen con poco ruido de baqueta y reserven los naranjeros hasta que yo ordene... ¡Cabo Mauricio! vea que esos

mandrias no se duerman si no quieren que les chamusquee las cerdas... ¡Mucho ojo y la oreja parada!

— Descuide, sargento, — contestó el cabo con gran ronquera; — no hace falta la advertencia, que aquí hay más corazon que garganta de sapo.

Transcurrieron breves instantes de silencio.

Uno de los dragones, que tenía el oído en el suelo, levantó la cabeza, y murmuró bajo:

— Se me hace tropel... ha de ser caballería que avanza.

Un rumor sordo de muchos cascos sobre la alfombra de hierbas cortas, empezaba en realidad á percibirse distintamente.

— Armen cazoleta y aguaiten, que ahí vienen los portugueses. ¡Va el pellejo, barajo! Y es preciso ganar tiempo á que resuellen los mancarrones.

¡Ciriaca! ¿te queda caña en la mimosa?

— Está á mitad, — respondió la aludida, que era una criolla maciza vestida á lo hombre, con las greñas recogidas hacia arriba y ocultas bajo un

chambergos incoloros, de barboquejo de lonja sobada. — Mirá, güeno es darles un trago á los hombres...

— Dales chinaza á los de avanzada, sin pijotearles.

Ciriaca se encaminó á saltos, evitando las « rosetas », agachóse y fué pasando el « chifle » de boca en boca.

Mientras esto hacía, el dragón de un flanco le acariciaba las piernas, y el del otro le hacía cosquillas en el seno, cuando ya no era que le pellizcaba alguna forma más mórbida, diciendo: ¡luna llena!

— Te ha de alumbrar muerto, zafao! — contestaba ella riendo al uno, y al otro: ¡largá lo ajeno, indino! — y al de más allá: ¡á ver si aflojás el chisme, mamón!

Y repartía cachetes.

— ¡Poca vara alta quiero yo! — gritó el sargento con acento estentóreo. ¡Estamos para clavar el pico, y andan á los requiebros, golosos!

Apartate Ciriaca, que aurita no más chiflan las redondas.

En ese momento acrecentóse el rumor

sordo, y sonó una descarga entre voceríos salvajes.

El pelotón contestó con brío.

La tapera quedó envuelta en una densa humareda sembrada de tacos ardiendo; atmósfera que se disipó bien pronto, para volverse á formar entre nuevos fogonazos y broncos clamoreos.

II

En los intervalos de las cargas y disparos, oíase el furioso ladrido de los mastines haciendo coro á los ternos y crudos juramentos.

Un semicírculo de fogonazos indicaba bien á las claras que el enemigo había avanzado en forma de media luna para dominar la tapera con su fuego graneado.

En medio de aquel tiroteo, Ciriaca se lanzó fuera con un atado de cartuchos, en busca de Mauricio.

Cruzó el corto espacio que separaba á éste de la tapera, en cuatro manos, entre silbidos siniestros.

Los tiradores se revolvían en los pas-tos como culebras, en constante ejerci-cio de baquetas.

Uno estaba inmóvil, boca abajo.

La china le tiró de la melena, y no-tóla inundada de un líquido caliente.

—¡Mirá!—exclamó—le han dado en el testuz.

—Ya no traga saliva,—añadió el cabo.

—¿Trajiste pólvora?

—Aquí hay, y balas que hacer tra-gar á los portugueses. ¡Lástima que estea oscuro!... ¡Cómo tiran esos mandrias!

Mauricio descargó su carabina. Mien-tras extraía su cartucho del saquillo, dijo, mordiéndolo:

—Antes que éste, ya quisieran ellos otro calor. ¡Ah, si te agarran, Ciriaca! A la fija que te castigan como á Fer-mina.

—¡Que vengan por carne! — barbotó la china.

Y esto diciendo, echó mano á la ter-cerola del muerto, que se puso á ba-quetear con gran destreza.

—¡Fuego! rugía la voz del sargento.— Al que afloje lo degüello con el mellao.

III

Las balas que penetraban en la tapera habían dado ya en tierra con tres hombres. Algunas, perforando el débil muro de lodo hirieron y derribaron varios de los transidos matalotes.

La segunda de las criollas, compañera de Sanabria, de nombre Catalina, cuando más recio era el fuego que salía del interior por las troneras improvisadas, escurrióse á manera de tigre por el cicutal, empuñando la carabina de uno de los muertos.

—Era Cata, —como la llamaban, — una mujer fornida y hermosa, color de cobre, ojos muy negros velados por espesas pestañas, labios hinchados y rojos, abundosa cabellera, cuerpo de un vigor extraordinario, entraña dura y acción sobria y rápida. Vestía blusa y chiripá y llevaba el sable á la bandomera.

La noche estaba muy oscura, llena de nubes tempestuosas; pero los rojos

culebrones de las alturas ó grandes «refucilos» en lenguaje campesino, alcanzaban á iluminar el radio que el fuego de las descargas dejaba en las tinieblas.

Al fulgor del relampagueo, Cata pudo observar que la tropa enemiga había echado pie á tierra y que los soldados hacían sus disparos de «mampuesta» sobre el lomo de los caballos, no dejando más blanco que sus cabezas.

Algunos cuerpos yacían tendidos aquí y allá. Un caballo moribundo con los cascos para arriba se agitaba en convulsiones sobre su jinete muerto. De vez en cuando un trompa de órdenes lanzaba sonos precipitados de atención y toques de guerrilla, ora cerca, ya lejos, según la posición que ocupaba su jefe.

Una de esas veces, la corneta resonó muy próxima.

A Cata le pareció por el eco que el resuello del trompa no era mucho, y que tenía miedo.

Un relámpago vivísimo bañó en ese instante el matorral y la loma, y per-

mitióle ver á pocas varas al jefe del destacamento portugués que dirigía en persona un despliegue sobre el flanco, montado en un caballo tordillo.

Cata, que estaba encogida entre los saúcos, lo reconoció al momento.

Era el mismo: el capitán Heitor, con su morrión de penacho azul, su casaquilla de alamares, botas largas de cuero de lobo, cartera negra y pistoleras de piel de gato. Alto y membrudo, con el sable corvo en la diestra, sobresalía con exceso de la montura, y hacía caracolear su tordillo de un lado á otro, empujando con los encuentros á los soldados para hacerlos entrar en fila.

Parecía iracundo, hostigaba con el sable y prorrumpía en denuestos.

Sus hombres, sin largar los cabestros, y sufriendo los arranques y sacudidas de los reyunos alborotados, redoblaban el esfuerzo, unos rodilla en tierra, otros escudándose en las cabalgaduras.

Chispeaba el pedernal en las cazoletas en toda la línea, y no pocas balas caían sin fuerza á corta distancia junto al taco ardiendo.

Una de ellas dió en la cabeza de Cata, sin hierla, pero derribándola de costado.

En esa posición, sin lanzar un grito, empezó á arrastrarse en medio de las malezas hacia lo intrincado del matorral, sobre el que apoyaba su ala Heitor.

Una hondonada cubierta de breñas favorecía sus movimientos.

En su avance de felino, Cata llegó á colocarse á retaguardia de la tropa, casi encima de su jefe. Oía distintamente las voces de mando, los lamentos de los heridos, y las frases coléricas de los soldados, proferidas ante una resistencia inesperada, tan firme como briosa.

Veía ella en el fondo de las tinieblas la mancha más oscura aún que formaba la tapera, de la que surgían chisporroteos continuos y lúgubres silbos que se prolongaban en el espacio, pasando con el plomo mortífero por encima del matorral; á la vez que percibía á su alcance la masa de asaltantes al resplandor de sus propios fogos.

nazos, moviéndose en orden, avanzando ó retrocediendo, según las voces imperativas.

IV

De la tapera seguían saliendo chorros de fuego entre una humareda espesa que impregnaba al aire de fuerte olor á pólvora.

En el drama del combate nocturno, con sus episodios y detalles heroicos, como en las tragedias antiguas, había un coro extraño, lleno de ecos profundos, de esos que sólo parten de la entraña herida. Al unísono con los estampidos, oíanse gritos de muerte, alaridos de hombre y de mujer unidos por la misma cólera, sordas ronqueras de caballos espantados, furioso ladrar de perros; y cuando la radiación eléctrica esparcía su intensa claridad sobre el cuadro, tiñéndolo de un vivo color amarillento, mostraba al ojo del atacante, en medio de nutrido bosqueje, dos picachos negros de los que brotaba el

plomo, y deformes bultos que se agitaban sin cesar como en una lucha cuerpo á cuerpo. Los relámpagos sin serie de retumbos, á manera de gigantes cabelleras de fuego desplegando sus hebras en el espacio negro, contrastaban por el silencio con las rojizas bocanadas de las armas seguidas de recias detonaciones. El trueno no acompañaba al coro, ni el rayo como ira del cielo la cólera de los hombres. En cambio, algunas gruesas gotas de lluvia caliente golpeaban á intervalos en los rostros sudorosos, sin atenuar por eso la fiebre de la pelea.

El continuo choque de proyectiles había concluído por desmoronar uno de los tabiques de barro seco, ya débil y vacilante á causa de los movinientos de hombres y de bestias, abriendo ancha brecha por la que entraban las balas en fuego oblicuo.

La pequeña fuerza no tenía más que seis soldados en condiciones de pelea. Los demás habían caído uno en pos de otro, ó rodado heridos en la zanja del fondo, sin fuerzas ya para el manejo del arma.

Pocos cartuchos quedaban en los saquillos.

El sargento Sanabria, empuñando un trabuco, mandó cesar el fuego, ordenando á sus hombres que se echasen de vientre para aprovechar sus últimos tiros cuando el enemigo avanzase.

— Ansí que se quemen éstos — añadió — monte á caballo el que pueda, y á rumbeare por el lao de la cuchilla... Pero antes, naide se mueva si no quiere encontrarse con la boca de mi trabuco... ¿Y qué se han hecho las mujeres? No veo á Cata...

— Aquí hay una, — contestó una voz enronquecida. — Tiene rompida la cabeza, y ya se ha puesto medio dura...

— Ha de ser Ciriaca.

— Por lo motosa es la mesma, á la fija.

— ¡Cállense! — dijo el sargento.

El enemigo había apagado también sus fuegos, suponiendo una fuga, y avanzaba hacia la « tapera ».

Sentíase muy cercano ruido de caballos, choque de sables y crujido de cazoletas.

— No vienen de á pie,—dijo Sanabria.—¡Menudeen bala!

Volvieron á estallar las descargas.

Pero, los que avanzaban eran muchos y la resistencia no podía prolongarse. Era necesario morir ó buscar la salvación en las sombras y en la fuga.

El sargento Sanabria descargó con un bramido su trabuco.

Multitud de balas silbaron al frente; las carabinas portuguesas asomaron casi encima de la zanja sus bocas á manera de colosales tucos, y una humaza densa circundó la « tapera » cubierta de tacos inflamados.

De pronto, las descargas cesaron.

Al recio tiroteo se siguió un movimiento confuso en la tropa asaltante, choques, voces, tumultos, chasquidos de látigos en las tinieblas, cual si un pánico repentino la hubiese acometido; y tras de esa confusión pavorosa algunos tiros de pistola y frenéticas carreras, como de quienes se lanzan á escape acosados por el vértigo.

Después un silencio profundo...

Sólo el rumor cada vez más lejano de

la fuga, se alcanzaba á percibir en aquellos lugares desiertos y minutos antes animados por el estruendo. Y hombres y caballerías parecían haber sido arras-trados por una tromba invisible que los estrujara con cien rechinamientos entre sus poderosos anillos.

V

Asomaba una aurora gris-cenicienta, pues el sol era impotente para romper la densa valla de nubes tormentosas, cuando una mujer salía arrastrándose sobre manos y rodillas del matorral vecino; y ya en su borde, que trepó con esfuerzo, se detenía sin duda á cobrar alientos, arrojando una mirada escudri-ñadora por aquellos sitios desolados.

Jinetes y cabalgaduras entre charcos de sangre, tercerolas, sables y morriones caídos acá y acullá, tacos todavía humeantes, lanzones mal encajados en el suelo blando de la hondonada con sus banderolas hechas fleco, algunos heridos revolviéndose en las yerbas, lívi-

dos, exangües, sin alientos para alzar la voz: tal era el cuadro en el campo que ocupó el enemigo.

El capitán Heitor yacía boca abajo junto á un abrojal ramoso.

Una bala certera disparada por Cata lo había derribado de los lomos en mitad del asalto, produciendo el tiro y la caída la confusión y la derrota de sus tropas, que en la oscuridad se creyeron acometidos por la espalda.

Al huir aturdidos, presas de un terror súbito, descargaron los que pudieron sus grandes pistolas sobre las breñas, alcanzando á Cata un proyectil en medio del pecho.

De ahí le manaba un grueso hilo de sangre negra.

El capitán aun se movía. Por instantes se crispaba violento, alzándose sobre los codos, para volver á quedarse rígido. La bala le había atravesado el cuello, que tenía todo enrojecido y cubierto de cuajarones.

Revolcado, con las ropas en desorden y las espuelas enredadas en la maleza, era el blanco del ojo bravío y siniestro

de Cata, que á él se aproximaba en felino arrastre con un cuchillo de mango de asta en la diestra.

Hacia el frente, veíase la tapera hecha terrones; la zanja con el cicutal aplastado por el peso de los cuerpos muertos; y allá en el fondo, donde se manearon los caballos, un montón deforme en que sólo se descubrían cabezas, brazos y piernas de hombres y matalotes en lúgubre entrevero.

El llano estaba solitario. Dos ó tres de los caballos que habían escapado á la matanza, mustios, con los ijares hundidos y los aperos revueltos, pugnaban por triscar los pastos á pesar del freno. Salíales junto á las coscojas un borbollón de espuma sanguinolenta.

Al otro flanco, se alzaba un monte de talas cubierto en su base de arbustos espinosos.

En su orilla, como atisbando la presa, con los hocicos al viento y las narices muy abiertas, ávidas de olfateo, media docena de perros cimarrones iban y venían inquietos lanzando de vez en cuando sordos gruñidos.

Catalina, que había apurado su avance, llegó junto á Heitor, callada, jadeante, con la melena suelta como un marco sombrío á su faz bronceada; reincorporóse sobre sus rodillas, dando un ronco resuello, y buscó con los dedos de su izquierda el cuello del oficial portugués, apartando el líquido coagulado de los labios de la herida.

Si hubiese visto aquellos ojos negros y fijos, aquella cabeza clinuda inclinada hacia él, aquella mano armada de cuchillo, y sentido aquella respiración entrecortada en cuyos hálitos silbaba el instinto como un reptil quemado á hierro, el brioso soldado hubiérase estremecido de pavor.

Al sentir la presión de aquellos dedos duros como garras, el capitán se sacudió, arrojando una especie de bramido que hubo de ser grito de cólera; pero ella, muda é implacable, introdujo allí el cuchillo, lo revolvió con un gesto de espantosa saña, y luego cortó con todas sus fuerzas, sujetando bajo sus rodillas la mano de la víctima, que tentó alzarse convulsa.

—¡Al fiudo ha de ser!— rugió el dragón-hembra con ira reconcentrada.

Tejidos y venas abriéronse bajo el acerado filo hasta la tráquea, la cabeza se alzó besando dos veces el suelo, y de la ancha desgarradura saltó en espeso chorro toda la sangre entre ronquidos.

Esa lluvia caliente y humeante bañó el seno de Cata, corriendo hasta el suelo.

Soportóla inmóvil, resollante, hoscosa, fiera; y al fin, cuando el fornido cuerpo del capitán cesó de sacudirse quedando encogido, crispado, con las uñas clavadas en tierra, en tanto el rostro vuelto hacia arriba enseñaba con la boca abierta y los ojos saltados de las órbitas el ceño iracundo de la última hora, ella se pasó el puño cerrado por el seno de arriba abajo con expresión de asco, hasta hacer salpicar los coágulos lejos, y exclamó con indecible rabia:

—¡Que la lamban los perros!

Luego se echó de bruces, y siguió arrastrándose hacia la tapera.

Entonces los cimarrones coronaron la loma, dispersos, á paso de fiera, alar-

gando cuanto podían sus pescuezos de erizados pelos, como para aspirar mejor el fuerte vaho de los declives.

VI

Algunos cuervos enormes, muy negros, de cabeza pelada y pico gancho, extendidas y casi inmóviles las alas, empezaban á poca altura sus giros en el espacio, lanzando su graznido de ansia lúbrica como una nota funeral.

Cerca de la zanja, veíase un perro cimarrón con el hocico y el pecho ensangrentados. Tenía propiamente botas rojas, pues parecía haber hundido los remos delanteros en el vientre de un cadáver.

Cata alargó el brazo y lo amenazó con el cuchillo.

El perro gruñó, enseñó el colmillo, el pelaje se le erizó en el lomo, y bajando la cabeza preparóse á acometer, viendo sin duda cuán sin fuerzas se arrastraba su enemigo.

—¡Vení, Canelón!—gritó Cata colé-

rica, como si llamara á un viejo amigo.
¡A él, Canelón! . . .

Y se tendió, desfallecida . . .

Allí, á poca distancia, entre un montón de cuerpos acribillados de heridas, polvorientos, inmóviles con la profunda quietud de la muerte, estaba echado un mastín de piel leonada, como haciendo la guardia á su amo.

Un proyectil le había atravesado las paletas en su parte superior, y parecía postrado y dolorido.

Más lo estaba su amo. Era éste el sargento Sanabria, acostado de espaldas, con los brazos sobre el pecho, y en cuyas pupilas dilatadas vagaba todavía una lumbre de vida.

Su aspecto era terrible.

La barba castaña recia y dura, que sus soldados comparaban con el borlón de un toro, aparecía teñida de rojinegro.

Tenía una mandíbula rota, y los dos fragmentos del hueso saltados hacia afuera entre carnes trituradas.

En el pecho, otra herida. Al pasarle el plomo el tronco, habíale destrozado una vértebra dorsal.

Agonizaba tieso, aquel organismo poderoso.

Al grito de Cata, el mastín que junto á él estaba, pareció salir de su sopor; fué levántalo trémulo, como entumecido, dió algunos pasos inseguros fuera del cicutal y asomó la cabeza...

El cimarrón bajó la cola y se alejó relamiéndose los bigotes, á paso lento, importándole más el festín que la lucha. Merodeador de las breñas, compañero del cuervo, venía á hozar en las entrañas frescas, no á medirse en la pelea.

Volvióse á su sitio el mastín, y Cata llegó á cruzar la zanja y dominar el lúgubre paisaje.

Detuvo en Sanabria, tendido delante, sobre lecho de cicutas, sus ojos negros, febriles, relucientes con una expresión intensa de amor y de dolor.

Y arrastrándose siempre llegóse á él, se acostó á su lado, tomó alientos, volvióse á incorporar con un quejido, lo besó ruidosamente, apartóle las manos del pecho, cubrióle con las dos suyas la herida y quedóse contemplándole con fijeza, cual si observara cómo se le es-

capaba á él la vida y á ella también. Nublábansele las pupilas al sargento, y Cata sentía que dentro de ella aumentaba el estrago en las entrañas.

Giró en derredor la vista quebradaya, casi exangüe, y pudo distinguir á pocos pasos una cabeza desgredada que tenía los sesos volcados sobre los párpados á manera de horrible cabellera. El cuerpo estaba hundido entre las breñas.

— ¡Ah!... ¡Ciriaca! — exclamó con un hipo violento.

En seguida extendió los brazos, y cayó á plomo sobre Sanabria.

El cuerpo de éste se estremeció; y apagóse de súbito el pálido brillo de sus ojos.

Quedaron formando cruz, acostados sobre la misma charca, que Canelón olfateaba de vez en cuando entre hondos lamentos.

E. ACEVEDO DÍAZ.



Daniel Muñoz



Daniel Muñoz

Ha sido uno de los mejores periodistas de los países del Plata, y en la prensa de Montevideo y de Buenos Aires ha esparcido sus artículos de crítica y polémica y sus cuadros de costumbres, caracterizados los más por un dejo señalado del estilo de Cervantes, y por un espíritu burlón, que nada respeta.

«Como crítico (dice el doctor don Juan Carlos Blanco en el prólogo de la *Co-lección de artículos* publicada en 1884), el rasgo prominente de Daniel Muñoz consiste en encontrar de un golpe la disonancia, la contradicción de las cosas, la contorsión del visaje, la faz desgraciada de una actitud ó de una obra, y en decirlo todo con un acento de candor,

de ingenuidad, de íntima franqueza, de asombro infantil, que hace resaltar más la fealdad del visaje y de la disonancia objetos de su burla ó de su crítica.»

Indudablemente tiene Muñoz más disposiciones para el género descriptivo que para la crítica, y si sus facultades tuviesen como complemento la de crear, habría sido uno de los mejores novelistas de América.

Y decimos habría sido, porque ya ha pasado de los cuarenta años y se ha metido en la vida política recientemente, como los que se casan hartos de calaverear y sintiendo el frío de la soledad al llegar el invierno de la vida.

Bien sabido está que la política es desposada que imita á Dalila, y para mayor mal de Muñoz, él se ha llamado en el periodismo y en la literatura *Sansón* . . . *Sansón Carrasco*.



Una quemazón de campo

Acabábamos de almorzar y nos disponíamos todos los habitantes de la estancia á dormir la siesta en aquel mediodía de Febrero, sereno y cálido, cuando se presentó un peón diciendo al dueño de casa que había fuego en el campo, allá, en el fondo, en la rinconada sobre el camino, donde había acampado aquella mañana una tropa de carretas.

Nos acercamos todos al guardapatio y vimos allá, á lo lejos, á dos leguas de distancia, una humareda tenue, que se fundía en el ambiente azul. Los pastizales resecos respiraban un vaho ardiente y tembloroso, como de aire recalentado por una hornalla. So-

plaba una brisa del Norte, precisamente del lado de donde había empezado el fuego, que se extendía por minutos, ensanchando la línea del incendio.

No había más que un caballo atado bajo un ombú. Montó en él un muchacho, y mientras echaba la tropilla al corral, tomó el dueño de casa las disposiciones necesarias para acudir á extinguir ó á limitar, por lo menos, el fuego. Cada uno de los peones se munó de un cuero de oveja, se llenaron dos damajuanas de agua y una de caña, y todos llevaron sus aperos al corral, esperando la llegada de los caballos, que ya se veían venir por un bajo, al galope, arreados en tropel por el muchacho.

La quemazón avanzaba velozmente entre torbellinos de humo espeso que se redondeaba en grandes copos, como bocanadas de cañonazos. Desde lo más alto del cielo el sol dejaba caer sus rayos á plomo, marchitando el campo y los árboles, cuyas hojas se acartuchaban quemadas en el ambiente de fuego

que respiraban. Parecía que el incendio venía de arriba, de aquel cielo azul en cuyo centro llameaba el sol como un cráter en ignición, caldeando el aire.

Pronto estuvimos todos á caballo. Éramos unos doce entre hombres y muchachos, y galopábamos en pelotón, trillando el pasto, que se quebraba como hebras de vidrio. Antes de media hora estábamos ya á pocas cuadras de la línea de la quemazón, que exhalaba un hálito ardiente, sofocante, como si viese de la boca de un horno inmenso.

Los caballos, con las orejas paradas, las narices abiertas, los ojos inquietos, se encabritaban, se resistían á seguir adelante, aterrorizados por el fuego, que ya parecía quemarnos, aunque estaba todavía distante. El incendio coronaba entonces una cuchilla, y nosotros llegábamos á la vez á la cima de la opuesta, separadas ambas por una cañada angosta.

De la hondonada venía corriendo hacia nosotros una manada de yeguas, en desordenado tropel, despavoridas, relinchando de miedo, arreadas por el

fuego que chisporroteaba con chasquidos de látigo, como azuzando á las bestias. Al vernos, en vez de seguir corriendo, las yeguas remolinearon en torno nuestro, como buscando amparo en el desastre que arrasaba su querencia. Dos padrillos, un tostado y un oscuro, con las crines revueltas y casi cegados por el espeso copete, repuntaban las yeguas rezagadas, seguidas de los potrillos, que sin darse cuenta del peligro, retozaban como en una fiesta, con esa inconsciencia con que los chicuelos festejan los mayores desastres. Los pobres animales, en vez de huirnos, se aproximaban, desorientados por el miedo, sin saber hacia dónde escapar, y como nos siguieran, fué necesario arrearlos, hasta que salieron disparando á la desbandada, haciendo retumbar el suelo con ruidos sordos de tronada lejana.

El fuego saltó la cañada, incendiando las masiegas que la bordeaban, amenazando un cardal extenso que cubría toda una cuchilla. Corrimos todos para tratar de cortar el incendio por el lado de los cardos, y ya tres hombres ha-

bían echado pie á tierra para sofocar el fuego golpeándolo con los cueros de carnero, cuando uno de los muchachos gritó: — ¡Patrón! parece que el rancho de Antonio se está quemando.

Se veía, en efecto, que el incendio rodeaba ya la población indicada, distante una media legua á la derecha. La línea de fuego abrazaba ya una extensión inmensa y era inútil pensar en dominarlo con tan poca gente. Abandonamos, pues, la defensa del cardal y acudimos á la casa amenazada, donde vivía el puestero Antonio con su familia, la esposa y cuatro hijos pequeños. Pero antes de alejarnos, oímos un fogonazo, como si de golpe hubiese ardido una parva de paja. El fuego había llegado al cardal y saltaba de una alcachofa á otra incendiando los plumerillos de la semilla, que ardían en una llamarada inmensa, como pólvora suelta, y mientras así corrían las llamas en ráfagas sobre las flores resacas de los cardos, avanzaba más lentamente el fuego por debajo quemando los troncos que crepitaban con estallidos de cohetes.

El campo, en lo que alcanzábamos á ver, era todo una hoguera. El humo nos envolvía en una nube sofocante, en medio de la cual continuábamos galopando, en dirección al rancho, que á intervalos se distinguía, todo rodeado de fuego. Nuestros caballos, atontados por la fatiga y el calor, ya no hacían resistencia para ir á donde los llevásemos. El pasto, algo ralo en las cercanías del rancho, daba poco alimento al incendio, y por allí atropellamos, cerrando los ojos, salvamos la lista de fuego, pasando al campo ya quemado, sobre cuya costa caldeada apenas asentaban los cascos nuestros caballos, que brincaban despavoridos.

El puestero Antonio defendía su rancho con denuedo, sin desmayar después de media hora de lucha ruda contra el voraz elemento que lo rodeaba. Al ver que el fuego avanzaba en dirección á su casa, se había apresurado á sacar sus pocos muebles, amontonándolos en el centro del rodeo de las ovejas, en el declive de la cuchilla que el rancho coronaba, y llevando después allí sus hijos,

había corrido á atacar el fuego, mientras su mujer, sacando agua del barril, la echaba á jarros sobre la quinchá del rancho, para evitar que alguna chispa volante la incendiase.

Nuestros peones ya se habían apeado y ayudaban en su tarea al puestero, sofocando el fuego, mientras la mujer corría presurosa á tranquilizar á sus hijos que lloraban á gritos, acurrucados bajo los muebles hacinados en el centro del rodeo. Pronto quedó el rancho á salvo. La línea del incendio avanzaba dejándolo atrás, y ya no había más que apagar las charamuscas que quedaban ardiendo en torno de la casa.

Antes de volver á montar á caballo, la gente ayudó al puestero á meter de nuevo los muebles dentro del rancho salvado de aquel desastre que devastaba todo el campo. Las cuchillas quemadas aparecían negras, hasta perderse de vista hacia el Norte. A la izquierda, ardía el cardal en inmensa hoguera bajo una humareda espesa. Y el fuego seguía siempre su obra de devastación, avanzando en una línea extensa que tuvimos

que despuntar, galopando siempre para ganar la delantera y tratar de desviar el incendio antes que alcanzase los tupidos espartillares que circundaban la casa principal.

El viento había refrescado, saltando al Este, y el fuego se avivaba con la ayuda de aquel aliado que lo dirigía á los centros más empastados del campo.

A cada momento encontrábamos puntas de vacas, de yeguas, que corrían como enloquecidas en todas direcciones, mugiendo, relinchando, reclamando las madres á sus crías, perdidas y confundidas en aquel desbande frenético. En un ángulo formado por dos cañadas confluentes, una punta de ovejas permanecía quieta, apretadas todas en grupo compacto, sin hacer nada por huir del fuego que avanzaba sobre ellas, como embrutecidas por el miedo. Dos peones corrieron para espantarlas, y les fué necesario empujarlas con los encuentros de los caballos, para que se apartasen, cuando ya el fuego estaba sobre ellas. Tres cayeron como asfixiadas y no se levantaron más, mientras las otras se-

guían al paso, balando sin saber para dónde huir. De repente el grupo remolineó, una borrega hizo una punta enderezándolo al fuego, lo salvó de un brinco y las demás corrieron tras de aquélla repitiendo el mismo salto, y así siguieron, volando más que corriendo por el campo quemado, obligadas á brincar sobre aquel suelo quemante como un ascua.

Nos detuvimos en lo alto de una cerrillada pedregosa, de donde se dominaba toda la línea del incendio, que avanzaba en semicírculo, empenachado de altas llamaradas en algunos puntos en que el fuego hacía presa en los pajonales, y rastrero en otros en que apenas se alimentaba de pastos malos. Parecía la línea de un gran ejército en batalla, cuya formación abarcaba más de una legua de extensión. Un grupo de venados, hembras las más, capitaneadas por un macho de alta cornamenta, cedían el terreno palmo á palmo, resistiéndose á abandonar la querencia. Cuando el fuego los quemaba casi, emprendían la fuga, para detenerse en la loma vecina,

las hembras en la ladera, prontas á disparar á la primera señal del venado que quedaba de vigía en la altura, mirando al peligro, inquieto ante aquel enemigo que devastaba sus dominios.

Á nuestra vez tuvimos que alejarnos, desalojados por el aliento abrasador del incendio, que avanzaba siempre, quemando los pastos duros y cardillas nacidas entre el pedregal de la cerrillada, que bajábamos al tranco, con miedo los caballos de rodar sobre aquellos guijarros puntiagudos que les machucaban los cascos. De repente, pasaron entre nosotros como dos exhalaciones, dos zorros, que sin duda al sentir recalentarse las piedras que cubrían su cueva, la habían abandonado como locos, escapando de las llamas para caer en las brasas, que no otra cosa fué huir del fuego para ponerse al alcance de la perrada que nos seguía y que salió disparada tras de ellos ladrando, aullando de dolor sobre aquel suelo erizado de puntas, pero encarnizada tras de aquella presa que tan inesperadamente se presentaba, hasta perderse de vista todos

zorros y perros, en una ráfaga viviente,
más veloz que el viento, en una hon-
donada lejana.

.....
La tarde caía, serenándose poco á poco; una de esas tardes calurosas de fin de verano, en que la brisa parece que toma descanso, como fatigada de la jornada, para agitarse de nuevo en la frescura de la noche. El fuego, falto ya de aquel aliento que lo azuzaba, iba muriendo á orillas de un arroyo sin monte que cruzaba el campo, y al entrar el sol, quedaba confinado á un extremo de la extensa línea, consumiendo las resacas acumuladas por la corriente de otro arroyo montuoso, que limitaba el campo por el Este.

Todo el humo se había ya disipado y sólo se veía el que despedía aquella última hoguera lejana, que se elevaba lentamente hasta perderse en el cielo. El crepúsculo se oscurecía gradualmente invadiendo las sombras silenciosas todo el firmamento y apagando suavemente los resplandores anaranjados del poniente. Y en aquella apacible tristeza

del día agonizante, parecía que el humo lejano no se elevaba, sino que colgaba del cielo como un crespón fúnebre sobre el campo devastado.

En la oscuridad se enrojecieron las llamas, que como último vestigio del incendio, se veían cercanas al monte, y volvimos todos á la casa, fatigados, tristes, sin haber podido hacer nada para evitar el desastre consumado. A lo lejos se oía todavía el galope de los ganados dispersos, obligados á correr sobre aquel suelo calcinado, turbando el silencio con mugidos lastimeros, como llorando la devastación de la querencia.

Cenamos de mala gana, y caímos todos rendidos. Pero yo no podía dormir, á pesar del cansancio. En la oscuridad de mi alcoba veía reproducirse todos los incidentes de la catástrofe: el incendio avanzando desde el fondo del campo, el cardal volando en una llamarada como un inmenso reguero de pólvora; el rancho del puestero amenazado por todos lados; y me parecía sentir en torno del lecho la carrera desenfrenada de las yeguas y de las vacas, y ver á las

ovejas corriendo á saltos, en un movimiento de oleaje, y oír los ladridos de los perros disparando tras de la presa que el fuego les deparaba.

No dormía, pero me sentía invadido por una modorra, ese ser y no ser en que se confunden los ruidos y las visiones que forja el sueño con los de la realidad. Y oía una voz que decía:— ¡Patrón, el fuego, el fuego! ¿Soñaba? ¿Recordaba lo que había dicho el muchacho en aquel mediodía en que vino á anunciarnos el principio de la quema-zón? Pero no, esta vez había oído claramente la voz del muchacho: era su mismo acento, que repetía á través de la puerta: ¡Patrón, el fuego, el fuego!

Me tiré de la cama, entreabrí la puerta y me dijo el chicuelo que el puestero de la costa había venido á avisar que se estaba quemando el monte. Desperté al dueño de casa, que en la misma pieza dormía, me vestí apresuradamente y salí. Antes de ver el incendio lo ví reflejado en el cielo, al naciente, con resplandores de carmín. El espectáculo era imponente: ardía el monte en una

hoguera inmensa, vomitando una humareda espesa arrastrada por la brisa, que había vuelto á soplar, del Norte nuevamente. El fuego había hecho presa en lo más tupido del monte. Y mientras miraba, el puestero que había traído el aviso explicaba la causa de aquel nuevo desastre. La quemazón, casi extinguida durante la calma del crepúsculo, había continuado consumiendo la resaca dejada por las corrientes del arroyo. Pero entrada ya la noche, á eso de las nueve, refrescó otra vez el viento, avivando el fuego, que siguió avanzando alimentado por las resacas hasta alcanzar las que habían quedado entregadas en el ramaje de la arboleda. «Yo estaba durmiendo, continuó, pero como mi rancho queda tan cerca del monte, me despertó el ruido de la quemazón y el tropel de la caballada que se vino sobre las casas. Salí afuera y ya ví que el monte había empezado á arder. Tomé el hacha y corrí á ver si podía cortar el fuego, pero el calor y el humo me corrieron y me vine á avisarle al patrón.»

Todos estaban ya levantados, y como no había más que un caballo atado, resolvimos ir á pie. El monte distaba apenas quince cuadras. A medida que nos acercábamos, íbamos apreciando la magnitud del incendio. La isla que ardía tenía más de una cuadra de ancho y se quemaba desde la línea exterior hasta la orilla del arroyo. Era inútil intentar nada. A espaldas del fuego era posible aproximarse hasta unas veinte varas, teniendo que soportar un calor infernal; pero por delante, en la dirección del viento, no se podía llegar ni á cien pasos de la inmensa hoguera, cuyo aliento abrasaba.

Se oía una crepitación continua como si todo un batallón estuviera haciendo fuego graneado. Los árboles se retor-cían en estertores de mártires condenados á la hoguera, y antes que las llamas los lamiesen agonizaban derramando su savia en espumas por entre las grietas rajadas por el calor. No eran defensa contra la destrucción, la frescura, la lozanía de toda aquella vegetación verde, fecundada por el limo

húmedo con que periódicamente la nutría el arroyo cercano en sus desbordes. El fuego, avanzando en una carga devastadora, iba preparando su alimento para devorarlo en cuanto lo tuviera á su alcance. Algunos árboles se ofrecían ellos mismos al sacrificio, como las viudas de los rajás indianos, despojándose de su ropaje frondoso para entregarse desnudos á las llamas. A cien varas del incendio, las hojas empezaban á enroscarse, y se desprendían de las ramas que á su vez, asfixiadas por aquel aliento devastador, se contorsionaban violentamente, como previendo su fin cercano.

Los talas se rendían á las primeras embestidas del fuego, dejándose abrasar sin resistencia, resignados á su suerte, mientras los sombra-de-toro se defendían desesperadamente, verdeando aun en medio de las llamas su follaje erizado de púas, resistiendo al asalto, bañados con su savia, como atletas empapados en su propia sangre, hasta que extenuados, impotentes para continuar la lucha, se entregaban al insaciable

enemigo que los devoraba implacablemente. Un coronilla secular, de cuya alta copa pendían multitud de lianas como trenzas de la cabellera de un gigante, ardía ruidosamente, como un fuego de artificio, estallando las ramas en petardos que reventaban en soles de chispas. Era una diversión en medio de la catástrofe aquel árbol inmenso, quemándose como una pieza pirotécnica fabricada de cohetes cuyos estallidos resonaban alegremente, como en una fiesta, entre el fragor del incendio.

Era ya pasada la media noche, y el fuego continuaba infatigable su tarea. Toda la isla ardía en una hoguera colosal, que iluminaba una ancha zona de campo, como una antorcha inmensa de resplandores rojizos. Sobre el monte flamígero rodaba el humo en nubes espesas, surcadas de chispas brillantes que se extinguían y se reproducían incesantemente, como exhalaciones fugaces. Y de repente, aquí y allá, por entre el humo, surgían llamas lívidas, altísimas, desprendidas de la hoguera. ¡Se diría que eran las almas de los ár-

boles muertos que volaban á las alturas infinitas!

En la llanura, iluminada con resplandores movedizos, se veían cruzar bultos á la carrera, animales enloquecidos por el terror, que disparaban ciegos, deslumbrados por aquella claridad siniestra que invadía los lóbregos dominios de la noche. Una cuadrilla de potros enderezó relinchando al fuego, y al llegar á una cuadra del monte, se pararon todos, en línea, las orejas tiesas, mirando despavoridos el incendio, y después, como espantados ante el peligro, huyeron á la desbandada, mordiéndose unos á otros, tirándose coces, disparando á corcovos, hasta perderse entre las sombras.

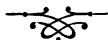
Entretanto, la brisa volvía á adormecerse en la placidez de la madrugada, cuyas primeras claridades invadían lentamente el horizonte. El incendio continuaba consumiendo los árboles, cuyos troncos en brasas se abatían desmenuzándose en ascuas. Falto del impulso del viento, el fuego no había podido saltar á otro grupo de monte

cuyo follaje estaba ya tostado por el calor, pronto á arder al primer contacto de las llamas, y el desastre quedaba limitado á aquel hogar inmenso, alimentado por centenares de árboles que iban desapareciendo poco á poco, derrumbándose después de haber sopor-tado en pie el suplicio. Pero algunos se mantenían todavía erguidos, como inmensos esqueletos, en actitudes extravagantes, con sus largos brazos retorcidos en los estertores convulsivos de la agonía. A ratos, algunas llamas fugaces surgían del enorme brasero, últimos alientos del incendio, que á su vez sucumbía en medio de los despojos de sus víctimas.

Cuando me retiré, pintaba ya el alba. Descendía del cielo una claridad pálida que iba poco á poco delineando los contornos, despertando los colores, haciendo revivir la naturaleza toda en la grata calma de la mañana tibia. Los animales tranquilizados por la luz del día, descansaban de las zozobras de la noche echados sobre el pasto, manchando el campo con los diversos matices de sus pelos.

Al llegar á la casa, desde la altura en que estaba situada, pude abarcar el conjunto del desastre. Al norte, en todo lo que la vista alcanzaba, se extendía el campo quemado, como vestido de luto; mientras que al naciente se veía todavía la hoguera moribunda del monte en ascuas, sobre la que flotaba en el aire el humo condensado en una nube negra, que se destacaba en la palidez del cielo matinal, semejando una inmensa ave de mal agüero, cerniéndose sobre toda aquella desolación.

DANIEL MUÑOZ.



Rafael Fragueiro



Rafael Fragueiro

Nació en Montevideo en 1864, y empezó á hacer versos casi desde que supo escribir, desde los 10 años.

A los 17 había publicado una pequeña colección de poesías, y dado al teatro una comedia.

Después ha seguido produciendo poesías, artículos, novelas y obras dramáticas, pero no se han confirmado las esperanzas inspiradas por sus precoces comienzos.

Uno de nuestros jóvenes críticos, Adolfo Sienra, ha caracterizado á Fragueiro en los siguientes párrafos:

« Es más bien un temperamento poético que un poeta. Naturaleza inquieta y febriciente, no ve sino la superficie, la epidermis de las cosas.

Habla y escribe en cinco ó seis idiomas, y como Zorrilla declama notablemente.

Ahora vive en Buenos Aires, donde ha publicado recientemente una mala novela original y algunas traducciones del francés y del inglés.



De paseo

I

Á mi hermano Arturo.

¿Cómo fué? No sabría explicarlo. Cuando le ví, ya estaba fuera. A no ser así le hubiera detenido. Salir solo era una temeridad. ¿Pero qué hacer? Como os digo, ya estaba fuera y lejos.

Iba muy sí señor, con su cuerpecito rojo como una guinda, con sus brazos y piernas delgaditas como agujas, á modo de hombrezuelo de jeroglífico. No sé lo que llevaba en la cabeza, pero á decir verdad no se la ví. Estoy por creer que no la tiene. Con todo, iba monísimo, y aunque yo sentía que se

alejara, no puedo negar que al mismo tiempo estaba loco de gusto.

Era de verlo andar. Parecía un tambor mayor liliputiense.

Mis ojos encantados le seguían. Aquello era un prodigio; atravesaba calles y más calles, y á través de las casas le veía; bajaba pendientes y salvaba distancias, pero en el fondo de las pendientes y á pesar del largo espacio interpuesto entre nosotros, le percibía alegre y elegante, y monísimo siempre. Lo más curioso es que á medida que se alejaba, más grande le veía. ¡Vanidad juvenil! ¡óptica íntima de nuestra imaginación! En todo esto, sin embargo, una cosa me alarmaba. Conforme aumentaba el alejamiento, mi yo, mi personalidad se iba debilitando.

¿ Adónde iba ? ¿ Qué pretendía ?

El pillastre se me largaba de paseo. Y suerte que con toda la precaución de un héroe de cuentos de hadas marchaba echando rosas en su senda, tal vez para reconocerla á su regreso.

¡ Rosas ! tenía tantas, que el infeliz pensaba que nunca se acabarían, y sus

bracitos largos las esparcían con una prodigalidad de la que yo en el primer momento no pude darme cuenta.

¡Pobre mi corazón! allá va, allá va tarareando mis viejas canciones de niño.
¡Buen viaje, pilluelo!

II

¡Oh! ¡oh! ¡mirad! Se detiene ante un magnífico palacio. Ó yo me equivoco, ó es la mansión paterna de los Fermini, mis amigos de infancia, mis inseparables amigos de colegio. Sí, no hay duda: aquélla es su casa. Mi corazón llama. Está contento. Va á rever á aquellos buenos muchachos tan francotes, tan...

Abren. El gozo le rebosa.

—¿Están?

—Sí, excelencia. Pase usted adelante, responde un doméstico enfracado haciendo reverencias automáticas. Más adelante otro repite las curvaturas de espalda y le indica la escalera, que mi corazón veía tan bien como él. Pero

á pesar de todo, siempre era una atención.

— ¡Qué amables son estas gentes! pensó mi fugitivo. Pero no es de extrañarse: tales amos, tales servidores...

El pillete sube de dos en dos los peldaños de la ancha escalera, hollando una franja de *tripe* azul marino. Una vez arriba, otro sirviente en *tenue* le hace pasar á un saloncito delicioso, con la misma galantería que los anteriores.

Media sombra. Un rayo de sol forcejea por entrar á través de una rendija, pero una cortina impertinente se le planta en el camino.

Debilitóse el rayo en el combate, mas triunfa al fin y penetra en la sala, pero penetra extenuado: más que un rayo de sol parece un vapor de oro. Roza unas flores puestas en riquísimos jarrones. ¡Pero son artificiales! El rayo sin duda conoce el engaño y cae desalentado al suelo, no sin pasar antes sobre los pelos grises de un galgo que dormía echado sobre una piel de tigre, entre las torneadas patas de una mesa de nogal en bruto, que se esquina en la sala con

artística coquetería soportando un bronce. Una copia de «El nido», el delicado grupo de niños. Mi corazón lo mira y recuerda todo su pasado: los inocentes juegos, y las charlas ingenuas; cuando él y los Fermini corrían por los patios del colegio ó charlaban á hurtadillas en la clase, encantándose mutuamente con el relato de descabellados ensueños de espadines de palo y soldados de plomo.

El galgo, mientras se levanta, estira las patas, se sacude, hace temblar al rayo del sol sobre su lomo, y luego cariñosa y casi educadamente husmea á mi corazón. Vuélvese mi corazón y lo acaricia. El perro entonces mueve la cola, bosteza, agita las patas delanteras, saca la lengua largamente, lame las manos á mi corazón y después se echa á sus pies, dando gruñidos tiernos, como si quisiera decirle: ¡te conozco!

—¡Muy amable es este galgo! pensó mi corazón. ¡Pero cómo no ha de ser así, con tales amos!...

En esto empujan una puerta. Gira una hoja, y mis cuatro amigos en man-

gas de camisa entran de sopetón. El uno trae una raqueta, el otro una pelota, todos guantes de jugador, las caras encendidas y las narices rojas sudando, sobre los cartílagos, racimitos de gotas que hacen pensar en huevitos de sapo.

—¡Queridísimo!

—¡Cuánto tiempo!...

—¡Qué pequeñín!...

—¡Siempre lo mismo! ¿Y sentimental?

—Como siempre, y á veros, que no por vivir encerrado he de ser olvidadizo.

—¡Bien, bien!

Y mientras dos decían esto, los otros dos hablaban entre ellos, quedo, muy quedo; pero los corazones tienen un don finísimo de oído, y lo oyó todo.

—¡Huy! ¡qué mal vestido!

—¡Ni un anillo!

—Ni reloj.

—¡Siempre han de ser así estos poetas!

Mi corazón al oírles sonrióse tristemente, y para evitar que siguieran murmurando, volvióse y dirigióles la palabra. Pero entonces comenzaron los otros dos á murmurar entre ellos.

— ¡Poco adelanta!

— ¡Si no sirve para nada!

¿Qué quieres esperar de un corazón de poeta?

— Ciertó. ¿Á que no gana mucho?

— ¡Ya lo creo que no!

— Y no le invitaremos...

— ¿Cómo te atreverías á presentarle á los otros?

— ¡Jamás!

¡Pobre mi corazón! Cuando percibió este diálogo, sintió un frío á través de su personita delicada, y ahogando un sollozo, interrumpiéndoles diciéndoles con aire humillado:

— Tal vez Vds. estarían ocupados...

— Sí, hijo, sí, pero no importa.

— ¡Si jugábamos un partido!

— Ya ves los útiles.

— Pues lo que es por mí, sigan Vds.

— ¿Sí?... pues bien: mira... agúerdanos aquí.

— Ya volveremos.

— Son unos amigos hijos del banquero ruso.

— ¡Ah!

— ¡Conque hasta luego!...

Salieron. Mi corazón dejó caer una lágrima.

Quedó solo con el galgo. El sol se había nublado. El *bronce* de «El nido» le hacía daño. Bajó los ojos y se encontró con los del lebel que lo miraban con esa cariñosa mirada triste de los perros.

Tornó á acariciarle el animal, y entonces mi corazón sorprendido de la amabilidad de aquella bestia, exclamó:

—¡Qué raro!

Pocos momentos después entró un criado. Un negrito de chaquetín azul y botones dorados. Traía una copa de vino. Después del zalamelé acostumbrado, alcanzóle el platillo con la copa.

Mi corazón bebió un sorbo, hizo un gesto de extrañeza, y murmuró:

—¡Qué amargo!

No bebió más. Aguardó otro rato á sus amigos. Éstos no parecían. En vista de ello el desairado visitante tomó un partido: salir de aquella casa donde entre un corazón y una pelota de goma se prefería á esta última.

Gruñó el galgo con tristeza, mi co-

razón palmeóle el dorso y salió de la sala.

Bajó las mismas escaleras, con rapidez de vértigo y sin ver que los mismos criados le hacían los mismos saludos y las mismas inclinaciones de espinazo.

Sólo en el vestíbulo, cuando el portero le abrió la puerta, notó de nuevo las cortesías extremadas, y se sonrió pensando:

—¡Te equivocas!...

Aunque después, de pronto, una idea zigzagó su mente.

—¿Sería una burla?

Cuando se halló en la calle dió un suspirazo, sacó un cigarrillo y le encendió marchando. Aspiró el humo y volviendo la bocanada, que se deshizo al chocar contra las duras paredes del palacio, alzó los hombros y se dijo:

—¡Bah!

III

¿Dónde va ahora?

¡Ah! ¡ah! Casi adivino: por el camino que lleva, seguro estoy que se dirige á casa de mis primos, los de Ordago.

Vueltas y vueltas, calles y calles: ¿no dije? Sale de la ciudad y toma el camino real. Á media legua está la chacra de mis parientes. Indudablemente mi corazón va allá; mi pobre corazón va á consolarse entre personas de la familia de los desaires de la amistad. ¿La amistad, he dicho? ¡Cómo se miente sin querer á veces!

Un gran enverjado de hierro, viejos pilares de material, con enormes macetas de alfarería sobre los holgazanes capiteles sin empleo, y en las blancas macetas, acá y allá despintadas por la lluvia, algunos arbustos silvestres que se balancean en el ambiente con el donaire del gajo de retama, de las plantas genéricas cimeras. El viejo portón de hierro con la cifra de la familia. ¡Oh, lo re-

conozco bien! Allí entre la vuelta de la O, entré yo un día la cabeza cuando chico, y aun siento sacudidas del terror de aquella tarde, cuando prisionero en aquel lazo de hierro, forcejeaba desesperadamente para arrancar de aquel tormento mi cabecita rubia. Mis primos asustados dieron voces, y el herrero del lugar tuvo que limar la letra, para desencajarme de allí. ¿Veis? aun conserva la O su célebre fractura, y, gracias á Dios, mi cabeza se halla sana.

Nuestro paseante en corte empuja una de las hojas, sacúdese destemplada y desigual á tal empuje la vieja campanilla, y mientras entra mi corazón en los jardines, brotan al ruido de la esquila cuatro perrazos fieros,—uno negro, otro barcino, y los demás plumizo cenicientos,—que se abalanzan sobre mi corazón. De pronto, con ese instinto de ternura de los perros, comprendieron que era un corazón, luego le reconocieron y con aullidos de gozo le acompañaron hasta la casa.

Mis parientes no estaban allí. Hallábanse en la granja trabajando. Mi

corazón se echó á buscarlos. Tenía una inmensa necesidad de cariños, y el agasajo de los perros no le era suficiente.

¡Ah muchacho loco! ¡ah loco corazón! ¡tú sabías, sin embargo, dónde lo podías hallar sincero y seguro, pero... id á dar sentido común á un corazón de veinte años!

Pronto llegó. Allí estaban mis cuatro primos. El uno araba, carpía el otro el terreno, sembraba el menor, y el antepenúltimo arreaba la mula de la noria, pobre animal entrado de fuerza en la ciencia matemática y que á fuerza de estar fuera de su centro trazaba sin cesar mil círculos concéntricos.

Sus mujeres les ayudaban, ó más bien fingían ayudarles.

Así que avistaron á mi corazón, una de ellas gritó:

—¡Ché, quién está acá?

Cesaron los otros por un instante en sus respectivas faenas y se acercaron fríamente á la visita.

—¿Qué tal? ¿qué tal?

—¡Gracias á Dios muy bien, y á verles!

— En mal día caes: ¡tenemos un trabajo!...

— Tú que tienes tanto talento, ya comprenderás.

— Conque si permites...

— Como queráis.

Volvieron á la tarea; sin embargo no cesaban de hablarle.

— ¡Y tú siempre lo mismo: un haragán! ¿Versos y versos?

— ¡Y ni un cincoñio, eh?

Mi corazón se sonreía.

— ¡Qué atorrante! decía por otro lado la mujer de uno de ellos.

— ¡Y así son los poetas! decía otra.

— ¡Nunca tendrán fortuna!

— Y será una incomodidad para nosotros. Porque aunque hasta ahora no le hemos dado nada, ya vendrá día en que...

— Sí, pues ya irá fresco, interrumpió uno de mis primos, pensando que mi corazón no le escuchaba.

— ¡Se cree de talento! añadió otro.

— ¡Ja, ja! ¡entre nosotros hombres de talento! repitió el primero.

— ¡Es imposible! continuó su mujer.

—Ya lo creo, replicó el marido. En nuestra familia no se ha dado el caso, y de darse, ¿por qué ha de ser él y no yo, ó tú, ó cualquiera de nuestros hermanos?

—Pues, lo que es ése, es un loco ó un vividor; pero con nosotros ¡ya verás!

Y mi corazón oía.

El último que habló, dirigióle en seguida la palabra con tono socarrón:

—Y, vendrás aquí á probar nuestros vinos, porque es justo que nosotros sudemos para tí...

—¿Qué? No, hijo, me marchó ya. Lo único que desearía que me dieseis, es un vaso de agua fresca del pozo.

—Al punto, exclamó, contenta de salir á tan poco costo, una de las mujeres.

Y luego con hipócrita sonrisa, añadió:

—La echaré azúcar.

—Como gustéis.

Fué por el agua. Trájola, bebió tan sólo mi corazón un trago y la halló tan acerba á pesar del azúcar, que el infeliz se dió cuenta de que aun la miel

que nos vierte la mala voluntad truécase en acíbar entre sus manos frías.

—¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!... Y siguieron encorvados en su trabajo como la mula en su tarea, murmurando entre dientes, los unos:

—¡Qué suerte!

Los otros:

—¡Bicho feo!

IV

Segunda decepción. Y sin embargo mi corazón siguió adelante. En el camino halló una mariposa blanca, distrájole la vista y la siguió á través del prado.

Balaban á lo lejos los carneros, saltaban los potrillos y los bueyes echados sobre la yerba fresca aprovechaban á un tiempo la humedad de la tierra y el aliento del sol.

Mi corazón corría. Había olvidado á mis parientes. Seguía á la mariposa. La idea. La luz, la vida que Dios pone en la mente de los poetas.

De pronto llegó á la orilla del arroyo. La mariposa se cernió sobre los juncos y desapareció entre el cañaveral. Estaba rendido. Se recostó al pie de un sauce y ya se iba á dormir, cuando oyó cantar un grupo de jilgueros.

Mi corazón, que entendía el lenguaje de las aves, no pudo entender la materia que discutían. ¡Se trataba de amor!

Entonces se acordó de golpe de una muchacha ideal con quien jugaba á los novios cuando niño. Algo como un flujo de aromas invadió su personita, y ¡zas! se alzó del suelo y echó á correr de nuevo.

Entró en la ciudad y buscó la casa. La niña no estaba.

Se hallaba en un baile.

Mi corazón tomó un carruaje, buscó un frac colorado, que le sentó á maravilla, y penetró en los salones de la fiesta con todo el desparpajo de un viejo concurrente.

V

¡Qué gentío! A primera vista, aquel ejército de mujeres bonitas y elegantes, aquel rumor de faldas que crujían, de risas que chocaban, de notas que se perdían y de carcajadas que atravesaban músicas y frases, y murmurios, y algo que como estallidos de alas quebrándose caían bajo los pies de los danzantes, le causó miedo. Miró en su torno, y descubrió en un saloncito un grupo de fracs negros. Un enjambre de necróforos gigantescos que rebullían entre sí, saludándose corteses á modo de hormigas, deteniéndose un punto y siguiendo su marcha incontinenti á saludar á otro, *et sic de cæteris*. Allí se coló de rondón mi hombrecito de frac colorado con un *tupé* de príncipe heredero.

Sin embargo no se atrevió á colarse dentro del grupo. ¡Era tan chiquitín!

Púsose distraidamente á observar los cuadros, pensando entre tanto en el exordio que debería á su antigua amiga.

Los necróforos creyéronle embebido en sus observaciones extáticas y comenzaron á charlar.

—¿Quién es ese pergenio?

—¡Que no os oiga! porque por cierto, para él, el *per* está de más.

—¿Qué?

—¡Es un poeta!

—Un inútil. Vive de versos y de impresiones.

—Y de vanidad, añadió otro.

—Todos estos artistas son así: no nos llegan á la suela del zapato y se creen reyes.

—Ya lo creo, y estoy seguro de que no sabe lo que ha dado Blac-Rose en la última carrera.

—¡Qué poetas! dijo un petimetre de monóculo y diamante en la pechera. ¡Fíjese Vd. qué traje!

—Y se creen reyes del mundo.

—La verdad es que después de muertos se les aplaude...

—¡Ya lo creo! Son como los animales: ¡no se les puede comer vivos!

—¡Los extremos se tocan! observó el del monóculo, riéndose á mandíbula batierte.

—¡Y suerte que las mujeres ya no les hacen caso!

—Como que las mujeres han salido del idealismo, y con muchísimo acierto.

—¡Ya lo creo: más vale una chaqueta de pieles que la *Ilíada*!

—El lujo es la poesía.

—Y la poesía es un lujo.

—¡Los extremos se tocan! volvió á decir el del monóculo: ¡ja, ja, ja!

Y poco faltaba por cierto para que los extremos de su boca no se tocaran en la nuca.

Mi corazón, que oía, meditaba. ¡El idealismo! ¡el lujo! los dos extremos de la mujer. Tiene razón ese imbécil: los extremos se tocan. ¡El idealismo! ¡el lujo! se tocan, sí, pero en el fango donde la arrastran, donde la hunden! ¡Pobre mujer!

—¿Quién le conoce? siguieron los necróforos.

—¡Yo, hombre, yo!... ¡le he aguantado más versos!...

—Preséntanoslo.

—Con mucho gusto. Ya os reiréis. Adelantóse el monigote que así ha-

blaba y tocando en la espalda á mi corazón:

— ¡Carísimo! le dijo, ¿Vd. por aquí?
¡Venga, le presentaré unos amigos!

Consintió en ello mi corazón, que estaba en autos, y por prurito de observación penetró en el grupo.

— Tengo el honor, comenzó con retintín el falso amigo, de presentarles á nuestro primer poeta.

— Tanto gusto...

— De nombre conocíamos al señor...

— Sus delicados versos...

— ¡Chiquito, eh! pero gran hombre.

Los hombres de talla pequeña tienen alma grande. Napoleón, Shakespeare...

— Los extremos se tocan, ¡ja, ja, ja, ja! repitió el petimetre, recordando sin duda el chiste de los animales.

— ¡Justo, muy bien! ¡choque Vd.! asintió mi corazón tendiéndole la mano.

Estirósela el del brillante, y entonces mi corazón le repitió con sorna:

— ¡Los extremos se tocan!

Y mientras el otro sin comprender se reía desmesuradamente, alejóse mi corazón de allí temiendo que aquella bo-

caza enorme se lo tragara vivo, sin esperar que, como los animales, estuviera en punto para ser comido.

VI

Harto de aquellas banalidades elegantes y de tanta hipocresía social, endilgóse mi corazón en los salones, deseoso de hallar á la niña de sus sueños, como el buzo que en busca de una perla se sumerge en el fondo de los mares.

¡Y aquello era uno! Olas de gente, murmullos de risas, espumas de encajes, vorágines de danza, abismos de sombra, voluptuosidades sin lumbre, secretos insondables: todo había allí.

Y en medio de ello flotando como un esquife en cuyas velas duerme el sol, distinguió mi corazón á su amiga, con la dorada cabellera replegada sobre la nuca con exquisita donosura griega.

Grande fué el agasajo con que le acogió la niña, que en aquel momento iba del brazo de otro jovenzuelo. Estaba encantadora. Su traje... Pero ¡para

qué? Un ideal de poeta, vestidlo como queráis, y estará bien.

Prometióle la inmediata danza, y mientras mi corazón se retiraba, susurróle al otro:

—¡Ya verá qué versos!

Llegó el momento deseado. Tomóla del brazo y empezó la danza.

Describir los circunloquios, las insinuaciones y las indirectas de que se valió la niña para obtener de nuestro paseandero una poesía, fuera engorroso y difícilísimo.

Conténtese con saber el lector que así que la música lanzó el último acorde, salió el bailarín de mi corazón con el abanico de la hermosa, retiróse á un *boudoir* y escribió en el dije unas endechas sentidísimas, de las que hoy me sería imposible acordarme, pero que tuvieron una entusiasta acogida de parte de la joven y hasta de un grupo de amigos que en torno de ella se apiñaba á leerlos.

—¡Bellísimo, espléndido! ¿No le dije? decía la muchacha, ¡si es una monada!

— ¡Y ahora, en premio, me dará otro valse ?

— El que sigue, el que sigue . . . y se alejó envuelta en un giro de orquesta hacia el fondo de la sala.

Tocóle de nuevo el turno, y entonces, tras un breve exordio de recuerdos, arriesgó el muy pillo una declaración sencilla é ingenua, como esas que brotan sólo del corazón.

La moza, á quien, como á todas agradan los festejos, respondióle con risueñas ambigüedades, y al último separóse de él con un ¡tal vez! . . .

Ebrio de gozo se echó á soñar el loco.

Retornó poco rato después á pedir otro número del programa, pero la *chica*, que andaba con su primer compañero, le dió una excusa.

Volvió después. Idéntico resultado.

Otra vez más: la misma suerte. Sólo que al alejarse, el compañero decía á la niña:

— Pero, ¿por qué?

— De todos modos, ya tengo los versos, replicó ella; los poetas no sirven para más.

Medio desalentado con esto volvió á insistir el cuitado pretendiente, pero entonces la niña con quien jugó á los novios en la infancia, le contestó fastidiada:

— ¡Retírate, glándula!

Y ella y su pareja se echaron á reir.

¡Glándula! ¡glándula! Al oír tanto insulto, nubláronse los ojos á mi corazón, giró como en un vértigo y salió de la sala tambaleándose.

Para reponerse corrió al *buffet*. Sorbió un trago de *champagne*, pero apenas lo puso en la boca:

— ¡Esto es veneno! dijo.

Y acongojado y demente, abandonó las salas y el palacio.

VII

No sé cómo pudo volver á mi pecho. Era de noche. Las rosas que arrojó en el camino estaban marchitas y negras, y las que no las había pisoteado el mundo.

Pero, en fin, el caso es que volvió.

¡Y cómo!

Yo le sentía dar vuelcos dentro de mí, quejarse, agonizar.

Mi corazón iba á morir.

¡En su descabellado paseo le habían envenenado!

Yo oía su estertor, casi no palpitaba, cuando...

Cuando una sombra blanca, una mujer, con una sonrisa tierna en los labios y un beso en la sonrisa, se acercó á él.

Dejó sobre él sonrisa y beso, y al dejarlos bebió todo el veneno que tenía en sus entrañas.

Aquella mujer era mi madre.

Una amante se ha hecho célebre en la historia por haber hecho idéntica cosa con su amado, herido por un arma emponzoñada.

Las madres lo hacen todos los días con sus hijos, pero sus nombres pasan ignorados entre los hombres. Son heroínas desconocidas. Sólo Dios las conoce.

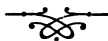
Mi infeliz corazón sintióse sano al beso de mi madre, y agradecido, efusivo,

quiso levantarse para abrazarla; hizo un esfuerzo... y me encontré envuelto en una bocanada de sol. Despertaba el día y yo con él.

¡Todo había sido sueño!

Pero ¿no es cierto, hermano, que hay sueños en la vida que parecen realidades?

RAFAEL FRAGUEIRO.



José Luis Antuña



José Luis Antuña

(ELZEAR)

Está entre los treinta y cinco y los cuarenta años de edad, es escribano y vive actualmente en Dolores, pequeño pueblo del litoral uruguayo.

Es en literatura un romántico retrasado, y sus producciones más características son las tocaditas de sentimentalismo y dedicadas á señalar un vicio ó predicar una virtud.

No tiene sin duda todas las dotes del holandés Cremer, pero se le parece en esto: que trata de dar relieve á escenas de una vida casi siempre tranquila, raramente atravesada por las violentas tempestades de la pasión; y en que casi

no ha publicado nada que no tenga un fin moralizador; prefiriendo generalmente á despertar las aspiraciones estéticas, invocar la conciencia del lector y enseñarle el camino para salir del error y entrar en el de la virtud y la verdad (1).

El defecto de las obras de Antuña es la igualdad de los personajes, que resultan demasiado emparentados con el autor; y la falta de animación y colorido del estilo, que revela poca imaginación.

En las tentativas que ha hecho para seguir la tendencia naturalista ha tenido éxito muy inferior á Acevedo Díaz, con quien tiene Antuña semejanza de temperamento, pero no de facultades.



(1) Opinión sobre Jacobo Juan Cremer, publicada en el prólogo de algunas de sus *Escenas campesinas del país de los Grelde* (*Bibliothèque Populaire* de Gautier).

La sombra del Ahué

I

Los tintes indefinibles de un crepúsculo rodeado de la majestad salvaje de esas selvas americanas, casi vírgenes, imprimían al paisaje un colorido de tonos melancólicos con sus rumores confusos, murientes, y sus suaves brisas que arrastraban por la cálida tierra y elevaban al enmarañado ramaje el ambiente embalsamado por las flores del espinillo, de la acacia, del bibí y del arazá.

En el cercano río, encauzado en altas barrancas cubiertas de talas, sauzales y sarandíes, corrían las aguas mansas en pausada y voluptuosa marcha,

llevando en su corriente rumorosa los verdes camalotes de moradas flores y hojas amplias y fuertes, entre las que buscaban su caza predilecta los valientes macaguás.

El dorado horizonte del poniente con sus franjas anaranjadas, últimos reflejos del sol que huía, prestaba al cielo despejado y sereno la tenue claridad de sus postreros resplandores; y en occidente las primeras estrellas con sus lampos de luz plateada, titilaban luchando por fijar su brillo en el fondo azulado del espacio.

El estridente canto de las ranas hospedadas en los charcos, y el graznido del chajá escondido en el chilcal, hacían coro al grito monótono y triste del urutaú que inmóvil en su éxtasis contemplativo, acurrucado en la última rama sin hojas de un seco urunday, hacía estremecer á los supersticiosos moradores de la comarca con sus alaridos quejumbrosos y de funesto augurio...

Y entre las pajas verdes de un totoral aparecían ya las luciérnagas dejando ver sus fosforescencias rutilantes...

Y de allá lejos traía el eco los mugidos de los animales salvajes, el ladrido de los perros bravos y el ¡ahú! ¡ahú! con que la *chusma* arreaba la majada conseguida en el último *malón*...

¡Y el día agonizaba!... ¡era la hora en que el espíritu interroga á la conciencia; la hora de las tristezas infinitas, de las plegarias mudas y de las lágrimas silenciosas!...

Sentada á esa hora al pie de una ceiba de copa frondosa cubierta de sus flores granates, una india joven acariciaba á su hija nacida en la tolдерía que á la entrada del cercano monte obedecía al grito guerrero del cacique Carahué.

El más esbelto y valiente de los guaycurús cautivó á la hermosa Ayaribá, la india de los ojos grandes, y tan negros como la pluma del biguá, la del naciente seno redondeado como el fruto de chalchal, la de los labios rojos y ardientes como el fuego del temido Añanguazú.

Y una noche, en un rincón del bosque en que las tupidas ramas del arra-

yán y el mburucuyá dejaban apenas pasar la luz del *astro pálido*, el indio Cayupé fué dueño y señor de la inocente Ayaribá.

Muchas veces el sol se había ocultado desde entonces tras la loma lejana, cuando la india así lloraba sus cuitas y temores, mientras la indiecita dormía en sus faldas acariciada por la brisa que perfumaban las flores de la selva, y arrullada por los gorjeos del zorzal y del urú.

*
* *

Yo soy como el guayacán, fuerte y resistente; y tú eres la débil mariposa que nace de su flor blanca y perfumada. Y pasarán aún muchos soles antes que tú, como yo, prestes tu savia para dar vida á nueva planta.

*
* *

Mas yo velaré al lado de tu hamaca de cipó para que Ayacuá no enferme tu cuerpecito, y te rodearé de punzante

ñapindá para que sus espinas te libren de las fieras; y cada día, cuando la *luna de fuego* aparezca, pediré á Tupá que te libre del feroz Añang.

* * *

Y en los días de fuego te bañaré en las frescas aguas del Iguazú; y cuando lleguen los *soles fríos* haré á tu lado fogatas con ramas de ubajayes y viraroes para calentar tu cuerpo; y de noche te haré un nido en la copa de los ceibos para que arrulle tu sueño el canto del sabiá.

* * *

Y cuando vengan los hombres blancos te esconderé en lo más oscuro de la selva entre el ramaje del algarrobo, el ñandubay y el carandá; y mojaré mis flechas en el veneno del curupí para herir al que quiera quemar sus alas blancas á la mariposa del guayacán.

* * *

¡Pero pasarán las luces y yo dormiré por fin el *sueño frío*!... ¿Quién entonces te alejará de la sombra envenenada del ahué?... ¿Quién espantará al traicionero caburé cuando te aterre con los chillidos, y te domine como indefensa macá que no sabe tender el vuelo para esconderse entre los juncos verdes del chilcal?...

*
* *

¡Y serás tal vez vencida!

Y entonces, como el caicobé pliega sus hojas si el hombre las profana, así plegarás tú tus alas blancas, y tus labios de grana se tornarán pálidos como la fruta del urucú cuando la cubre la nieve de los días sin sol, y tu mirada de fuego será opaca como las noches negras, y tus cantos serán tristes como los gorjeos del urutí, y tu vida concluirá como la mía, abrasada en silencio con las ramas del humilde tataré!

*
* *

¡Tupá! ¡Tupá! ¡que vea yo aún muchos soles nuevos para cuidar la hija del valiente Cayupé, y que cuando yo vista el negro tipoy, ella, la hermosa hija de la selva, haya visto cruzar muchas lunas, y esté lejos de aquí el maldito Añanguazú!

.....

Así cantaba la india Ayaribá cuando ya la noche cubría con su manto negro las ramas de las ceibas, del yatay y del ombú, y ya no cantaban el zorzal y el urú, y la indiada ganaba sus toldos, y sólo se oía el quejumbroso grito del urutaú siempre inmóvil en la alta copa del seco urunday.

II

Cuando veo mis chicuelas, vivarachas y ligeras como mariposas nacidas de los blancos pétalos de la flor del guayacán, jugar á mi lado libando en la fuente inagotable de mi corazón la dulcísima miel de mis mimos y caricias, recuerdo los temores de la india

guaycurú, de la hermosa Ayaribá, que contaba sus cuitas á la mansa corriente del caudaloso Iguazú.

¡Los años pasan tan veloces!...

Las loquillas que hoy saltan como tiernas *majelas* á mis faldas, provocando en mi alma expansiones purísimas con el torrente de sus palabras ingenuas, saturadas de esa picardía inocente de los primeros años, van día á día creciendo, y ya sus formas pierden ese abandono, ese aspecto adormecido de las ramas del sauzal...

Me parece que demasiado pronto quieren ser esbeltas y elegantes como el flexible junco de tierno yatay.

Sus cantos antes se asemejaban al sencillo *pío, pío* del tímido colibrí; pero ahora me parece oír á veces en los tonos de su voz, algo así como los atrevidos gorjeos del melodioso sabiá...

¿Por qué viven tan á prisa, pobre-cillas?

¿No saben que yo quisiera guardarlas siempre á mi lado, como la india á su indiecita, rodeadas por mis brazos para que no fueran sorprendidas por la sombra ponzoñosa del ahué?

¡La sombra del ahué!...

La india Ayaribá no temía al hombre blanco porque ocultaría su hija en las impenetrables y enmarañadas selvas en que crecen el ñandubay, el carandá y el yatay; podía rodear su hamaca de cipó con el punzante ñapindá para que las fieras no llegaran á ella, y librarla del calor abrasador en las aguas frescas y embalsamadas del Iguazú, y calentar en invierno su cuerpo con fogatas de viraroes; y pensaba envenenar sus flechas en la ponzoña del curupí para defender la vida de la hija del valiente indio guaycurú. Pero cuando pensó en la sombra del ahué y en los traicioneros cantos del caburé, entonces Ayaribá desmaya, se considera impotente para vencer tan terribles enemigos y exclama desolada invocando á su Dios: ¡Tupá! ¡Tupá! ¡guarda tú á la mariposa que nació de la blanca flor del guayacán!...

Yo también, como ella, invoco al Dios de mis creencias cuando veo que «las lunas pasan» y temo que me cubra «el negro tipoy».

Yo sé que mis hijas encontrarán en su camino sombras embriagadoras que pueden adormecerlas con su atmósfera voluptuosa, y que no faltarán cantos traicioneros que pretendan dominarlas como domina el taimado caburé á la inocente alondra, ¡y sé que cuesta tanto... tanto! formar un hogar feliz, ese oasis que perseguimos en el desierto que ha formado en la vida el egoísmo humano, que temo que antes de llegar al final de la jornada, «las llamaradas del mundo hayan enrojecido las flores del sendero y carbonizado las aves en sus nidos...»

Por eso cuando los primeros rayos del sol me anuncian la aparición de un nuevo día, ó el tañido triste de la campana llama al creyente á la oración de la tarde, pido á mi Dios que libre á mis mariposas blancas de la sombra maléfica del ahué, y que cierre sus oídos á los cantos falaces del traidor caburé.

JOSÉ LUIS ANTUÑA.

Luis Cardoso Carvallo



Luis Cardoso Carvalho

Tiene treinta años bien cumplidos; ha sido periodista, y conserva afición á esta carrera tan poco halagüeña; pero escribe demasiado bien para ser redactor de cualquier categoría y someterse á las exigencias de nuestros directores de diario.

No profundiza mucho en sus estudios y análisis, pero tiene facilidad para señorear con la inteligencia cualquier materia.

Tiene casi los mismos defectos de Acevedo Díaz, deficiencia de imaginación y algo de conceptismo. Puede decirse de él que no es artista sino artífice al escribir: tan pulidos deja sus escritos después de la elaboración mental. El

pulimento llega á ser exagerado, sin embargo, y el estilo entonces es confuso é indescifrable.

Dedicado últimamente á estudiar la ciencia penal, Cardoso se ha sentido invitado á observar y describir tipos criminales. Algunos de sus estudios tienen indudablemente excepcional valer y han de merecer el mejor aprecio.

Si en la novela y en el cuento promete poco, como periodista y como estilista sobre todo es de los que deben figurar en primera línea.



El penado 120

ENTRE DOS MUERTES

Después de diez años de reclusión penitenciaria, Indalecio Gómez salió á la calle.

El número de su uniforme había quedado en la ropería de la cárcel — junto con la blusa azul y el gorro degradante — y el 120 anónimo, el condenado por la ley, el ser automatizado por la disciplina, se detuvo en la gran puerta de hierro, junto á la guardia, impasible, como deslumbrado por tanta luz, ó como si rastreara la cuchilla, envuelto en su viejo poncho patrio.

Su mirada se hundió en el confín. Por allá, sobre la loma, la ciudad blan-

queada por un amanecer tibio, se destacaba entre un tul de nieblas que modelaba los miradores y las azoteas con líneas fantásticas. Enfrente, el pueblo y el campo confundían sus últimas casas con los primeros paisajes de la campiña, cuya tonalidad esmeraldina esfumaba los ranchos con sus techos negros y los *chalets* blancos y grises coronados con sus capacetes de pizarra y de tejas, sobre los cuales el sol repartía pinceladas sensuales de colorido. Á su izquierda, hasta besar el cielo, la campaña se extendía como una estepa de esperanzas. La niebla, que se desflocaba en la altura, iba revelando aquella inmensidad, en la cual Indalecio hundía sus ojos, sosteniéndose entre los dos horizontes matizados de oro y ópalo, como si sintiera despertar en su alma el dormido anhelo de perderse en aquellas lejanías misteriosas para llenarse de luz, de aire, de vida, que espantara de su frente la sombra inmensa de la celda que durante diez años le había hundido en su penumbra mortal...

¡Libre! Él se sentía libre y libre es-

taba, desde que aquella guardia inexorable no le atajaba el paso, y una brisa fresca le cantaba en el oído endechas de recuerdos viejos. Se palpó y vió que en vez del uniforme numerado, llevaba su poncho patrio. A su lado, la libertad le arrullaba con su himno de notas y colores. No estaba allí el corredor tétrico, la celda odiada, antro de muerte. Pero el sol jugueteaba por todas partes reverberando vida; y por allá, á lo lejos, el campo dilatado, infinito, le invitaba á perderse entre sus valles y sus cuchillas.

Indalecio Gómez se sacó el sombrero y se envolvió en el éter. Diez años resurgían en aquel cerebro, pesados y crueles, compendiando media existencia de lucha silenciosa entre cuatro paredes, devorando hoy la esperanza de ayer y viendo morir en flor la ilusión de mañana: diez años de encierro, de obediencia, de vida pasiva, siempre iguales, sin más horizonte que aquella pared caliginosa de las celdas, sin más sol que aquel sol amarillo que golpeteaba los patios, sin más cielo que aquel pedazo

azul y monótono que se veía todas las mañanas y todas las tardes, allá colgado sobre el muro que encerraba la cárcel.

Y en medio de esa libertad que le transformaba y le revelaba de golpe cien ensueños bordados en las tinieblas de su celda, Indalecio se sentía atemorizado. Una impresión vaga de profunda tristeza contenía todas las expansiones que coloreaba su libertad. Algo como la nostalgia de la cárcel, algo como la influencia abrumadora del reglamento que le erizaba las carnes, — el hábito de la pena que le ataba la voluntad, — lo enclavaban, como una estatua, en pleno día, diáfano y sonriente, y recordaba los corredores silenciosos en los que sus compañeros arrastraban su ignominia, las charlas del recreo, bajo la mirada severa del vigilante, la vida apática, invariable, dentro del círculo de las ordenanzas, duro de romper é inexorable en sus disposiciones disciplinarias.

El liberto sentía exceso de aire. Tanta vida le mareaba. Delante de él el cielo

y el campo se besoteaban con lujuria de verdor y de frescura. Quería envolverse en esa distancia, hundirse en sus deleites, amar el sol que caldeaba el suelo, abrasarse en su calor, aspirar tanto aire, embriagarse en tanto perfume; pero cuando daba un paso se sentía atado á aquellas rejas de la Penitenciaría, y una duda, negra como un cuervo, aleteaba sobre su cabeza.

¿Qué iba á hacer allá? Diez años pesaban sobre su pasado como losa funeraria. ¡Tal vez habrá muerto la pobre vieja!

¡Tal vez vive otro en el rancho de sus primeras alegrías!

¿Qué va á hacer en el pago, sin amigos, sin sostén, solo, pobre, odiado quizás, tal vez perseguido?

Él podía quedarse en la cárcel, pedirle trabajo al director, ser sirviente en el establecimiento, estar en contacto con sus viejos amigos de condena, á los que podría consolar llevándoles alegrías de afuera, manchadas de sol, oreadas por el campo, para sostenerlos en la horrible cancelación de la pena; pero

esos pensamientos se helaban en su cerebro, cuando los tocaba el vaho de la celda.

El éxodo de su tristeza aparecía, con sus líneas abrumadoras, intensas, oscuras, entre las diafanidades fulgurantes de su libertad. Él podía irse: él podía alejarse de su tumba: era un resucitado que quería sacudir la mortaja en que había estado envuelto durante diez años. Ni como sirviente debía pasar por aquellos corredores, porque allí estaba la celda, allí estaba, sí, muda, blanca, con sus fauces abiertas, como si se estremeciera de ira al sentirse vacía, sin condenado que roer lentamente, sin víctima que consumir con el aliento letal de sus caricias...

Indalecio miró la cárcel que aparecía envuelta en el sol que acariciaba sus paredes, como surgiendo de la sombra: —miró á la guardia que allí mataba las horas recorriendo el rosario de las penas íntimas: —miró la calle amplia y barullenta que se perdía en la ciudad, amontonada en la loma: —miró el cielo, trasparente como un topacio, magnífico

en su azul diáfano, que irradiaba colorido intenso sobre la tierra, oreada por la brisa, que le devolvía caricias cálidas, y lentamente, como irresoluto, como si cruel idea le empujara, como si peso enorme lo detuviera, caminó hasta perderse detrás de la cuchilla que, adornada con sus casitas blancas, colgadas entre madre selvas y jazmines, y sus manojos de árboles copudos, ocultó al número 120, que ya rumbiaba hacia su destino.

*
* *

Al llegar al pago, Indalecio se vió solo. El estigma de su condena, clavado en la frente, lo revelaba como á réprobo. El vacío se hizo á su lado, y su alma inculta, sombreada por el despecho alimentaba las malezas de sus viejos odios.

El trabajo no había pulido las tosquedades de su ingénita rebeldía, y si la disciplina de la cárcel pudo morigerarlas con su imposición niveladora, no

deslumbró aquel espíritu con las irradiaciones civilizadoras del taller, no encalleció aquellas manos en el ejercicio del esfuerzo propio, no dobló aquel espinazo altivo, ni suavizó la mirada audaz que relampagueaba iracundias intensas.

Aislado, repudiado, marcado con sello de oprobio, Indalecio devoraba su propia afrenta en el silencio de su soberbia, alejándose de todos, cierto de que no iba á hallar en la noche profunda de su espíritu, una dirección, un punto de apoyo, una esperanza cuando menos, que le ofreciera un regazo para descansar en su eterna peregrinación, con la ignorancia á cuestas, y dentro del pecho, en germen poderoso, el vicio creciente que revivía, sacudiéndole las sienes...

Dueño de la estepa, la galopaba á toda hora: de día, entre los tules de la alborada cuando la tierra despierta:— de noche, cuando la luna envolvía en opalinas claridades al monte dormido y plateaba la corriente plácida y cantora del arroyo.

Llegaba á una estancia despidiendo al sol con una endecha y pedía hospitalidad debajo de la enramada ó junto á las últimas llamaradas del fogón. Y cuando el día sonreía detrás del cerro, en amanecer de arpegios, montaba su caballo y se perdía en el llano, al galope, besado por brisa perfumada, y se dirigía al monte tupido y misterioso, cuya mancha oscura se destacaba en el azul del horizonte, y á donde no llegaba jamás la nota amplia del himno del esfuerzo universal cuyas estrofas se sentían en cada estancia, en cada casa y en cada rancho.

Desde aquella espesura dominaba el camino y se sentía poderoso para vencer á los que le despreciaban. Su alma era accesible al amor: ¿por qué se lo negaban? Él podía golpear un yunque: ¿por qué no lo llamaban? ¿Por qué se alejaban de él, como si tuviera peste, y por qué, en vez de atraerlo con cariño y de darle una azada para que removiera un pedazo de tierra, le arrojaban á la cara la frase candente de vago ó le recordaban el crimen cometido ha-

cía diez años y que él había purgado con su libertad?

Por otra parte, él sabía que se le seguía. La ley le acechaba.

En su bolsillo llevaba el certificado de su condena cumplida y el comisario le consideraba vago. Todo le anunciaba dolorosas pruebas, para mantener su independencia, su libertad, soñada durante diez años, ese vagamundeo por las cuchillas, que él había amado, como ideal querido, entre las paredes de su encierro cuya negrura densa se ribeteaba de claridad, cuando surgía en su alma la bella esperanza de nuevos días....

Por doquier le perseguía la obsesión cruel de su desgracia. Él era el objetivo de una persecución silenciosa y aleve de parte de la justicia. Un fogón humeante lo denunciaba: una oveja cue-reada, en la orilla del monte, lo denunciaba: su incansable galopar de pulpería en pulpería y de rancho en rancho, lo denunciaba: sus ropas pobres y raídas, su mancarrón flaco, su aspecto de desheredado de la suerte, orgulloso con

su destino y rebelde á las exigencias convencionales, eran como el cartel de su crimen, la exterioridad que revela, la prueba cierta de su vicio de vagancia que la ley reprime y que le hacía aparecer como hombre peligroso que era necesario domeñar.

¡Vago! Él oía en todos los momentos el anatema infame: el que llevaba en sus espaldas el fardo de su condena;—que cien veces, en un rincón del camino, invocó la justicia del cielo y lloró lágrimas ardientes para borrar con ellas el sello de ignominia que le abrumaba;—que pedía un pedazo de suelo para dormir el sueño del trabajo rudo, y se lo negaban;—que buscaba un amigo para depositar en él la esencia de sus penas profundas, y esto sólo hallaba gesto despreciativo que lo rebelaba;—él que se veía despreciado, rechazado, sin sentir jamás la vibración salvadora de un consejo, ni el calor saludable de un hogar conmisericordia, de un afecto puro que iluminara su espíritu, era un maldito perseguido, un vago miserable,—leproso de una sociedad impía,—que le

que
l
de
l
y
sas
pi
m
y lo
con
jas,
cele
quie
pañ
esper
en la
mens
sus c
horizo
como
el dor
llas lej
de luz,
de su f
celda q
hundido
¡Libre!

Era mucho exigirle á aquella dura soberbia que se cansara de humillarse.

Batido sin cesar, denunciado injustamente, acicateado por esa ley que lo había condenado y no lo había regenerado, cazado, como vago, para servir de contingente en un cuerpo, después de haber vivido diez años en una celda, Indalecio no juega á cara ó cruz su perra vida, pero la arroja al mundo que lo vilipendia como presa dolorosa á su insaciable crueldad.

Y sale al llano, con la frente altiva y el alma entera. Aspira el aire aromatzado, se envuelve en los efluvios de la tierra y del monte, como si quisiera saturar con los últimos besos de su libertad, siempre anhelada y jamás gozada, el heroísmo que en su pecho ruge por expandirse.

La policía lo encierra en círculo estrecho é Indalecio pelea hasta caer, mirando la altura, como gladiador antiguo. Y cuando siente que la vida se le va por aquella herida abierta en el flanco, se deja besar por la Muerte que refresca su frente sudorosa y dibuja en

empujaba, que le lapidaba con el apóstrofe denigrante, hasta arrojarlo allí, en el monte, entre cuyos matorrales se agazapaba — como bestia herida — para rugir venganzas ó para morir en la soledad ignominiosa de su heroísmo desconocido.

Entonces aquel cerebro, taladrado por la idea suprema de su infortunio, se cerraba á todo otro pensamiento que no fuera el de vencer á todos ó ser vencido. Delante de él, esfumados en el polvo del camino, aparecían los detalles de su vida martirizada. ¡Siempre solo! ¡Perdido! ¡Irremediablemente perdido! Aquella cabeza, de líneas fuertes como el coraje que ella encerraba, se agobió aplastada por pena enorme. Y cuando levantó la vista, Indalecio cerró los ojos, como si un fantasma le aterrorizara: la celda odiada, sin misericordia, insaciable, estaba allí atrayéndole con la influencia magnética del vacío!...

El cáliz, rebotante de amarguras, había sido bebido hasta las heces, y aquel pecho encallecido por el rencor se rompió.

Era mucho exigirle á aquella dura soberbia que se cansara de humillarse.

Batido sin cesar, denunciado injustamente, acicateado por esa ley que lo había condenado y no lo había regenerado, cazado, como vago, para servir de contingente en un cuerpo, después de haber vivido diez años en una celda, Indalecio no juega á cara ó cruz su perra vida, pero la arroja al mundo que lo vilipendia como presa dolorosa á su insaciable crueldad.

Y sale al llano, con la frente altiva y el alma entera. Aspira el aire aromatizado, se envuelve en los efluvios de la tierra y del monte, como si quisiera saturar con los últimos besos de su libertad, siempre anhelada y jamás gozada, el heroísmo que en su pecho ruge por expandirse.

La policía lo encierra en círculo estrecho é Indalecio pelea hasta caer, mirando la altura, como gladiador antiguo. Y cuando siente que la vida se le va por aquella herida abierta en el flanco, se deja besar por la Muerte que refresca su frente sudorosa y dibuja en

su retina opaca y crepuscular la mágica perspectiva de una Gloria que borra para siempre la silueta de aquella celda gris que agostó en flor vigor tanto!...

L. CARDOSO CARVALLO.



Teófilo E. Díaz



Teófilo E. Díaz

Es de la generación de Daniel Muñoz, Carlos María Ramírez y Julio Herrera y Obes; ha sido Miembro del Tribunal Superior de Justicia y Ministro Diplomático.

Hace unos dos años (en 1893) reanudó el cultivo de las letras — que había olvidado ó al menos descuidado durante algún tiempo — con una colección de *humoradas* que publicó en la prensa, firmándolas con el seudónimo *Tax*; y á esas humoradas, inspiradas por una filosofía singular, añadió pronto cuentos y artículos en los que abundan observaciones agudas y rasgos ingeniosos. En el estilo y en la filosofía de Díaz hay indudablemente mucho de personal. La

sentencia de Buffón no es desmentida por él.

De los cuentos merecen cita especial *Claudio* y *El Clavel punzó*, y de los artículos el titulado *En los campos incultos*.



Claudio

—Yo soy Bentos Pérez.

Y Claudio, al oír el nombre del matador de su padre, sacó rápidamente un cuchillo filoso, hasta entonces incólume de sangre humana, y lo enterró ciegamente en el cuerpo grueso, fofo y viejo de aquel paisano turbulento en sus mocedades, tranquilo en su vejez y destinado á recibir la muerte pronunciando su propio nombre, de manos puras y nobles.

La obcecación de Claudio no podía ser más extrema.

Siete veces entibió la hoja de Broqua y Scholberg en la sangre entonces menos ardiente de Bentos Pérez, que cuando la noche de luna bella y clara

en que el padre de Claudio, saliendo al llamado de aquél, que marchaba como señor feudal acompañado de partida emponchada, recibió la muerte por el delito de ser adversario en color político.

La pobre esposa del asesinado, con su hijo varón en los brazos y el seno descubierto como indicio de que el *bebe* acababa de soltar la teta, salió precipitadamente al oír desde el interior del rancho, ese ruido funesto mezcla de alaridos, de choque de sable en las botas, ayes y quejidos de una víctima, tropel de gente alevosa.

La partida de Bentos Pérez, jaraneando ante la indiferencia glacial de la naturaleza que ofrecía con el asesinato un nuevo detalle artístico á su panorama permanente, á la vez que cambiante, según la hora, la luz ó el tiempo, arrancaba, sin saberlo, la felicidad del hogar de los dos Claudios.

Veinte años habían transcurrido desde el momento en que Claudio el inconsciente parecía contemplar el cuadro horrendo, sujeto al seno de la desolada madre.

Durante tan largo tiempo ésta había conservado el luto que la guerra civil le impuso de improviso, en los momentos más apasionados de su vida conyugal, y la única oración del día desde entonces fué una plegaria rústica, como ofrenda sencilla del amor de la esposa y del hijo al malogrado jefe de aquel hogar que recién se formaba.

La fortaleza de carácter de la esposa para sobreponerse á su dolor, la dedicación al trabajo rudo del campo en un pedazo de tierra donde la vaquilla devora las hojas jugosas de verdes plantíos y apenas respeta el maíz y la cebada, y se vive de una majada que tiene el rodeo cerquita de las casas, su persistencia en vestir siempre de negro, fueron cualidades sobresalientes en aquella mujer virtuosa sin veleidad, fuerte en sus pasiones sin ornato, nacida para la fidelidad y envejecida prematuramente por esa acción aplastadora á que está sujeto aquel que ha perdido ya toda esperanza.

En aquella casa no había imágenes católicas, ni santos alumbrados, por-

que el cielo había negado su concurso; pero no se abrigó jamás en ella la idea ó el deseo de venganza.

Se rendía sólo homenaje místico al desaparecido que fué dueño de la tierra y de los ranchos, al que había vinculado su existencia por matrimonio eclesiástico á la que luego después fué madre del único heredero.

Claudio se crió y educó con la cartilla del episodio cruel, y su imaginación fecunda hizo de la muerte de su padre una leyenda que conmovía su corazón y exaltaba su pensamiento.

Bentos Pérez, eran para él palabras como pilas eléctricas.

Nadie sabía en la casa de Claudio, si Bentos Pérez vivía ó si ya estaba pagando en el infierno su delito, que ante la justicia de los hombres no pudo comprobarse; y entre tanto Claudio, precoz y animoso por llevar ayuda positiva á su familia, se desarrollaba con buenos sentimientos y prácticas honradas, atrayéndose la simpatía de todos los vecinos.

Un buen día, resuelve Claudio comprar una tropilla de caballos que le fué

propuesta por un estanciero que residía en departamento lejano; cansó su caballo en el viaje, y acercándose á una estancia, pidió por tres días un caballo prestado, y lo consiguió. Su demora fué más larga, y al volver con su tropilla, se aproximó nuevamente á aquella estancia para él desconocida, con el sano objeto de pedir disculpa por la tardanza, devolver el caballo y agradecer el servicio.

Entonces, encontrándose Claudio con el dueño de la estancia, fué así interrogado:

—¿ Se puede saber el nombre de la persona agraciada á quien he prestado ese caballo?

—Sí, señor; me llamo Claudio...

—¿ Y el nombre de usted, señor?...
.....

La exaltación de Claudio, que hubiera podido ser más duradera por su temperamento sintetizado á lo vivo en sus ojazos negros y su expresión apasionada, cedió repentinamente á la voz y sollozos de una joven hija de Bentos Pérez que, presentándose de improviso,

gritó á Claudio que no matara á su padre, y se arrojó sobre el cuerpo de éste, tiñendo de púrpura su blanco vestido.

Claudio, cuyos ojos habían relampagueado tétricamente al cebarse en el asesino de su padre, sintió la calma reconquistar el dominio de su espíritu, y asombrado de su venganza instintiva, llegó á su casa estremecido y dijo á su buena madre:

—Maté á Bentos Pérez; pero ¡madre querida, he dejado huérfana á una pobre joven inocente y divina!

.....

Cuando Claudio fué presentado al tribunal del crimen, le había sido impuesta una condenación de seis años de penitenciaría, de acuerdo con absurdo veredicto, ignorante de lo alto y noble, que no siempre queda oculto en el fondo de la humana naturaleza.

En segunda instancia, Claudio, interrogado por varios jurados sobre los detalles del interesante caso, atrajo la simpatía de sus jueces.

—¿Qué sentimiento habéis experimentado después de realizada la muerte de Bentos?

—Sólo un pensamiento dilacera mi alma, y es el pensar en la pobre hija de don Bentos, cuya figura como un ángel ha tomado sitio en mis sueños, y no puedo olvidar el mal que le he causado.

El jurado reconoció que Claudio había obrado impulsado por un exceso de amor filial, y recordaba sufriendo la figura de su víctima inocente.

¿Estaría enamorado Claudio de Marta Pérez?

.....
Absuelto por el jurado en segunda instancia, el distinguido fiscal no apeló, creyendo justísima la sentencia que dejaba en libertad á Claudio, y éste volvió bien pronto á abrazar á su madre, sorprendida de los acontecimientos que apreciaba como inevitables y fatales.

Los primeros días, al gozar Claudio de su libertad, parecía feliz, prometiéndose entrar de lleno al trabajo y recuperar lo que su casa se había atrasado.

Pero Claudio tenía un enemigo tenaz, una visión dominadora, un anillo de fierro que sujetaba todo su ser.

No había sofisma, esfuerzo ni recurso que pudiera detener á Claudio.

Claudio necesitaba ver á Marta Pérez, y esto era su profundo secreto.

Ante el jurado fué espontáneo, y dijo que la hija de don Bentos había tomado sitio en sus sueños; pero ni á su pobre madre ni á sus amigos expresó lo que él á su vez quería borrar en vano de su intención y de su mente.

Nada existe más abrumador que adorar contra el deber ó la propia posición.

Claudio comprendía que su tendencia era absurda, contra lo natural; pero amaba indudablemente á su inocente víctima, y este sentimiento producido como fruto de su venganza, revelaba la justificación de su ataque implacable, pero irreflexivo, contra don Bentos.

Adoraba, y su deber, á pesar de ser joven y libre, era alejarse y no aumentar el llanto con actos que sólo podían tomarse como inhumanas injurias...

Claudio desapareció una noche de su casa.

Hizo una jornada de varias leguas

con un caballo de tiro y durmió en el bosque sin hacer fuego. Él ardía y otras brasas le producirían malestar. Abrigado en su poncho de paño, había elegido una bóveda de enredaderas silvestres parecida á la de un templo artístico, en cuyo centro colgaba un nido de boyero tejido con pastos oscuros y suspendido de una larga y finísima hebra verde y resistente.

Al amanecer, el boyero cantó una armonía amorosa y melancólica, que aumentó el delirio de Claudio y sus anhelos de contemplar de cerca á la preciosa huérfana, á la hija de don Bentos.

Claudio, poseído del vértigo, creía fácil lo que sin amor es enormemente difícil y comprometedor.

Claudio creía que su plan estaba perfectamente bien combinado. Sólo adolecía del *pequeño* defecto de que para realizarlo hubiera sido necesario que Claudio se hiciera incorpóreo é invisible, apareciendo sólo de manifiesto en la forma de Espirita cuando seducía idealmente á Guy de Malivert.

Claudio llegó todavía con luz por las

inmediaciones de la estancia de Bentos Pérez.

Esperó la noche; y á la hora de la cena se fué acercando á pie y sigilosamente á la morada de Marta. El caballo quedó á distancia de diez cuabras en una isla de Mataojos, Canelones y Arueras, próxima al caudaloso arroyo que serpenteaba en la falda de la misma colina en que estaba construída pintorescamente la estancia.

Un silencio profundo reinaba allí.

Sólo se veía á la china, ahumada como una palometa del *Culmbacher-Bier Local*, con cierto olor á yodoformo que produce el humo de la leña en los vestidos de zaraza, cruzando de la cocina á las piezas de los patrones, con una fuente de carbonada ó una sopera de mazamorra, y más allá, en la cocina de los peones, algunas figuras de chipá sentadas en banquitos de troncos rústicos, pasándose el mate, y contemplando el asado de oveja gotear en la hoguera que aviva su luz intermitente.

Claudio, que había conseguido llegar sin ser advertido hasta el barril del

agua, y esconderse detrás, se resolvió de improviso á entrar á la pieza donde Marta comía con una vieja y una niña de su parentela. Claudio quería exponer su amor, su desesperación y pedir perdón; pero no tuvo tiempo de pronunciar una palabra. Apenas fué visto por Marta, ésta dió gritos desaforados, reconociendo al asesino de su padre.

—¡Satanás, Satanás! ¡acudan contra el diablo!

La vieja, imitando á la virgen horrorizada, gritó á su vez:

—¡Cruz diablo, Dios me asista!

La niña, tapándose la cara, corrió hacia la cocina de los peones, diciendo temblorosa:

—¡Ha aparecido el demonio!

Los peones salieron en grupo en momentos que Claudio partía de un hachazo la cabeza de Turco, el perro más bravo, que ya le acosaba de cerca.

—¡Y es el diablo *mesmo*!—dijo uno.

Y esto bastó para que el espíritu supersticioso de nuestros gauchos les obligase á remolinear persignándose, dando tiempo á que Claudio saliese en

dirección á donde estaban sus caballos.

La peonada, medio repuesta, contemplaba de lejos á Claudio, y finalmente resolvió echar caballos para perseguir al fantasma.

Cuando los peones de Marta salieron en busca de Claudio, éste había llegado á la isla, cortado el maneador que ataba al overo, y montado su zaino predilecto, lanzándose con él á lo más profundo del arroyo.

Así que el zaino perdió pie, Claudio interrumpió los resoplidos de su animal nadador cortándole el gañote de una puñalada, inferida con la mano firme de quien encuentra su último destino por acto de propia voluntad.

Claudio jineteó en los estertores de la muerte del zaino, y desaparecieron hacia el fondo del arroyo, hombre y caballo, como el cuerpo solo de un Centauro.

TEÓFILO E. DÍAZ.



Carlos Reyles



Carlos Reyles

Joven y rico, parece extraño que este mozo á quien muchos sólo conocen como uno de los principales estancieros del país, se dedicara á la literatura.

Pero la fortuna, pródiga con él, lo ha dotado también de singular ingenio, y el joven estanciero es uno de los más distinguidos escritores de la generación contemporánea.

Ha vivido en España y ha adquirido un dejo andaluz bastante señalado en su lenguaje y en su estilo; pero no se ha desvirtuado su facultad de sentir la naturaleza del país natal, y antes ha ganado en experiencia para penetrar con observación aguda en el alma esquiva de nuestro paisano.

Se estrenó en 1888 con la novela naturalista *Por la vida*; publicó luego algunos artículos y cuentos, y últimamente una segunda novela, *Beba*, que ha revelado notable progreso en el autor, y que con justicia ha sido puesta por la crítica entre las mejores de la literatura uruguaya y aun de la americana.



Mansilla

En despoblado, á pesar de la lluvia y el viento, manejándose á tientas en medio de la obscuridad reinante, lograron encender el fuego. Esta operación tan sencilla les costó grandes trabajos: tuvieron que hacer con los cuchillos un pozo en la húmeda tierra, taparlo luego para que no se anegara, con una carona que sostenían cuatro palitos á modo de columnas, y que el viento derribó dos ó tres veces, y hacer después arder la escasa leña á fuerza de fósforos, sebo y pulmones. En fin, la leña ardía alegremente, y ellos, gozando de cierto bienestar dentro de sus ponchos de invierno, hablaban de cosas sin importancia, mientras á lo lejos

oíanse los silbidos de sus compañeros que rondaban el ganado. De vez en cuando un relámpago iluminaba con lívida luz el horizonte, haciendo surgir de las tinieblas, aquí y allá, ranchos y poblaciones de aspecto huraño, lúgubre, y entonces se veían á los novillos apretados unos contra otros, con las ancas al viento y las cabezas gachas, y á los troperos que, chorreando agua, vagaban alrededor de las bestias.

—¡Tiempo diablo, como no tengamos una disparada!— exclamó de pronto Mansilla, el capataz, mirando en dirección á la tropa.

—Yo estoy *calao* hasta los *güesos*... vida aperreada ésta— articuló Esquivel su compañero, y los dos guardaron silencio un breve rato, pensando tal vez en los trabajos y malandanzas de su fatigoso oficio.

Eran troperos del «Sauce». Cada mes salían un par de veces de la estancia, y siguiendo el paso lento, regular y monótono del ganado, que concluía por adormecerlos, caminaban y caminaban durante días de interminables horas, so-

portando lo más resignadamente que les era dado, las heladas y rigores del invierno ó los ardientes rayos del sol canicular, las madrugadas frías y las noches borrascosas y lóbregas, preñadas de extraños ruidos, y en las que, entre relámpago y relámpago, eran presa frecuentemente de vagos terrores, que despertaban sus obscuras creencias de niños, las viejas y casi olvidadas creencias inculcadas por la bondadosa abuela junto al fogón del rancho paterno...

Al principio menos mal: los preparativos de la partida, sobre todo, tenían para ellos especial encanto. *Tusaban* y componían sus fletes mejores y más gordos; hacían, entre alegres dicharachos y sonoras carcajadas, el equipaje, compuesto generalmente de una muda de ropa, un par de alpargatas, el recio poncho de paño y la caldera, que llevaban sujeta bajo la barriga del caballo, prenda que junto con la toalla entre los cojinillos caracteriza al tropero; recibían mil encomiendas y encargos, y cerrándoles pierna á los pingos recién aseados, se alejaban á galope tendido

de la estancia, para alcanzar á la tropa, que invariablemente pastaba por los alrededores. El cambio de vida y la relativa independencia de que gozaban lejos del ojo del patrón, los tenía decidores y retozones los primeros días, pero después de algunas noches de ronda y de no interrumpidas marchas bajo los rayos del sol, empezaban á sentirse incómodos y á cambiar de postura sobre el recado, cuyos *pellones* despedían fuego. La mayor parte de las horas se las llevaban dormitando al compás del fatigoso *jopa-jopa* con que arreaban á las reses, y el resto en un estado de flojera y modorra tales, que los hacía recorrer inmensas zonas de varios paisajes sin que ellos vieran otra cosa, y eso confusamente, que lo que tenían delante de los ojos, allá, muy lejos, en un punto perdido del horizonte. De tarde en tarde, alzaban la vista para seguir el reposado vuelo de una cigüeña, y luego volvían á canturrear el *jopa-jopa* y á adormilarse nuevamente. Algunas veces, muy raras, apartábanse de la tropa con el ánimo de tomar un mate

de á caballo en algún rancho conocido ó se apeaban en una *pulperia*, para engullir, mirando los barrotos de hierro del mostrador y los artículos suspendidos del techo y cubiertos de polvo y telarañas, media libra de pasas de higo y nueces remojadas con vino seco, pero lo general era que sólo interrumpiese la monotonía de aquella existencia nómada, el vadeamiento de algún río, siempre peligroso, ó una *disparada* del ganado, en la que no era extraño que alguno se perniquebrase ó pereciera. Había muchos ejemplos de ello. Casualmente Mansilla recordando lo que en aquel mismo sitio le había acaecido dos años antes, dijo, dando vuelta al *churrasquito* que se asaba en las brasas:

—Le tengo miedo á la novillada ésta; todavía nos va á pegar un susto. ¿Se acuerda, aparcero, hace dos años aquí?... ¡disparada bárbara aquélla! — y dejándose llevar de la natural y animada locuacidad del paisano, agregó accionando mucho:—Yo gané la punta, y como iba bien *montao* le jugué risa; pero de repente, ¡qué iba á pensar en

eso, si iba mirando *pa* atrás! pegó mi overo la pechada contra un *alambrao* y me *voló* lejos. Esa fué mi suerte; si caigo cerca no cuento el cuento, como el pobre *Benjasmín*.

El suceso ocurrió de madrugada, al ponerse en marcha. Los novillos caminaban tranquilamente, pero de pronto, asustados por la brusca aparición de un avestruz, bufaron de espanto y emprendieron la fuga. Uno de los peones que corría delante, tuvo la malhadada suerte de rodar y fué realmente mutilado entre las pezuñas de las reses.

—El pobre indio salió *parao*—dijo el compañero de Mansilla,—pero allí no más lo alcanzó una res en el *garrón* y lo *desjarretó*. *Dende* que lo *vide* caer lo conté entre los muertos. Cuando sujetamos la novillada y vinimos á recogerlo estaba como hecho picadillo.

Echóse el sombrero á la nuca, dejando que la luz iluminara de lleno su rostro curtido por el sol, y agregó, triste, pero resignadamente, reflexionando en que las escasas monedas ganadas por ellos en aquella ruda tarea, se les es-

currían de las manos no bien llegaban á *Tablada*:

—Y todo para no salir de pobres.

Mansilla hizo un gesto de asentimiento y los dos callaron de nuevo.

Después de dos ó tres días de fiesta y jolgorio en el Paso del Molino, y de comprar algunas relumbrantes baratijas en las tiendas y *platerías*, estas últimas abiertas para ellos nada más, como las trampas para los ratones, regresaban al *Sauce* con los cintos vacíos, pero eso sí, muy bien trajeados y cargados de pañuelos de seda y frascos de olor con que *quedar bien* entre sus conocimientos femeninos. Había quien se gastaba mes á mes el producto entero de su trabajo, en componerse, alhajarse y parecer galante. Y lo hacían por pueril vanidad, por no ser menos que los otros. Sobre todo los que *tropeaban* con Mansilla, contagiados con la liberalidad de éste y el deseo de imitarlo en el vestir, se veían en serios apuros para salvar algunos reales en cada viaje. Mansilla era para ellos el prototipo del gaucho por excelencia, el modelo del criollo

que ellos tenían metido en el magín: alegre, decidor, buen compañero en toda suerte de lances, advertido y *camperazo*. Y por modelo también era tenido fuera de la estancia; por eso no le llamaban Mansilla á secas, sino el *gaucho Mansilla*, como si quisieran expresar que era, más que una persona, un *hombre-tipo*, un ser característico que llevaba en sí *aquello* que distinguía á una raza que iba desapareciendo ya.

Recibíanlo en todos los ranchos en que se apeaba á su regreso de la ciudad, con no disimulado gozo; su franca charla y estruendosa alegría eran gustadas como manjar apetitoso que se saborea de tarde en tarde, casi como favor del cielo... ¡Se reía tan franca y abiertamente, que aquello era una bendición! Además, donde quiera que estuviese, oíase la vihuela, y á falta de música, su charla retozona que llenaba de júbilo hasta á los más díscolos y retraídos. Los viejos se complacían en repetir sus dichos y chuscadas, y las mozas lo nombraban riendo y haciéndose guiños, al recuerdo de las *cosaxas*, que á hurto de sus padres les decía al oído.

Con estas cualidades no es de extrañar que sus compañeros tratasen de seguirle los pasos en todo y aun de sobrepujarlo en aquello de ir de rancho en rancho obsequiando á las mozas y conquistándose voluntades, lo cual les costaba muy buenos dineros, sin que obtuvieran los favores que Mansilla, ni la general estimación que éste gozaba; pero donde se arruinaban verdaderamente, era en el empeño tenaz que ponían en vestirse como él y en usar las mismas prendas. Todos ambicionaban tener estribos de *campana*, cintos con *pasadores* de oro, riendas con virolas de plata: quién se parecía por copiarle los *punteaos* y floreos que ejecutaba en la vihuela, y quién le tomaba los puntos en el sentarse á caballo y jinetear de *pierna abierta* el potro más fiero. Á muchos conducíalos su servil imitación hasta ponerse el *gacho* sobre las cejas como él, y á llevar el chiripá de merino negro con franja colorada, medio arrastrando por los talones, como Mansilla lo usaba para darse el vanidoso gusto de picarlo con las espuelas... Interior-

mente se avergonzaban de ser tan presumidos y gastadores, pero mirándose en las tranquilas y limpias aguas de los arroyos: — «De todos modos, no hemos de salir de pobres,» decíanse, y sonreían satisfechos.

— Yo pienso *pegar la sentada* — dijo Mansilla, rompiendo el prolongado silencio en que habían caído, y su rostro simpático se iluminó como el de quien se dispone á hablar de asuntos muy íntimos y queridos.

— Pronto no voy á ser solo... hay que mirar pa delante—y sonriendo hasta mostrar sus dientes iguales, un poco grandes y apretados, cuya blancura resaltaba sobre las rojas encías que también descubría al reír, añadió:—¿No advina, aparcero?...

Pero Esquivel, por toda respuesta, le dirigió una mirada indiferente, echándose después el sombrero sobre los ojos, como si quisiera huir las interrogadoras miradas de Mansilla, el cual, sin notarlo, prosiguió:

— A usted quiero confesárselo antes que á nadie; sí, aparcero, he decidido *tomar estado*.

Silencio glacial.—«¿Por qué, qué quiere decir eso?»— se preguntó viendo que su amigo lo escuchaba sin darle muestra de simpatía ni siquiera de interés, encerrado en un silencio á todas luces hostil. «No le parecerá bien,»— y al decíselo sintióse apenado por una desazón extraña, y la sonrisa huyó de sus labios.

En silencio cortó un trozo de churrasco, y después de comer algunos bocados, dijo resueltamente:

— Parece que la noticia no ha sido muy de su agrado: ¿no es de su gusto la moza ó qué?

Esquivel, eludiendo la pregunta, y con tono sentencioso, dejó caer estas palabras:

— El hombre ha de picar de flor en flor y volar.

Y entonces él, precisamente porque comprendía que su compañero no miraba con buenos ojos á Margarita, empezó á ponderársela y á explicarle lo muy obligado que le estaba.—Hablóle de lo buena, económica y laboriosa que era y de lo mucho que parecía querer-

lo, y concluyó diciéndole que el mismo patrón, aquilatando las perfecciones de la moza, le había aconsejado que se casase.

Al llegar á este punto, tornó Esquivel á dirigirle la mirada fría, casi irónica de antes, y luego, encogiéndose de hombros, repuso:

—Usted es mayor de edad: haga lo que quiera; pero ya le digo: el hombre debe picar de flor en flor y volar.

Mansilla no pudo menos que reírse de la seriedad de su amigo.

—Despáchese, aparcero — le dijo; — usted tiene algo en el buche, suelte prenda de una vez y déjese de andar con rodeos, que á mí no me asustan sombras.

Á lo cual contestó Esquivel apeándose de su actitud reservada y mirándolo frente á frente:

—Todas las mujeres son de la *mesma* laya; yo, aparcero, soy más viejo que usted y las he *experimentao*. Para mí la suya le anda jugando sucio: ahí tiene lo que tenía en la garganta; yo soy su amigo y cumplo diciéndoselo.

Con las espesas cejas enarcadas y di-

latadas las ventanillas de la aguilera nariz, miró Mansilla á su amigo un instante, y luego, haciendo un violento esfuerzo para domar la expresión fiera que le afeaba el rostro, dijo con voz ronca y temblona:

— Usté es mi aparcero y puede decirme lo que quiera... si hubiera sido otro, á estas horas nos habíamos roto los cuernos. Sepa que mi *china* no es como las demás... Mangacha es Mangacha, y como Mangacha no hay otra.

Como era la hora de relevar á los peones, Esquivel se dirigió á su caballo.

— Está bueno, yo decía lo *mesmo* de Nicolasa — repuso al montar, y después agregó para su capote, mientras que al trotecito se alejaba del fogón: «Bicho zonzo el cristiano cuando se enamora».

Pocos momentos más tarde, Mansilla con el sombrero en la mano y al aire la revuelta melena, montaba también y se perdía en la obscuridad. Esa noche no dormitó sobre su caballo como otras veces; hasta el amanecer oyeron sus silbidos los peones y lo vieron vagar alrededor de la tropa, pasando por de-

lante de ellos sin proferir palabra, como alma en pena.

Al salir el sol entraron en *Tablada*. Un cuarto de legua antes, en la costa de un arroyo, Mansilla echó pie á tierra y debajo del poncho se mudó de ropa, como hacía siempre en aquel paraje; dióle un buen limpión, con la arena mojada á los estribos, riendas y freno, y atándole la cola á su pingo tornó á montar, entrando en *Tablada* tan risueño y feliz como siempre, repartiendo saludos y sonrisas á diestra y siniestra.

—¿Qué dice el gaucho Mansilla?— le gritó uno de los compradores;— parece que ha *bañado* á sus novillos; ¿están muy crecidos esos arroyos?

—Regular: á los patos les da *pue el* pecho;— y después de esta chuscada, acordándose súbitamente por una inexplicable ligazón de ideas, de las palabras de Esquivel, pensó:—«¿Por qué me habrá dicho eso mi aparcero?... y cuando él me lo ha dicho... ¡Ay Mangacha, Mangacha!»—y siguió bromeando con los compradores, que ya lo habían rodeado dispuestos á echar un rato de palique.

Como la escasez de ganados era mucha, la tropa se vendió ese mismo día, y Mansilla pudo verse libre antes de lo que esperaba. Arregló sus cuentas con el vendedor de las haciendas del *Sauce*, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino á gastar alegremente el dinero ganado en el viaje. Pero esta vez él tenía otras miras: iba á comprar el regalo de bodas. Separóse de sus compañeros y se dirigió á una de las más lujosas *platerías*. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de filigrana de plata, un trabajo florentino por el cual le pidieron treinta pesos, diez más de los que él tenía; pero como era parroquiano, el platero no tuvo inconveniente en fiarle el resto, y Mansilla se vió en posesión de la bonita alhaja.

«Le va á quedar que ni pintada» — se dijo dos ó tres veces de regreso á la fonda, acariciando mentalmente el cuello mórbido y bien torneado de Mangacha; pero al divisar á Esquivel en la puerta, y sobre todo, al sentir sobre sí la mirada escrutadora de éste, volvió á sentirse molesto y á ser atormentado por

la duda. «¿Y si me jugara sucio? ... ¿pero puede ser eso verdad?» — y pensando así, lo acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo de regresar para verla, porque viéndola se figuraba que se sentiría inmediatamente tranquilizado. «Sí, sí, lo mejor es verla» — se repitió varias veces.

Cuando les manifestó á los otros troperos su decisión, éstos quisieron acompañarlo, pero él se opuso tenazmente y partió solo, llevándose dos de sus caballos por delante.

— Á mi pobre aparcero le ha hecho *daño* la marca, — murmuró Esquivel viéndolo alejar; — pero ¿qué le hemos de hacer? á casi todos nos pasa lo *mesmo*; ¡malhaya sean las mujeres!

Mansilla galopó, galopó y galopó. Las dudas que antes le asaltaban de tarde en tarde, iban convirtiéndose en un pensamiento fijo, en un come-come continuo que le roía las entrañas. Al verse en despoblado quiso precisar sus ideas, las ideas que en bullicioso tumulto acudían á su cerebro llenándolo de sombras y de dudas, y se dijo: «Despacito

por las piedras, Mansilla; á este paso no te aguantan los mancarrones»—y pasándose la mano por la frente prosiguió: «Vamos á ver: ¿á dónde voy yo, qué voy á hacer? Aunque Esquivel me haya dicho *eso*, ¿qué razones tengo para creerlo? ¿será posible que mi Mangacha me engañe?...» y se puso á pensar en los ratos pasados junto á Margarita, hasta representársela tal como ella era, con los menores detalles de sus actitudes, gestos y ademanes.

La veía con los brazos al aire y un pañuelo de seda á la cabeza, lavando á orillas del arroyo, en una postura que hacía resaltar sus bellas formas, ó ya sentada debajo del ombú que cobijaba el rancho, cebándole mate de leche á la vieja y sonriéndole á él, con aquella boca de expresión graciosa y pura, que era lo que más lo inclinaba á ella y lo que menos le dejaba creer ahora que le fuese infiel. «Engañarme, ¿y por qué?...»—y recordando su dulce sonrisa, agregaba: «No, no es verdad, no puede ser verdad».

En estas alternativas se le pasaron

algunas horas. Á eso del mediodía mudó caballo y siguió su carrera, pasando por delante de los ranchos donde acostumbraba á detenerse, á galope tendido, sin mirar siquiera. «¡Ay Mangacha, Mangacha!» — suspiraba, y le metía sin piedad las espuelas al caballo, sintiendo cada vez más imperiosamente la necesidad de verla. Atravesaba los llanos, escalaba los cerros, descendía las cuestras abajo á media rienda siempre, como si huyera de algún enemigo invisible ó de su propia sombra.

En una estancia donde era conocido, pidió un churrasco, y rehusando apearse allí, fué á asarlo en la falda de una cuchilla, lejos del camino y de las importunas miradas de los transeuntes. Deseaba estar solo para resolver en el magín aquello que tanto daño le hacía. Contemplando distraidamente, mientras ardía la leña, su bonito *apero*, cuajado de brillante plata, se preguntó vaga é inconscientemente, cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas costosas prendas, y á punto seguido empezó á recordar, de un modo vago tam-

bién y como pensando en varias cosas á un mismo tiempo, los muchos favores que le debía al patrón.

Sin duda le había caído en gracia. A los seis ú ocho meses de haber ingresado como peón, dieron en distinguirlo los superiores, confiándole algunos trabajos y acarreos de ganado; más tarde lo hicieron puestero, y por último capataz de tropa. Y precisamente la fortuna le sonreía, él lo recordaba bien en aquellos momentos, desde el punto y hora que entró en relaciones amorosas con Margarita. «Ella, sin duda, es mi buena estrella,» — se dijo, y repitiéndose estas palabras con una insistencia ajena á su voluntad, fué poniéndose muy pálido y desencajándose su rostro, hasta adquirir una expresión idiota de sorpresa y abatimiento. «¡Si será el patrón!» — murmuró; y al través de esta cruel sospecha, que no hizo por alejar, creyó explicarse su extraña suerte en el *Sauce*. «Todo está más clarito que el agua,» — y luego, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Margarita lo engañaba, agregó fuerte,

como para oírse él mismo: «Les he servido de pantalla, he sido un zonzo...» — y parándose, pególe un puntapié al churasco y montó de nuevo.

Mugiendo blandamente se dirigían las vacas á la querencia, y las lechuzas acompañaban con sus graznidos la lenta y dulce muerte de la tarde. Cuando cerró la noche, el gaucho Mansilla, envuelto en las negras tintas, siguió avanzando al trotecito.

Al amanecer descubrió á lo lejos el rancho de Margarita, medio borroso, casi imperceptible entre las brumas de la mañana; perdiólo de vista en un bajo, y al aparecer de nuevo ante sus ojos, le dió un vuelco el corazón. Era que perdía el último resto de esperanza: al pie del ombú escarceaba el *pangaré* de don Gonzalo. Mansilla ahogó su pena con un juramento seco y breve y se detuvo sin saber qué partido tomar; pero á los pocos instantes, sin darse cuenta de ello seguramente, atraído por inexplicable fuerza, fué acercándose al rancho.

Al verlo Margarita, que salía con la

pava en la mano para llenarla de agua en la *cachimba*, quiso huir, pero él la alcanzó, y arrojándola al suelo violentamente, le puso el pie en el pescuezo, como hacía con los borregos para señalarlos con entera comodidad. Un hombre de unos cincuenta años salió entonces de la habitación, corriendo en auxilio de la infeliz.

—No te *acerqués*, viejito, porque te voy á cortar,—le gritó Mansilla deteniéndolo con un suave planchazo y una torva mirada; y luego, encorvándose sobre Margarita, que gemía bajo su bota, le agarró la trenza y se la cortó á raíz de un solo tajo. Atóla en la cola de su caballo, de modo que se viera bien, y se alejó sin apurarse ni poco ni mucho, en dirección á la estancia.

—Vengo de *rabonar* una *reyuna*—les dijo á los peones al tiempo que despojaba á su caballo del bonito y valioso apero y le ponía el muy humilde con que había llegado á la estancia dos años antes.

—Esto traje y esto me llevo—agregó, disponiéndose á partir.

Los peones lo miraban suspensos, comprendiendo perfectamente por sus palabras y la hermosa trenza de Margarita que todos conocían, lo que había sucedido.

—¿Adónde va, hermanito?—le preguntó cariñosamente un camarada, acercándosele.

—Qué sé yo: á rodar por ahí; la tierra es grande;—y después, dirigiéndose á todos en general, añadió:—¡Adiós caballeros! ustedes son testigos de que el gaucho Mansilla se va como vino: con el sombrero en la nuca,—y tomó el camino del monte.

Lo que se vió solo, solo con su dolor, sin tener por qué fingir ni á quién engañar, dejóse caer del caballo, y cogiendo cariñosamente la maltratada trenza, la cubrió de lágrimas y besos. «¡Ay Mangacha, Mangacha!»—suspирaba, sintiendo que á pesar de todo, el alma se le iba tras de ella. Al través de sus lágrimas y de las retorcidas ramas de los *espinillos* veía el rancho de la ingrata, incendiado por las tintas rojas del astro magno, que flotaba en el horizonte con

su acostumbrada pompa de rayos y resplandores. Trinaban los pájaros, animábase la naturaleza toda con la salida del vivificante sol... y entre tanto él se moría de pena. «¡Ay Mangacha, Mangacha!»... exclamaba. «¡Ay Mangacha, Mangacha!»—repetía internándose cada vez más en la espesura del monte, como venado herido que huye el ruido y la luz.

CARLOS REYLES.



Manuel Bernárdez



Manuel Bernárdez

Nació en 1867. Su primer libro de versos tiene la fecha de 1885, y el primero de prosa la de 1887, lo que indica notable precocidad en su producción literaria. Ha sido periodista por vocación desde muy joven, y ha vivido gran parte de su juventud en la campaña, principalmente en la del litoral Uruguayo, que conoce muy bien.

Como poeta sigue las direcciones de la poesía moderna y se muestra enamorado de los símbolos y abstracciones, quizás en demasía. Como periodista ha revelado facultades excepcionales de flexibilidad de ingenio, rapidez de concepción y fácil galanura de estilo. Como cuentista, el *Velorio vacuno*,

cuadro encantador, donde no está ausente el simbolismo humano, *Juan Viejo* y *El desquite*, donde luce tanto su conocimiento de la campaña, como la imaginación creadora y el colorido del estilo, le dan crédito valioso.

¡Cómo se explicará el lector que este poeta de imaginación fecunda, artista hasta en el periodismo, se haya entregado en cuerpo y alma á la pedagogía!

No le falta sin duda entre nuestra gente ejemplos, como los de Marcos Sastre, José Pedro Varela y Victoriano Montes; pero de éstos sólo el primero tenía mucho de literato; y con todo, la tendencia didáctica lo apartó de la literatura como á los otros.



El desquite

I

Bajo el calor pesado de aquella siesta continuaba trabajosamente la esquila. Las ovejas, maniatadas en el gran galpón de quinchas, se ahogaban, balando á intervalos un balidito quejumbroso y tristón.

Entre el chirriar acerado de las grandes tijeras cortando la lana, resonaban como un tiroteo, de minuto en minuto, los gritos de los esquiladores. — « ¡ Médico! » gritaba por aquí el que pegaba un tajo: el curador venía con el tarro de alquitrán y daba unos pincelazos en la herida á la oveja lastimada. — « ¡ Lata! » gritaba por allá el que concluía, arro-

llando el vellón y soltando al animal, que salía azonzado, desnudo, limpito, amarillo como un huevo de avestruz recién largado. Los esquiladores, sin más ropas que la camisa y el chiripá, con pañuelos atados á la cabeza algunos, encorvados sobre las ovejas, no hablaban, sofocados por el calor y la postura violenta. En un costado del galpón se alzó uno de ellos—un paisano de fisonomía dura, barbudo—y soltó un carnero. El esquileo de los carneros valía *dos latas*—dos vintenes. El paisano gritó:—«¡Carnero, lata!» El encargado llegó y le dió dos latas. Las tomó, y guardándose una en el cinto, le dijo á otro—un muchachón flaco que esquilaba á su lado, todo sudoroso, descolorido por el calor:

—¡Tomá tu lata, vos!

Esquilaban á medias. El muchacho se enderezó un poco, agarró la lata y se quedó mirando á su socio.—Ché,—le dijo,—me andás reculando latas. Dende hoy estás trasquilando carneros y risién me das... Ya te vide, cuando fiste como á tomar agua, y llevabas cuatro vello-nes de á dos latas...

El otro lo miró fijamente y contrajo el ceño, de por sí duro, dejando quieta la oveja que había agarrado y puesto patas arriba para continuar la faena. Se enderezó del todo, con la tijera en la mano. — ¿Qué desís, sarnoso? — preguntó, ronco; ¡ya me tenés caliente! — ¡Sarnoso... tu madre! — replicó el joven indio. Y no dijo más. Su socio saltó sobre él, lo cazó del pescuezo, lo tumbó sobre la oveja, blandió la tijera abierta y se la clavó en la espalda, á lo loco. El muchacho se estremeció dos ó tres veces, hasta que dió un estirón de piernas, y quedó quieto. Una hoja de la tijera lo había clavado en las vértebras, mientras la otra entró al pecho hiriendo el corazón, que dió un salto supremo y se paró de golpe, partido en dos. La sangre saltó en borbollón y coloreó á la oveja, que quedó apretada por el cuerpo del esquilador muerto, toda convulsa, desnuda á medias de su poncho de lana.

La escena tuvo rapidez de fantasía. Antes de que nadie pudiera darse entera cuenta de ella, el matador saltó, hosco y fiero, ganó el patio, montó en

el único caballo que había á esa hora en la *ramada* y tomó el campo, resonando los cascos en el galope, sobre la tierra seca, embebida de sol.

II

Era Sandes, el célebre Sandes, el comisario de aquella sección, y estaba en la oficina cuando llegó un tapecito todo afligido — en un petizo maseta que habían agarrado entre las escobaduras — con el parte de la muerte. El patrón mandaba decir que el matador era hombre de agallas, y que mandasen buena gente si lo querían agarrar. Sandes, que profesaba odio profundo á los que mataban sin pelear, quiso ir él mismo. Pero el sargento José Difunto se le cuadró:

— Deja, ché capitán, si usted queré yo va, mejor...

— Bueno, dí; pero ya sabés: no me volvás sin él...

— Ya sé yo... ¡deja no má! Dame el papel.

Sandes le dió la orden por escrito para prender al criminal y matarlo si se resistía. El sargento Difunto no sabía leer, pero nunca iba á prender á nadie sin la orden, por si acaso. Á él le gustaba que se resistiesen, y á más de uno sacó de entre el monte, atravesado sobre el caballo. De resultas de estas aficiones tenía varios ojales en el cuero, que se habían cerrado solos, como las heridas del hacha en el tronco del seibo.

Nunca se supo bien por qué causa lo llamaban con apellido tan fúnebre. Y lo más curioso era que él no lo tomaba á mal;—al contrario, solía dibujarse una ancha risa en su boca sesgada cada vez que tenía que nombrarse. Sargento de la policía del valentísimo Sandes cuando éste era capitán y comisario de una sección rural en Paysandú, tenía Difunto, en ese cargo no más, una credencial de su guapeza. Era el brazo derecho de Sandes, y en Paysandú y en Mercedes se han de acordar los viejos de aquel indio cambueta, fortacho, con una cara redonda

y lampiña de china vieja, y sin otro vicio notable que el de pelear,—vicio que satisfacía á menudo con ocasión del servicio policial, que en aquel tiempo era arriesgado y duro. Era Difunto por naturaleza huraño y callado, y por eso tal vez era bozal como un coya. Cuando él no los oía, solían decir los milicos que al sargento se le había endurecido la lengua porque no la sobaba nunca.

III

Tomó un soldado, y bien montados ambos, se lanzó Difunto á la caza del hombre fugitivo. Dejó el machete—la lata—porque hacía ruido, armándose solamente con su facón, que no le negaba fuego, y con una pistola reyuna que llevaba casi por lujo. Como paso previo enderezó al teatro del suceso, para agarrar el rastro. Cuando llegó, se había reanudado el esquileo; morrían las tijeras como con más ganas de cortar, en un silencio vasto, cargado de conjeturas.

Ladraron los perros y salió un negro viejo, tío Adrián, á espantarlos y á ver quién era. Al divisar al sargento se apuró: «¡Juera, *Chicolate!* ¡Ya diay, *Gaviota!* ¡pucha digo con los animales!... Abajesé don Dijunto, abajesé... Allastá en el galpón... ¡ánimas benditas!... ¡Jué una barbaridá!... ¡Qué barbaridá!... Jué una cosa bárbara, como les dije yo... Venga po acá sargento, allastá el pobre, estirao...»

Cuando llegó el sargento al galpón hubo una suspensión momentánea en el canto chirriante de las tijeras. Algunos esquiladores se dieron vuelta con disimulo, como juzgando inútil que *la autoridá* les viese la cara, y continuaron su faena. En cuanto entró Difunto, un viejo enfardador, que estaba pisando lana dentro de una larga bolsa colgada del techo, se tiró al suelo, y con un aire digno y grave se acercó dando la mano al sargento, el cual creyó tal vez que sería el abuelo del muerto. Era sencillamente el viejo Fantasía. Lo llamaban así en honor á su imaginación, que le hacía hallar histo-

rias á propósito para todos los casos. Por lo demás, Fantasía, —don Fantasía como le llamaban las chinas, —era un buenazo, de estos viejos que se acuerdan de sus tiempos á cada paso y han sido protagonistas ó testigos de todo lo notable que ha sucedido en todas partes.

—Vamo á ve, —dijo Difunto acercándose al muerto, que estaba todavía echado boca abajo. —Le habían sacado la oveja, nada más, pero conservaba su postura, contraído el cuerpo y abiertos los brazos. —Vamo á ve cómo jué eto...

—Algunos, entre ellos misia Silveria, que pasaba con el mate cuando sucedió el hecho, quisieron referirlo; pero el viejo Fantasía no los dejó: los hizo callar con un ademán solemne, y se adelantó él. Contó todo lo que había oído á todos, de lo que resultó una historia larga y tortuosa, llena de contradicciones. Concluyó por pedirle al sargento que le escuchara una palabra aparte. Lo sacó hasta el barril del agua y le dijo con reserva:

—El finaito cuando cayó — ¡que Dios nos libre y guarde! — cayó boca abajo. Lo querían dar güelta, pero yo no los dejé. Así el matador no puede dirse.

Difunto lo miró.

— ¡Qué! ¿crey que no?... ¿No sabe?... interpeló el viejo, pasmado.

— He oído desí... pero se me hace sonsera.

— ¡Cómo sonsera, cristiano! ¡Yo le garanto que no se le va!

— ¡No se le va!... poque yo no me duemo en la paja!

El viejo Fantasía sonrió entonces con aire de suprema iniciación, y dijo, poniendo la mano en el hombro del sargento:

— Miiiire, compañero: yo no creo en *el malo*, pero cuando rejucila me persino; no creo en los *lobisones*, pero cuando ando de noche, y oigo roncar algún chanco lejos de las casas, saco el facón y beso la cru. Esto que le digo es la pura verdá... ¡Mire que yo soy más viejo de que usted y he visto muchas cosas! Cuando un hombre mata á otro... atiendámé: si el finao cai

boca arriba, el que lo mató se va y no hay polesía que lo agarre; pero si cai boca abajo, no tenga cuidao, que la desgrasia lo sigue, y lo engaña, y lo trai al castigo. ¡En mis tiempos tengo visto mucho de esto! Le vi á contar: una ucasión, en una pulpería, allá por los Arapeises, se desgrasió un compañero. El finao era un gringo que se había hecho odiar al ñudo... Ligó una puñalada en la tetilla y cayó pa delante. ¡Pues no había modo de que aquel hombre se mandase á mudar! Se iba, lo víamos dentrar al algarrobal, y á la hora no más golvía, mirando pal lao del muerto:—«No me puedo dir porque he dejao el poncho...» Nosotros apuramos:—«¡pero, cristiano é Dios, vayasé, que lo van á agarrar!» Se iba, y al rato... ¡sas! ¡otra ves! Cuando en esto, un negro viejo, jué, y vido, y dise:—«¡Pero cómo se va á dir! ¡no ven que el finao está boca abajo! ¡delon güelta!» ¡Y así jué! Lo dimos güelta al gringo y el otro no vino más...

—Entonse quere desí que uté pensás que el otro va vení po acá...

— ¡Cómo no, cristiano! ¡Es clavao! Mire, oigamé: él tiene rilasión con Martina, la Chúcara que le disen, una que vive allá en aquel ranchito de la cuchilla. Él se jué sin ropa y sin plata, y yo le garanto que si lo dejan al finao comostá, esta noche le va á dar la desgrasia por venir á empilcharse y á abrasar á la china... ¡Si es una cosa sierta!... Mire: una vé... ¡me acuerdo como si juera aura!... un tal Amansio, un domador...

Se disponía á contar otra historia: José Difunto se la cortó sencillamente, volviéndole la espalda; pero medio vencido por la elocuencia supersticiosa del viejo, ordenó que no tocasen al cadáver hasta que él volviese. El capataz mandó echar un cuero de potro encima y lo dejaron en paz. Los perros olfateaban la sangre seca y esa noche aullaron hasta la madrugada. Las chinas no pudieron dormir con la impresión, y una soñó que había visto al finado bailando, y que las dos heridas de la espalda se le habían vuelto dos bocas, una de las cuales hablaba, mientras la otra se abría para reirse.

IV

Puesto sobre la pista galopaba Difunto, é iba pensando en la superstición del viejo. Por lo que tenía de sobrenatural, entraba y hacía impresión en la penumbra espesa de su intelecto inculto. Pero así mismo, confiaba todavía más en su buen olfato. Tenía en la sangre y en el hábito esa lucidez esquisita que constituye la ciencia del rastreo y se encarnizaba en una persecución, sin comer ni dormir durante días.

Decidió reservar como un recurso heroico la ayuda de las fuerzas misteriosas, «la ayuda del finao», como se decía él. Resolvió recurrir á ella si acaso se le perdía el matador. Al salir de la Estancia se fijó bien en el rancho de la Chúcara para dar con él de noche, si se ofrecía... Aquel recurso extraño y terrible de pedir ayuda al muerto, pensaba él, era como pelear con pistola, cosa que él sólo hacía

cuando el enemigo disparaba y no podía alcanzarlo con el facón...

Por de pronto, hizo sus conjeturas: por el rumbo que había tomado el fugitivo, debía ir ganando el Norte, como á pasar el Queguay, para seguir la fuga al abrigo de los palmares. El caballo que llevaba no podía darle para muchas leguas, sobre todo yendo apurado como iba. Se le cansaría por la Estancia de Ramírez, allá sobre la costa del Queguay. Ésta fué su inducción, y se entregó á seguirla, galopando con su compañero, á través de los campos, de vado en vado, de zanja en zanja, escudriñando las sendas, medio perdidas en los altos pastizales. ¡Por allí había ido el fugitivo; por allí había ido! El indio mordía el barbijo, nervioso, en una ansiosa pasión de dar con el malhechor. Por esta cañada había pasado, por aquel pasito, por este otro barrizal. En una picada, entre el monte, había una ramita de ñapindá recién cortada: debió agarrar la ropa al fugitivo y éste la cortaría por no pararse á soltarla. El rumbo persistía. De fijo iba á mudar caballo en lo de Ramírez...

V

Y era así. El asesino, después de una huida violenta en que el pobre caballo dió todo lo que podía, llegó á la Estancia de Ramírez. Conocía al capataz. Había trabajado allí en marcaciones y esquilas. Todavía en la zafra anterior había ayudado á apartar una tropa. No le negarían caballo, creía, porque en aquellos tiempos no se negaba un caballo á ningún hombre apurado...

Llevaba el asesino unos miedos quiméricos : de que desconfiasen algo, — hasta de que ya lo estuvieran esperando para prenderlo... ¡Oh! ¡pero pelearía! Se aseguraba del facón cuando iba subiendo la extensa cuchilla sobre cuya corona pelada blanqueaba la Estancia. Examinaba... no, nada. Todo tranquilo. Ni le ladraron los perros: le salieron tres, sin apuro, como para oler quién era, y sólo una perra baya que mordía sin ladrar, se colgó de la cola del caballo, que, cansado, ni tuvo alma para cocearla.

El asesino llegó, saludó aquí y allá y se apeó en la enramada, ya del todo tranquilo. Á un peón conocido que le extrañó el traje, le dijo que lo habían pelado al truco en la esquila, y que iba á buscar plata á su pago para volver por la buena...

Estaba cansado, con el cuerpo laxo, y después de la huida, del miedo de caer preso que lo espoleaba en los primeros momentos, le vino una reacción de audacia, una confianza, una alegría interna de haber evadido á la policía. Estas reacciones son un fenómeno frecuente, y son ellas casi siempre las que pierden á los asesinos. Aquel extraño cuento de Edgard Poe, en que el asesino de su mujer, después de estar ya salvo, se descubre por un necio alarde de confianza, es de una profunda verdad psicológica. El criminal tan solícitamente rastreado por José Difunto, tuvo este cuarto de hora necio, que el viejo Fantasía hubiera atribuído al hecho de que el finado estaba boca abajo...

No se hallaba en la Estancia el capataz, pero llegó al ratito. El asesino

lo saludó con desembarazo. — ¡Cómo le va, don Panta! ¡siempre guapo! ... ¡pucha! ...

El capataz se asombró. Lo hacía lejos del pago. — ¡Vos por aquí, *Abrilojo*! qué diablo habrás comido! ...

El matador se llamaba Santos Muniz, pero allí le llamaban *Abrilojo*, porque en cierta ocasión se agarró al truco con un zonzo á quien ganó hasta las pilchas, y mientras estaban jugando, Muniz, que era como luz para las trampas hábiles, le decía riendo al contrario: *¡Abrí el ojo!* y le sacaba del medio el as de espadas, ó flor, ó lo que quería. Hizo gracia la cosa, y le quedó *Abrilojo*.

Muniz repitió al capataz el cuento de su pérdida al juego. Don Panta lo miró de soslayo, sonriendo de su facha. — ¡Mirá que ha de haber sido macho esa jugada! ¡porque pa pelarte á vos! ...

Pero si algo desconfió, lo guardó para sí. Había una complicidad tácita entre la paisanada, para encubrir desgracias de cierto género. Don Panta estimaba á Muniz porque era un buen peón por día. Trabajaba de sol á sol y era muy

callado. Sabía que había sido matrero, y lo tenía por hombre de entraña. Si sospechó la causa de su aparición por allí, no se le ocurrió seguramente que hubiera sido por un asesinato. Capaz de matar, lo creía, pero no á traición. De haberlo creído, le hubiera negado el caballo. Todo lo que era para aquellos hombres simpático el valor que pelea y mata, les era despreciable el ímpetu cobarde que asesina. Don Panta se dirigió á un peón que llegaba á caballo:

—Ché, Juansito, ¿ya soltaste la tropilla?

—Ya, risién...

—Mirá... echala otra ves, pa que éste mude...

Ya muy tranquilizado, el asesino sintió que tenía seca la boca, y hambre,—una contracción nerviosa que le causaba angustias en el estómago. El sol declinaba, y se le ocurrió pensar que con la fresca y con un buen caballo, la fuga iba á ser hasta agradable... Le dijo al capataz que tenía hambre.

—Si esperás un poco... luego no más comemos. Andá yendo pa la cosina, que

ha de haber mate. Yo te hago ensillar el caballo.

— Mire . . . si tuviera alguno nadador, don Panta, por casualidá . . .

— ¡Qué! ¿andás por agarrar surubís á mano? — preguntó el capataz dando una gran risa, que sacudió todo su cuerpo de campero grandote y bien comido. — Güeno, andá no más . . . te voy á dar un tordillo cuero negro que es como tararira! . . . Pero no me lo vayás á jugar, y más cuando andés mal de la mano, como hoy . . .

VI

Acababa de entrarse el sol resbalando por un cielo puro, ligeramente cobrizo. Quedaba en el campo una claridad transparente en las cuchillas y opaca en los bajos, donde parece que las sombras se han pasado el día agachadas entre los pajonales, y á esa hora suben temblando á las lomas, como para espiar á ver si el sol se ha ido.

Todavía quedaban los peones comiendo

en la cocina, cuando Muniz salió con otro paisano que iba á traer un redomón que tenía á sogá en el bajo. Lo estaba enfrenando y lo iba á dejar toda la noche en el corral, con el freno en la boca, porque era porfiado y no quería «agarrar el fierro». Fueron hasta la enramada conversando de esto. Muniz, que tenía fama de buen domador, le decía al otro que había hecho mal en enfrenar al redomón en luna nueva, porque le iba á salir baboso.

—No importa, replicó el peón,—como no lo quiero pa pasiar . . . lo estoy amansando pa trabajar en el campo, y es güeno que sea un poco baboso, porque así no se le seca la boca con la calor.

Muniz desmaneó el tordillo, que ya estaba pronto. Era un lindo y altivo animal, corto de lomo y rasgado de abajo, —condición de caballo ligero. Tenía los ojos y el cuero del hocico negros, muy abiertas las fosas nasales y el casco chiquito, alto y redondo como una copa al revés. Con una ojeada de inteligente lo apreció Muniz, y sonrió satisfecho. El peón se despidió y se alejó á buscar su

redomón, mientras Muniz revisaba la cincha, como hace todo paisano precavido cuando no ha ensillado él.

El capataz le había dado un sombrero viejo de paja. Se lo arregló, poniéndose el barbijo, prendió la manea en el bozal, encendió un negro, y montó. Recién echó de ver que los estribos le estaban cortos. Los alargó, de á caballo no más, y luego, sujetando el brío del tordillo, salió de la ramada. Todavía le gritó un «¡hasta otro día!» al peón, que iba ya bajando la cuchilla á buscar su redomón, silbando un estilo. Había atardecido del todo, y sólo eran las cosas visibles para los ojos camperos. Era una tarde prodigiosamente sosegada: ni las vacas mugían, como invadidas por el solemne silencio crepuscular.— Cuando Muniz se vió con el campo abierto por delante, y un buen caballo dócil al impulso de su mano, desahogó su pecho y miró altaneramente en torno suyo... pero se quedó sin sangre y le dió un bárbaro tirón del freno al tordillo, viendo por su izquierda, casi encima ya, un jinete con kepis, á todo galope, y otro más atrás.

El asesino sintió la sensación renovada de todo su peligro, y su audacia, su deseo de vivir, lo serenaron de súbito: por un segundo pensó en aflojarle la rienda al tordillo, pero no se animó. Los otros también venían bien montados y le bolearían el caballo. Rápidamente concibió todo un plan. Si el sargento no lo conocía, tal vez le saliera bien; y sino, los pelearía. En su alma de gaucho había un sedimento bravío de rebelión. Sin emoción visible, enderezó su tordillo al sargento Difunto, que era el que llegaba. No lo conocía; menos mal... Si traía señas, tal vez lo desorientase el sombrero de paja. No pensaba él que su plan era más factible de lo que creía, porque el sargento, contando bien el tiempo, calculaba que el asesino habría salido de allí una hora antes. El sargento sofrenó:

— ¡Güenas tardes!

— ¡Muy güenas! ¿Qué diablo tan apurao, sargento? ¿Se habrá resertau alguno?

— No, contestó el sargento, acercándose al trote. — No se ha resertau nadie... ¿uté es de acá?

— Sí, señor; pión...

— ¿Y ha etao hoy aquí?

— Tuito el día... Estuvimos cargando lana, porque ya se acabó la trasquilla. Aura voy á buscar la majada fina... ¿No ha encontrao las carretas de lana? Iban pa Paysandú...

El asesino las había encontrado, y suponía que el sargento las habría visto también.

— Sí, las vide... Y digamé: ¿no ha venido naide á pedí un caballo empestao?

— Vino, sí, señor, pero no le empresaron porque venía muy redotao. El capatás malisió que hubiera hecho alguna cosa. Traiba el caballo aplastao y lo ató á sogá...

— ¿Y hase mucho que se jué?

— No debe de haser, porque risién estaba... Hombre, ¡casualmente! mireló: allastá en el bajo, arrancando la estaca...

Difunto no escuchó más. ¡Lo agarraba á pie! ¡Qué bolada! Clavó espuelas, y seguido de su soldado galopó al bajo, donde el peón seguía silbando su

estilo, dándole todo el sentimiento posible y añadiéndole unas modulaciones de su invención, mientras arrollaba el maneador para hacer cabestrear al potrero. Muniz sonrió un momento, y murmurando entre dientes: «¡ya ca... iste, sonso!» cambió á toda prisa de rumbo. — El sargento es rastriador — se dijo — ¡me ha olfatiao lindo! Hay que borrarle el rastro... Adivinó que yo iba á rumbar pal Brasil... ¡Pero de ganoso se va á dir en seco!

Y galopaba rápidamente hacia el Queguay, cuyas costas montuosas verdeaban cerca. Llegó y entró al agua, eligiendo un sitio de la orilla en que había pasto tierno, para que quedase bien visible el rastro. Después, en vez de avanzar hacia el otro lado, agarró por la costa, con el agua á la cincha; bajó unas cinco cuadras y volvió á salir, por un pedregal, donde las pisadas del tordillo no dejaron señal ninguna.

Recién tiró el cigarro, porque se veía el fuego. — ¡Aura vamo á ver quién es más tero! ¡Andá á olorme el rastro en lagua! — Se afirmó en los estri-

bos y escuchó un momento. No se oía nada más que el sordo murmullo de la corriente y el silbido de una lechuza, que pasaba y repasaba sobre la cabeza del fugitivo.—¡Pájaro hijuna... andá á agüeriar á otro lao!—murmuró molestando, amagándole con el arreador. Subió la cuchilla y retomó el galope; llegó de nuevo á la altura de la Estancia y la rodeó sin acercarse, hasta tomar el camino que había traído esa tarde. La Estancia estaba en silencio.—Á la cuenta ya me van siguiendo el rastro, se dijo:—¡vayan no más!... ¡pucha que te tengo miedo! Mientras que ellos van pa llá, yo vengo pa cá... ¡Asina no nos vamos á topar! No aflojés, tordillito... ¡pucha que es güeno don Panta: mi hadaoun fletaso!... Me despido de la china y me saco estas cascarrias... ¡qué gracioso! ¡qué le habrá hecho aquel sonso al pobre pión!

VII

El zonzo lo había atado, al peón. En cuanto se acercaron, el soldado le apuntó la tercerola, y el sargento le gritó:

— ¡Dese á peso!

El peón cortó el estilito que con tanto primor silbaba, y pegó una espantada.

— ¡Echate, maula! intimó Difunto con su voz gangosa, que resultaba hueca y sonora en la tranquila tarde. ¡Echate, ó te va á vé conmigo!

— ¡Pero aguardesé mi sargento! ¿por qué rasón?

Quieras que no, se echó, y lo amarraron — lo amarró el mismo Difunto, que era catedrático. — Protestaba el pobre peón, se enfurecía, llamaba traidoneros y mal paridos á los policías... ¡Nada! ¡marche! le pegaron unos empujones para amansarlo, haciéndolo rodar por el suelo como un tercio de yerba. — El preso, blanco de rabia, les gritaba que lo soltasen un poco, con

eso veían quién era él!... Entonces se puso grave José Difunto. Sacó del cinto la orden del comisario, y mientras el soldado empujaba al peón, Difunto de á caballo le mostraba el papel, diciéndole persuasivamente:

—¡Miá pa cá, tape! ¡miá pa cá! ¡no siás popasao!... ¡No e yo quen te jore: ete papelito e que te jore á vo!... Aquí tá la oden pa pendete... ¡Y no te metá á malo, po que ya te dije que te va á tené que vé conmigo!...

Lo llevaron á la Estancia. Ya habían visto la cosa desde allá, y estaban alborotados. El peón preso era un muchacho criado allí, hijo de una china vieja que había venido al país con Rivera. Todos lo querían y se habían prometido no dejarlo llevar. Como hasta diez hombres, con el capataz á la cabeza, iban saliendo, resueltos á rescatar á su compañero. El capataz se adelantó:

—¡Pero, amigo sargento! ¿por qué ha atau á ese hombre?

—¡Po que mató á taisión á oto, allá en la tansia de los Rodigue! ¡y acá tá la orden!

—¿Pero cuándo jué, sargento?

—¡Cómo cuándo jué! —¡Hoy mimo!

Hubo una carcajada. El capataz comprendió.

—¡Pero, pero amigaso! ¡si no puede ser! ¡Si ese hombre no ha salido de las casas harán quince días! ¡El que ha hecho la muerte deberá de ser Santos Munís, que vino to redotao á pedirme un caballo, disiendo que lo habían pelao al truco!

—¡Sí! ¡á mí me la vas á contá usté! ¡queré desí que ete no será Muní!

—¡Qué va á ser Munís, cristiano, si Munís es un paisano grandote y barbao que estuvo ahorita hablando con usté! ¡Uno de sombrero de paja, en un tordillo! ¡Lo han fumau feo, dispense que le diga! ¡Ha estau hablando con el individo y se le va á afirmar al otro pobre!

Los peones, como ensayados á coro, soltaron la risa, maravillados y felices con el chasco del milico.—¡Pucha el paisano diablo!—¡Lo había fumau lindo! — No ocultaban la satisfacción que les causaba aquello.

Difunto comprendió al fin, y trémulo de rabia hizo una atropellada, como con ímpetu de pelearse con todos los peones que, sorprendidos, se despararon, echando manos algunos á sus cuchillos. El sargento volvió riendas, gritando furioso al soldado:

—¡Montá!

—Voy á desatar á este...

—¡Dejalo! ¡que lo desaten si quieren! ¡Vamo!

Y se alejaron á todo galope, bajo la silbatina y el palmoteo regocijado de la paisanada.

Difunto sujetó un poco, en el bajo. Su enojo no lo ofuscaba. Se confesó ingenuamente que lo habían boleado. Y en aquella oscuridad, en aquel silencio misterioso de la noche pesando sobre el silencio del campo adormecido—entre aquellos dos grandes silencios—Difunto se sintió vencido. Una impotencia supersticiosa dominó su alma ignorante y bravía, y con un gran suspiro exclamó, como convenciéndose á sí mismo:

—¡Ta güeno!... ya veo que yo no

pude... vamo á ve si e verdá que me va á ayudá el finau...

Se persignó, y sin buscar rastro, renunciando á su vieja destreza de perseguidor, lanzó furiosamente su caballo por el camino que había traído esa tarde.

El soldado, que había oído con asombro las palabras enigmáticas del sargento, se le apareó y le preguntó:

—¡Dispense, mi sargento! ¿Pa ande vamos?

No contestó sino castigando su caballo, metido en su habitual silencio concentrado. Pero tal vez se arrepintió,—tal vez tenía necesidad de una ruda confianza, para justificar, si era posible, aquella renuncia de su reconocido olfato de rastreador, porque sin dejar de hostigar al animal, que galopaba saltando las masiegas, dijo sordamente el indio bozal:—No tas viendo que ahora e el finau el que lo va á agarrá á ese... Tamién... ¡me va á pagá la fumada, si cai! Vamo á lo de la china Chuca...

Y en la calma estrellada de la no-

che, los dos hombres siguieron su galope, sobre la huella reciente del tordillo cuero negro, en el que Muniz, ciego y soberbio, iba arrastrado por su destino.

VIII

Martina era una china linda, tostada de color, ardiente de ojos, muelle en el caminar. Tenía una melena en rebelión, crespas, y flotante en su espalda como la crin de una potranca nueva. La solía atar con una cinta colorada, y quedaba así de una seducción penetrante y acre, que ella rectificaba con su carácter de macho. Había nacido en un campamento, caída en una noche de frío y curtida después en la dureza de su niñez errante. Se había tomado fuerte, y odiaba á los hombres, recordando tal vez, ya mujer, brutalidades sufridas cuando jovencita. Por eso le habían puesto *Chúcara*. Su cariño por Muniz venía de tiempo atrás. Muniz había sacado la cara por ella en una hora comprometida y la había alzado

en ancas. Desde entonces sus vidas quedaron ligadas. Ella solía quedarse temporadas sola, cuando él iba á esquilarse, á ganar para la vida. Muniz no se conchababa nunca sino por días: traía la plata, aumentada por sus ganancias al juego, y se pasaban un mes ociosos, queriéndose, uniéndose en abrazos largos, sintiendo que la vida era una enemiga para ellos fuera de aquel rancho de techo de paja, rodeado de enredaderas que él había traído del monte vecino, y en cuyo mojinete anidaba un casal de horneros, que solían venir á buscar barrito al lado del barril, sin miedo á la china. Ella se sentía acompañada por aquellas vecitas trabajadoras, los días en que *el hombre* andaba ausente, trabajando por la vida.

Hacía mucho que se había acostado la Chúcará. Por no gastar vela se recogía temprano, soltando á *Tacombú*, su guardia brava, un gran perro lobuno, de orejas tiesas, que adoraba á la china y le velaba el sueño.

De pronto despertó sobresaltada. Un caballo llegaba al galope, tomaba el trote,

el tranco, y se detenía delante del rancho. Pero el perro no ladraba... ¿sería?...

— ¡Abrió, china, soy yo!

Abrió, sorprendida y gozosa. El tor-dillo, asombrándose de la puerta negra, de los rumores de la noche, marchó algunos pasos, quiso irse, pero se pisó una rienda y quedó parado, mientras su jinete, seguido de *Tacombú*, que se des-hacía en fiestas, alzaba en sus brazos á la china desnuda y la volvía al catre de guascas. Se sentaron en la cama, á oscuras. Ella le sintió el tufo desagradable del vellón.

— ¡Qué olor á oveja tenés! ¿Qué tenés?

Muniz la abrazaba fuertemente: — Nada tengo, china... vine á verte no más... voy á tener que dirme...

Ella, sobresaltada, con la sensación de algo siniestro, quiso insistir; pero él le tapó la boca. — « ¡Callate! » — Había percibido, con su oreja avezada de campero, una vibración sorda en el suelo — galope de caballo, sin duda. El perro, entretenido en sus fiestas, no había sentido nada. Pero al hacerse el silencio,

oyó también el rumor que se acercaba y se lanzó afuera, ladrando. Por el ruido de los cascos comprendió Muniz que eran dos los jinetes; vió por las grietas del rancho dibujarse y crecer sus bultos en la sombra, llegando rápidamente, y se levantó del catre:

— No te asustés, china; los voy á peliar... hise una muerte y vienen á llevarme... ¡pero son muy sarnosos!

La Chúcará, sin decir una palabra, lo besó en la boca y se deslizó á un rincón. Muniz se apretó la faja y desenvainó su puñal, corto y fuerte, como para aguantar quites y desjarretar toros. Agarró una cobija de la cama, la arrolló al brazo izquierdo, y así prevenido se puso junto á la puerta. Martina, armada con su cuchilla de cortar carne, se perfiló al otro lado, resaltante, blanqueando su camisa confusamente y con lucecitas felinas en los ojos, espionando la entrada.

Difunto y el soldado habían echado pie á tierra. El perro los cargaba con furia. Difunto, que traía también el poncho arrollado al brazo izquierdo, lo presentó al animal, que hizo presa im-

petuosamente, alzándose de manos, mientras Difunto, afirmándose para aguantar la embestida, lo abrió de una puñalada.

El soldado iba medio quedándose... Avanzaban agachados, para divisar los objetos. La noche era de una oscuridad estrellada. Difunto le pegó un rebencazo al tordillo de Muniz, que salió al trote, pisándose las riendas.

—Sargento, mire que está esperando adentro, y es medio peligroso... Está en lo oscuro y nos va á aguaitar...

—Demasiau sé yo...

Difunto avanzaba despacio, mirando á su alrededor,—sondeaba la oscuridad, buscando algo. De pronto tropezó con una batea de seibo, larga de una vara, de esas que hay en todos los ranchos, y que Muniz le había hecho á la china para el aseo doméstico. Difunto le volcó el agua y se la colocó sobre el pecho como un escudo, atragantándose con la risa que le causaba su diabólica idea. Cubierto con aquella coraza liviana como corcho, y casi impenetrable el acero por lo fofa de la madera, Difunto atropelló á la puerta riéndose, con el facón en pa-

rada de primera para guardar la cabeza. Muniz se afirmó en los pies al verlo atropellar, y gritando: «¡Dios te asista!» le descargó la puñalada con todo el brío del brazo. Pero el arma se hundió en la batea, y con la áspera carcajada de Difunto sonó el golpe sordo de su facón sobre el sombrero de paja del asesino, que cayó redondo, con la cabeza partida en dos.

No asustada, sino pasmada, enloquecida, sin comprender, Martina saltó afuera, á punto que llegaba el soldado, sin mucha prisa, estirando el pescuezo. Al ver á la china dió una reculada, y la Chúcara entonces, sintiendo el cuchillo en la mano, y en el pecho su bravura montés, saltó y le pegó un tajo en la cara. — «¡ Ah grandísima yegua! ¡ me has cortau!» — aulló el indio, y ciego, revoleó la tercerola y volteó de un culatazo á la valiente china, que cayó atravesada ante la puerta del rancho, desnuda, erizada su crencha de rulos como un manojo de viboritas negras. José Difunto, que salía riéndose aún, con la batea ensartada en el puñal de Muniz,

saltó por sobre la Chúcará y murmuró
satisfecho:—«¡Juna gran siete... él me
bolió... pero yo tamién!»

MANUEL BERNÁRDEZ.

1893.



Eduardo Ferreira



Eduardo Ferreira

Otro de la generación joven, que se ha formado en la prensa.

Empezó como crítico, y sus censuras, más minuciosas que agudas, hicieron conocer su nombre á los que se preocupan de cuestiones literarias.

Después empezó á escribir artículos y cuentos, sin descuidar la crítica, y actualmente puede contarse entre los cuentistas, aunque no en primera fila. Le falta imaginación y su estilo es afectadamente castizo, minucioso, como de autor nuevo, que todavía no ha hallado su camino ni tiene bastante aguzado el sentimiento artístico para discernir en las enumeraciones y descripciones los detalles salientes y valiosos.

Como Pérez Petit, Ferreira confirma
aquel antiguo aforismo que dice:

La critique est aisée et l'art est difficile



El canto del gallo

I

Sentado junto al fuego, encima del viejo y grueso tronco de espinillo que hacía las veces de banco, con la cabeza inclinada sobre el pecho y con sus grandes y negros ojos, negros como ala de cuervo, fijos en la llama azulada que semejante á una lengua fina y brillante se alzaba serena entre los dos pedazos de piedra ahumada del fogón, Gervasio Perdomo sorbía á tragos breves, casi maquinalmente, el agua verdosa y amarga del mate que descansaba en el hueco de sus dos manos. El rancho, pobre y desmantelado, estaba completamente tranquilo. Por el vano de la puerta y

por entre las grietas que el tiempo había abierto en las enanas paredes de tierra negra, penetraban tenues chorros de luz crepuscular, bañando en un fulgor suave los escasos objetos que, desparramados en el suelo, en un desorden absoluto, componían el miserable mobiliario de la habitación. Todo era pobre allí, desde el catre contrahecho, más alto de los pies que de la cabecera, empotrado en la pared, sin más colchón que un puñado de reseca chala, convertida casi en polvo, ni más ropa que un poncho de paño descolorido, forrado de bayeta roja, hasta el techo de *paja brava* del rancho, un techo podrido, con el mojinete ladeado, como un triángulo irregular que se apoyara en uno de sus vértices, amenazando caer de improviso.

Mucho rato hacía que Perdomo, el paisano de carácter más pacífico y alegre del pago, permanecía en aquella actitud, iluminado el rostro moreno debajo de las grandes y combadas alas del sombrero oscuro, muy gastado, que, tirado un poco hacia atrás, hacia la nuca, dejaba ver una frente espaciosa y un me-

chón de pelo reluciente caído en ondas ligeras sobre la sien derecha. Era muy joven todavía. Alto, sin exageración, robusto, ancho de espaldas, de buen porte y revelando en su semblante de facciones algo duras, sombreadas por una barba espesa y renegrida, un espíritu fuerte y franco, demostraba tener treinta años, cuando menos, pero en realidad no había cumplido aún los veinticinco. Vestía sencillamente, con cierta coquetería de mozo bien parecido, bombacha muy suelta, de paño negro, americana ajustada, botas de caño corto, sin brillo, y un pañuelo de seda, de fondo azul con lunares blancos, ceñido eternamente al pescuezo. Era huérfano. Desde algunos años antes le acompañaba un indio *guacho*, un muchacho casi, que le había caído como llovido del cielo, y todos sus afectos, todas sus bondades, las reconcentraba en él y en una morocha delgada y esbelta, como junco de arroyo, por quien sentía una pasión ardiente. Sin cambiar de posición, encorvado siempre el cuerpo, vaciaba lentamente el mate y volvía á

llenarlo de nuevo, teniendo en el suelo, entre sus dos piernas, la caldera de agua caliente, que á intervalos colocaba sobre el fuego, para evitar que se enfriase. Á la larga se cansó y se puso de pie, sin separar la mirada todavía del fogón. La llama titilaba débilmente, haciendo esfuerzos por conservarse viva, pero de pronto se estiró hacia arriba, brilló con más intensidad y se apagó luego por completo, hundiéndose entre el montón de cenizas que quedaba allí humeante, removiéndose apenas y dejando ver entre sus partículas grises los puntos rojos de las brasas que escondía. Sin saber por qué, aquello le había interesado, á él que lo veía en todos los momentos, y esperó aún algunos instantes, pènsativo, triste, con un desgano absoluto de todo.

Afuera ya era ca-i de noche. El sol, que durante el día abrasara la tierra, quemando el pasto ralo y haciendo crujir los rastrojos secos, ocultábase en el horizonte, tras una loma amarillenta, y el campo, salpicado á trechos de manchas parduscas y verdosas, parecía sumergirse en un letargo profundo. Sorprendido

quedó el paisano al notar que se hubiera hecho tan tarde sin él advertirlo, y su rostro curtido y enérgico se contrajo en un leve gesto de disgusto. Salió del rancho, y aproximándose á un ombú corpulento, de ramas sin hojas, que se elevaba á pocos pasos, sacudió con la punta del pie á un muchachote que dormía allí á pierna suelta, encajonado en el estrecho hueco que formaban los raigones extendidos á flor de tierra.

—¡Indio! . . . ¡Indio! . . .

Repitió varias veces el llamamiento, sin obtener respuesta alguna; después se agachó y le tomó por un brazo, levantándole en peso, hasta obligarle á despertar. El Indio se enderezó con pereza, restregándose las mejillas con el dorso de la mano y abriendo la boca en un bostezo prolongado.

—¡Arriba! Á ensillar los caballos— agregó Gervasio.

Bien claro oyó el muchacho lo que se le mandaba, pero se hizo repetir la orden, apoyándose de espaldas contra el ombú, con el rostro somnoliento y hosco, y cuando Perdomo le hubo com-

placido, levantó la cabeza achatada y deforme, cubierta por una tupida mata de pelo cerdoso que le nacía encima de las cejas, y le clavó los ojos en los ojos, mirándole atrevido, con un descaro de criatura mala y rebelde. Aquél adivinó en seguida una protesta en la mirada recelosa y atravesada que le dirigía, y acercándose más á él, le separó del árbol y le empujó cariñosamente hacia el monte, distante pocas cuadras del rancho, donde comían los animales.

—Vamos, Indio, no seás mal mandado.

Quiso el muchacho resistir todavía, dar una contestación brutal é hiriente, que le llenaba la boca, pero Gervasio le reempujó con más suavidad que la vez primera, y, desarmado por aquella bondad que le lastimaba, que le hacía más daño que un latigazo en plena carne, echó á andar penosamente, arrastrando los pies, refunfuñando entre dientes, como un perro que después de castigado se aleja gruñendo y siente deseos de volverse y morder.

Media hora más tarde, estaban los

caballos frente al rancho. El Indio los ensillaba sin apuro, colocando una á una las piezas del recado, mientras canturreaba por lo bajo un estilo. Ensilló su caballo primero, buscando así un pretexto para reñir con Perdomo, y luego agarró el de éste por el cabestro y lo colocó delante de él, tironeándolo con fuerza y descargándole un golpe de puño en el hocico.

—¡Movete, matungo!—murmuró.

Pero estaba de Dios que el paisano no se incomodaría, y aquello le exasperó más y más. Tenía deseos de pelear, de desahogarse á placer, y no encontrando otro medio para lograrlo, se puso á lamentar el estado de sus *pilchas* y el lujo desmedido —¡el único lujo que gastaba Perdomo! — de aquellas que manoseaba con rabia. Ya lo había dicho él varias veces: era una vergüenza aquel apero tan completo, tan bien cuidado, con los cojinillos nuevos, con las bombas blancas y lisas de las bridas, las redondas láminas del pretal y los estribos de campana amplia y bruñida, al lado de su recado viejo, de cabezadas

raídas, de bastos rotos, de sobrepuestos sin lana y de estriberas pobres, grasientas, desprovistas de todo, de pasadores, hasta de hebillas. Juraba que le entraban unas ganas locas de hacer una barbaridad, de reventar la cincha, de cortar de un tajo las riendas, de rasgar todo un cojinillo de arriba abajo!... Y no se quedaría con las ganas, no señor, porque algún día le llegaría la suya, y entonces... ¡oh! entonces se las pagarían todas juntas...

Cuando dijo, con acento ronco, que ya podían marchar, Perdomo se dispuso á ello sin darse por entendido de sus protestas y rezongos. ¿Para qué? Ya le conocía bien y sabía que siempre sería así, gruñón y arisco, descontento de todo, de su vida descansada, de sus satisfacciones, hasta de sus mismas alegrías. Entornó la puerta del rancho, silencioso, tranquilo, y en el instante en que ponía el pie en el estribo, boleando la pierna derecha con soltura y elegancia, para montar, el caballo olfateó algo en la obscuridad y dió un bote hacia atrás, irguiendo las

orejas é hinchando las narices húmedas en un resuello ruidoso. El paisano se detuvo y miró á un lado y otro, sin ver más que sombras, mientras que el Indio adelantábase curioso y buscaba en el suelo la causa de aquella espantada brusca. Á poco creyó percibir en un extremo del rancho un bulto que se movía imperceptiblemente, y al dirigirse á él, muy abiertos los ojos, hirió sus oídos y los de Gervasio el canto estridente y breve de un gallo, que el eco remedó una, dos y tres veces en la inmensidad del campo.

—¡Cruz diablo!—exclamó el Indio, santiguándose atropelladamente y corriendo hacia su caballo, que montó de un salto rápido. La exclamación fué tan espontánea, tan llena de miedo, que Perdomo, que ya estaba montado sobre su *flete*, echóse á reir de buena gana.

—¿Tenés miedo, Indio?—le dijo.

—¡Pues ya lo creo!—contestó aquél con su voz estropajosa.—¿No lo voy á tener, ¡canejo! si cada vez que un gallo canta de noche, á la puerta de un rancho, sucede una desgracia?...

Metieron ambos talones á los animales, haciéndolos girar en redondo, y los lanzaron á galope tendido cuchilla abajo, en dirección al arroyo.

— ¡Bah! ésas son habladurías...

— ¿Habladurías?... ¡Güeno! — Y al propio tiempo que decía esto, volvía la cabeza y escudriñaba en la obscuridad, pareciéndole distinguir aún, próxima al rancho, la borrosa silueta del gallo cantor.

II

Á tres leguas de distancia, en lo alto de una cuchilla, en una casa de material de paredes blancas, vivía Petrona, la novia de Gervasio Perdomo. Cada tres días, cuando más, aquél rumbeaba hacia el pago y pasaba allá, al lado de la linda morocha, unas cuantas horas felices, las mejores de su vida, que transcurrían rápidas, como si su mismo deseo de alargarlas las acortase, dejándole en el espíritu una sensación dulce de dicha tranquila y profunda. Allá también iba

ahora, galopando entre tinieblas, con la mirada incierta, perdida en el campo dormido, que se ensanchaba, semejante á un oceano, en una extensión infinita y negra. El Indio le había dejado á poco de vadear el arroyo, pretextando una causa urgente, que no quiso manifestar, y Gervasio seguía solo, sin darse cuenta en el primer momento de la ausencia de su inseparable compañero de excursiones nocturnas. Iba reconcentrado, taciturno, con la cabeza llena de cosas extrañas, de pensamientos tristes, que no acertaba á precisar. Así caminó más de media hora, al cabo de la cual notó la falta del Indio. Era la primera vez, en cinco años, que se separaba de su lado en mitad del camino, en plena noche obscura. Parecióle muy raro el hecho y pensó mucho en él. Se preguntó varias veces adónde había podido ir y no dió con una respuesta que le satisficiera, que horrase las ideas diversas y malas que, como densa niebla, se amontonaban en su cerebro. Poco después quiso distraerse, no cavilar sobre aquello que le apesadumbraba más, y

adelantando su imaginación al galope acompasado de su caballo, fué á acariciar la imagen de su hermosa china, que veía allá lejos, sonriente, de pie en la puerta de su alegre casa, atenta al menor ruido que partía del campo, con los ojos fijos en aquel camino que él recorría casi siempre con ansiedad. Hizo esfuerzos para retener la radiante visión, para conservarla lo posible en su mente, pero volvió á caer en las preocupaciones que deseaba ahuyentar y que le perseguían con tenacidad cruel. Á su memoria acudió de improviso la escena de la tarde, bajo el ombú, primero, y en frente del rancho, después, y recordó entonces la cara huraña del Indio, sus miradas amenazadoras, aquel gesto de rabia que le había lanzado al rostro y sus palabras entrecortadas, intencionadas y malas. ¿Qué víbora le había picado para volverse así contra él? Ninguna, que supiera. El Indio era perverso— desde chico lo había sido—pero le respetaba y le quería á su manera. Desde el día en que llegó á su rancho, pobre, roto, el semblante demacrado

por el hambre y un olor á miseria que apestaba, pidiéndole un pedazo de pan y un lugarcito abrigado para dormir por las noches, no había tenido con él la menor disputa, el más insignificante enojo. Le había tratado siempre, y no le pesaba, con verdadero cariño, que aumentó cuando supo que, como él, era huérfano y no tenía en el mundo un solo afecto. Entonces era un muchacho rebelde, una fiera pequeña, que maldecía siempre, haciendo contracciones de rabia con su rostro bronceado, de pómulos salientes; pero poco á poco se había ido domando y concluyó por reprimir ó moderar sus accesos de cólera, que estaban sólo á grandes ratos, cuando un motivo poderoso los provocaba.

Sin embargo, ahora había observado en el Indio algo anormal, y si no hizo mayor caso de ello fué porque creyó que todo pasaría, como antes pasaban sus recias é inmotivadas tormentas; pero al evocar todos sus recuerdos y apreciar los hechos en conjunto y con más detención, advertía un cambio completo en la manera de ser del muchacho, que

realmente le causaba asombro. De comunicativo que era, se había vuelto reservado y arisco, como en sus primeros tiempos, y huía de su presencia sin disimularlo, dándole contestaciones bruscas ó encerrándose en un mutismo ofensivo cuando le dirigía alguna pregunta. Buscó, buscó afanosamente el origen de aquel disgusto ó malhumor, y todos sus esfuerzos fueron inútiles. De pronto, al levantar la cabeza para que la brisa refrescara su frente sudorosa, salió de sus labios una exclamación de sorpresa.

— ¿ Tan pronto ? — dijo.

Allí cerca, al término de la empinada cuesta que su caballo salvaba á todo galope, se dibujaban confusos, en el fondo suave del cielo, los contornos de un caserío, construído en el mismo lomo de la cuchilla. El paisano echó el cuerpo adelante, hasta rozar con la barba el cuello del animal y miró fija é intensamente, sin distinguir ni la más sutil flecha de luz ni oír el más leve rumor de voces. Aquel silencio le alarmó y detuvo su caballo, poniéndolo al

trote. Al llegar á la casa, golpeó en la puerta con el mango del rebenque, y los golpes resonaron fuertes y secos, perdiéndose el eco en las lejanías, sin que nadie contestara. Volvió á llamar y aguardó, con el oído atento, sintiendo por segundos que un malestar desconocido le invadía el cuerpo todo. La idea de una desgracia, no hubiera sabido decir cuál, a-altóle ante aquella soledad verdaderamente inexplicable, que no podía concebir, ni siquiera sospechar.

¿Estaría sola, abandonada la propiedad? Esto no era posible: alguien había adentro y él lo sabría pronto. Arri-móse bien á la casa y dió por toda ella un gran rodeo, deteniéndose á escuchar, á interrogar á las paredes, que se alzaban mudas, indiferentes á su inquietud. Por todas partes encontró el mismo silencio, la misma tranquilidad. Volvió á repetir los golpes y volvió á deslizarse por segunda vez junto al case-río, amortiguando los pasos de su caballo, para percibir mejor los ruidos que á intervalos parecíale oír adentro. Hubo un momento en que antojósele que una

ventana se abría y que una voz muy conocida le llamaba, y animado por una ráfaga de esperanza se detuvo y escuchó con atención. Pero nada: ¡ni un alma, ni un hálito de vida! Todo dormía apaciblemente en la quietud de la noche. Indeciso, perplejo, sin saber qué hacer, si irse ó quedarse, permaneció algunos minutos y de pronto corrió hacia un montón de leña, apilada cerca de un galpón, donde generalmente tendíase el perro de la casa, el *Centinela*, que siempre que él llegaba, salía al camino á recibirlo, con las orejas gachas y la cola inquieta, saltándole al estribo para acariciarle la bota con su lengua babosa. Le llamó por su nombre y tampoco acudió.

— ¡Dios mío! ¿qué es esto?

La alarma de los primeros instantes convertíase ahora en zozobra. Vagó al acaso en la sombra, con el busto inclinado, y por último ocurriósele escuchar de nuevo en la ventana del cuarto de Petrona. Al aproximar el rostro á la madera despintada, ésta cedió, produciendo un chirrido agudo, de goznes

secos, que le hizo estremecer. Decidido, sin embargo, á todo, empujó muy despacio el postigo, hasta dejar un espacio suficiente para examinar el interior de la habitación. La cama de hierro estaba intacta, con su colcha multicolor muy estirada y las fundas de las almohadas blanqueando apenas entre las negruras que las envolvían. Estuvo en acecho breves instantes, conteniendo la respiración, y luego se alejó aturdido, azorado, dejando á su caballo que marchase á voluntad. No le faltaron intenciones de asaltar la propiedad, de revolver todas las habitaciones, de visitar todo, de un extremo á otro, pero no tenía fuerzas para obrar, sintiéndose abatido, quebrado, como si un gran peso le enervara las energías y le paralizara las piernas y los brazos por completo. Por la primera vez en su vida, pensó en la infidelidad de Petrona y surgieron allá en su mente recuerdos que ya había olvidado en absoluto. Nunca —y esto se lo decía para calmarse— aquélla le había hecho traición ni ocasionado el más mínimo disgusto; pero

¿quién le aseguraba que antes que á él no había dado su amor á otro, y que por capricho, quizás por el deseo de conocer emociones que no encontraba ya en el suyo, á pesar de lo grande y puro que era, no buscaba ahora un nuevo amante? Y lo que más en sobresalto le puso, fué una sospecha punzante que hirió su cerebro de repente. ¿Tendría relación la partida misteriosa del Indio con la ausencia de Petrona?

—¡Es extraño!...—decía en voz baja, moviendo la cabeza con lentitud — ¡muy extraño!...

Abandonóse por entero á los más tristes pensamientos y se olvidó de todo, del tiempo transcurrido, del sitio en que estaba, y hasta de su infatigable caballo, que, aprovechando la libertad que se le concedía, había tomado tranquilamente el camino y emprendía al trotecito el viaje de regreso al rancho.

III

Al echar pie á tierra, Gervasio Perdomo estaba aniquilado, con el semblante ceñudo, velado por el sufrimiento, y el cuerpo y el espíritu molidos por la fatiga, como si una oleada de cansancio tremendo le hubiera caído encima. Sólo una idea fija, cruel y dolorosa, tenía clavada en el cerebro: la de que Petrona, el único amor de su vida, fuera capaz de traicionarle. La incertidumbre en que se debatía desde algunas horas antes, aumentó al llegar al triste y miserable montón de tierra y paja que le recordaba sus días y sus noches de interminable soledad, y se consideró pobre, despreciable y hasta indigno de aquella dicha que ambicionaba como el más grande de los bienes de la tierra. En realidad, ella tenía razón si le volvía la espalda, porque ¿quién era él? Un paisano desheredado, huérfano, sin más mérito que su juventud y su gran corazón. Pero era

una crueldad haberle engañado, haciéndole vislumbrar una felicidad que no debía realizarse nunca. Arrepintióse con el alma de estar allí, de haber regresado con tanta premura, sin averiguar lo ocurrido, fuera bueno ó malo, y unos deseos vehementes le entraron de montar otra vez á caballo y correr sin descanso hasta desvanecer las dudas y temores que le atormentaban atrozmente, sin compasión. Pero no: no iría. Estaba demasiado abatido y necesitaba descanso. Después de todo, ¿no podría ser aquello un hecho sin importancia, una salida obligada? Se esforzó en dominar su imaginación inquieta, y, vacilante, como un beodo, se dispuso á entrar en el rancho. Llevaba el convencimiento de que no podría dormir, agitado por las negras ideas que bullían en su cabeza calenturienta, pero esperaría allí la llegada del nuevo día y entonces pondría término á sus zozobras.

Al empujar la puerta, se detuvo. El interior del rancho estaba iluminado por la luz de una vela de sebo y en

el fogón ardía un puñado de ramas secas. De pie en el centro de la pieza, el Indio le contemplaba curiosamente, con los ojos pequeños muy abiertos, las pupilas dilatadas en una muda interrogación. Él, en cambio, le miró francamente, aunque también sorprendido de verlo otra vez, cuando le creía lejos, dispuesto á no volver. Contento de encontrarlo, de quitarse de encima el disgusto que su precipitada fuga le había causado, entró resueltamente, casi ágil, y fué á sentarse en la cama, mientras dejaba caer de sus labios frases afectuosas, sin pizca de reproche, que aquél recibió con indiferencia.

— ¡Sabés — le dijo de pronto — lo que me ha pasado?...

Él no lo sabía, pero se encogió de hombros y sus labios gruesos y descoloridos se plegaron en un gesto desdenoso. Á pesar de esto, Perdomo le refirió todo, todo, desde su llegada á la casa de Petrona hasta su retorno al rancho, sin ocultarle sus inquietudes, que le confió emocionado, en voz baja, temblorosa, cual si temiera que sus mismas palabras

hiriesen sus oídos. El Indio mantúvose indiferente al principio, pero luego le escuchó atento, al parecer muy interesado con lo que oía, acercándose á la cama á medida que el paisano hablaba. Interiormente se alegraba de todo aquello, y sus ojillos de ave de rapiña se abrían cada vez más, radiantes, alborozados, como si una emoción de dicha intensa los animara. Se alegraba, sí, porque al fin le venía á las manos la venganza que tanto ansiaba : quería ver sufrir á Perdomo, como en ese instante le veía, gozarse en su sufrimiento, apurándolo con deleite, y demostrárselo bien á las claras, para que su tortura fuera más grande todavía. ¿ Qué le importaba hacer mal ? ¿ Acaso tenía que reprimir sus pasiones, las únicas que sentía, por pura gratitud ? Él había sufrido siempre, resignado, paciente, lo mismo que una bestia, y deseaba también un momento de placer, de goce íntimo. Ahora que lo encontraba, lo aprovecharía hasta dejar saciada su hambre de venganza. Esperó que el paisano terminara la relación de sus penas, sin impacientarse, sin

mover un solo músculo de su cara reluciente, madurando entre tanto un plan diabólico, digno de él, y cuando Gervasio enmudeció, separóse muy despacio de su lado y sonrió irónicamente, con una sonrisa de torpe contento.

— ¿Y ahora recién sabe eso, compañero? — dijo al cabo de un rato. Sentóse en el suelo, cruzadas las piernas, y se puso á escarbar la tierra dura con un trozo pequeño de leña. Observando á hurtadillas, vió el asombro que expresaba el semblante ceñudo y pálido de Perdomo, y no pudo contener un acceso de risa estúpida, de risa ruidosa, que le abrió toda la boca y dejó ver los dientes negros y las encías amoratadas y pulposas. Gervasio se exasperó.

— ¿Por qué te reís así? ...

¡Bah! él no se reía por nada malo, sino porque le daba una gran lástima verlo tan corto de alcances y oírle lamentaciones y discursos que no se merecía aquella condenada, entregada en ese instante á quién sabe quién. ¿No conocía todo el pago lo que era ella? ¿No estaban enterados todos de su ma-

nera de querer á unos y otros ? Y arras-
trado por su instinto malo, por su ins-
tinto de fiera, narró una porción de
cosas sucias, de hechos infames, de
historietas asquerosas, en las cuales el
nombre de Petrona, de la tan mentada
morocha, rodaba envuelto, envilecido y
deshecho. Lo que le parecía mentira—
y lo aseguraba con aire de verdadera
sorpresa—era que Gervasio, que se te-
nía por el más *ladino* y el más despierto
de todo el paisanaje, hubiese caído co-
mo un pájaro sin malicia en el lazo que
se le había tendido. Insistió en esto va-
rias veces, recalcando bien las palabras,
rebuscando las más ofensivas, mientras
miraba agresivamente al paisano y le
echaba al rostro, con alegría salvaje,
toda la satisfacción que á borbotones
saltaba de entre los pliegues de su al-
ma mezquina.

—¿ Pero es verdad ?... — balbuceó
Gervasio al fin — ... ¿ es verdad lo que
decís, Indio ?... — Se resistía á creer tan-
ta miseria, tanta maldad en una mucha-
cha buena, de corazón sencillo y puro
como una flor, y rechazó con repug-

nancia lo que el Indio le contaba, por más que viniera á robustecer sus temores, agrandándolos hasta convertirlos en certidumbre. De repente se irguió fiero, lanzando un grito de rabia. Toda la infamia del muchacho, toda la doblez de sus propósitos, la había adivinado en una palabra, en un solo movimiento de sus ojos. Avanzó hacia él lentamente, mirándolo con insistencia, enarcadas las cejas, la respiración breve y las manos crispadas por la ira. Un silencio extraordinario, lleno de cosas graves, se produjo entonces. El Indio le vió moverse, acercarse terrible, amenazador, pero no se intimidó. Había ido demasiado lejos para retroceder. Ya estaba descubierto, lo comprendía, y aceptaba la responsabilidad de su acto cobarde, antes que doblegarse y ser humillado. Únicamente trató de levantarse, á fin de estar preparado para la defensa, pero Gervasio le había tomado ya el brazo y se lo apretaba con fuerza, hasta hacerlo gritar.

—¡Vos mentís!... — exclamó con acento trémulo, sin separar sus ojos de

los del Indio, que continuaba rebelde, altanero, haciéndole frente sin ceder. — ¡Vos mentís!... — repitió exaltado, dominado por la cólera que le chispeaba en el rostro, que le hacía temblar el cuerpo todo, como si fuera presa de un sacudimiento nervioso.

— ¡Güeno!... ¿y qué?

Enceguecido, loco, por el arrebató de desprecio y provocación que hizo vibrar la voz del Indio, el paisano se precipitó, y echándole las manos al cuello, apretó con furia. Oyóse un quejido ronco, un grito ahogado, y el muchacho abrió la boca y los ojos enormemente, bajo la presión vigorosa de aquellas tenazas que le estrujaban brutalmente.

Ambos lucharon. Fué una lucha de pocos instantes, terrible, muda, sin un lamento, sin una injuria, en mitad del rancho pobre y semi-oscuro. Forcejeando con desesperación, el Indio consiguió, en una de sus violentas sacudidas, desprenderse de Gervasio, y semejante á un gato montés enfurecido, dió un salto rápido atrás, deslizó la mano en la cintura, y empuñando un cuchillo pe-

queño, de hoja afilada, atropelló con él al paisano, hundiéndole el acero en el bajo vientre.

— ¡Me la pagastes!... — murmuró.

Perdomo cayó desplomado, sin profesar una sola queja, con la cara vuelta al fogón. Durante algunos momentos quedó inmóvil, como muerto, con los párpados caídos y la boca entreabierta; de súbito estremeciósse y buscó la herida, palpándose con ansiedad, hasta que sus manos se tiñeron en la sangre que le manchaba la ropa. Á pesar de su valor, una angustia horrible se apoderó de todo su ser, y quiso incorporarse, apoyándose en los codos, suplicando con los ojos turbios al Indio, que permanecía de pie, sombrío, hosco, en actitud amenazadora todavía. Una necesidad de hablar, de hacer una última pregunta, agitóle los labios, pero en vez de sonidos salieron de su garganta lamentos débiles y angustiados. Se moría irremisiblemente. La vida se le escapaba á prisa por aquella herida, entre chorros de sangre ardiente, que le quemaba la piel y le debilitaba las fuerzas,

produciéndole un gran vacío en la cabeza y en el corazón. Y lo peor es que nadie le socorrería, que nadie tendría compasión de él! . . . Tuvo un acceso de sofocación y quedó inerte.

Creiendo que todo había concluído, el Indio hizo un ademán vago y limpió su cuchillo tranquilamente. Para él, lo sucedido era un accidente inevitable, decretado por el destino. Su odio al paisano tenía que terminar de esa manera . . . Contempló el cuerpo sin lástima ni remordimiento, y en seguida se puso á recoger sus prendas de vestir, sucias, rotas, esparcidas por el suelo, con las cuales hizo un gran rollo largo y delgado, que ató luego con dos tientos finos. Arrimóse después á la puerta del rancho y miró hacia el campo vasto y silencioso, no percibiendo ningún ruido. Sólo allí al lado, con las cabezas juntas y caídas, los caballos mordían el freno y azotaban la tierra con sus cascos, impacientes por recobrar su libertad.

Un estertor brusco sacudió pocos instantes más tarde el cuerpo de Gervasio, y el Indio se volvió sobresaltado.

En el fogón se había extinguido el fuego y únicamente la luz de la vela alumbraba la habitación, envolviéndola en una claridad dudosa, en una mancha amarillenta que hacía aun más completo el silencio de muerte que parecía flotar en la atmósfera. El paisano se había incorporado, lívido, descompuesto. Ya le era difícil respirar y el sufrimiento le estremecía, aniquilándole poco á poco. No apartaba los ojos del Indio y le interrogaba, le suplicaba con ellos, como si quisiera, en su agonía, perdonarle su acción á cambio de una palabra, de una frase que desvaneciera la duda que sentía en el alma, cuyo dolor era mucho más agudo que el que le producía la idea de morir. . . Y murió desesperado, sin satisfacer su postrer deseo, cayendo pesadamente hacia atrás. La cabeza golpeó contra las piedras del fogón, secamente, y quedó descansando en ella, de costado, como sobre una almohada.

El Indio, comprendiendo entonces la enormidad de su crimen, examinó el cuerpo sin acercarse, miedoso, completamente asustado, y ya no pensó más

que en partir, en huir lejos, para escapar á la justicia. Allí estaba de más. Antes de abandonar el rancho miró aún el cadáver involuntariamente, y al ver su faz descompuesta, contraída entre la barba espesa y renegrada, en una horrible mueca de angustia, surgió en su memoria un recuerdo rápido, y volviéndose de frente, como si quisiera que sólo el muerto le oyese, murmuró muy bajo estas palabras:

— ¡ Y decía que el canto del gallo eran puras habladurías!... ¡ Mire si son!...

EDUARDO FERREIRA.

Enero 1895.



Domingo Arena



Domingo Arena

Es periodista y empleado público, á la vez que farmacéutico y bachiller en ciencias y letras, y está en camino de ser doctor en leyes.

No ha pasado de los 25 años y marcha con inquebrantable constancia hacia un envidiable porvenir.

Nacido en un oscuro pueblecillo de Calabria que tiene el nombre tan griego de Tropea, vino muy niño al Uruguay y se ha aclimatado física y mentalmente hasta el punto de que ninguno cree en su origen, cuando él lo declara con peculiar ingenuidad.

Su temperamento raro hace pensar inmediatamente en la fusión de la raza normanda de voluntad férrea y senti-

mientos sencillos, con la griega anhelosa de la belleza y esencialmente artística, y la árabe, dominada por el sensualismo, incuriosa del presente y del futuro.

Todos estos caracteres de las razas que han dado vida á la actual población de las regiones calabresa y siciliana, se hallan en Arena y se reflejan en sus escritos.

Desde que publicó el primero de sus *Cuadros criollos* adquirió ciudadanía en la literatura uruguaya con los mejores títulos. Lo que ha escrito después le ha valido puesto aparte entre los autores jóvenes, y en cuanto al futuro no es fácil presumir adónde llegará.

Tiene imaginación fecunda y sus creaciones son siempre vigorosas y exuberantes. Nadie daría más relieve que él á los tipos brutales, raros, *boulevardés*, de la región fronteriza del Brasil, que prefiere para sus cuentos y que conoce bien por haberse criado en ella.

Su espíritu es más analista que sintetizador, y cuando describe paisajes parece animado de una especie de pan-

teísmo. Todos los seres y todas las cosas toman para él forma y vida sobrenaturales ó exageradas, sin dejar de ser reales.

El estilo de Arena es abundante de imágenes, profuso en enumeraciones, pero quizás demasiado pomposo y no exento de vulgaridades é ingenuidades poco artísticas. Con todo, no serán seguramente desmentidos por el futuro los que le han llamado el *Bret Harte* del Uruguay.



El burro de oro

I

¡Burro de oro!... ¡triste mote para cargar con él toda la vida! Y sin embargo el infeliz nunca había sido llamado de otra manera desde que su mala suerte lo llevara allí, donde ahora envejecía. Burro de oro, le decía el pulpero; por el burro de oro lo conocía todo el vecindario, y hasta en su casa, cuando á su flaca y desdentada mujer se le ocurría echarlo de menos, era también por el burro por quien preguntaba con su vocesita de flauta rota.

¿Cómo era que todos, casi sin consultárselo, habían dado en llamarlo así?... Era porque, á no decirle Indalecio, el

nombre que atinaron á ponerle sus padres por ser el del santo que traía el almanaque de un pulpero el día de su nacimiento, no se le podía llamar de otra manera. De burro era su gran cabeza siempre agachada, que su largo y robusto pescuezo llevaba colgando, como si la sostuviera apenas; de burro eran sus orejas puntiagudas y anchas; y no podían pertenecer á otro animalito su vientre abultado y sus extremos torpemente perezosos, ni la gravedad estúpida que no abandonaba un momento á toda su persona. Se diría que la distraída naturaleza, al formarlo, ya había bosquejado el embrión de un pollino cuando se dió cuenta de que quería hacer otra cosa, y que de pura pereza no más, por no deshacer lo hecho, resolvió concluir su obra, modificando sin destruir el primer plan de organización que para aquel ser había concebido.

Hacía más de veinte años que Indalecio el portugués vivía allí, en una estancia que poco á poco había ido haciendo suya, á fuerza de sacrificar su cuerpo y los de su familia, á la que

vestía mal y daba de comer apenas, de tanto ser mezquino.

Siempre sucio, siempre en camiseta, con una camiseta eterna, de á cuadros, cuyos cuadros ya se habían perdido, hacía tiempo, bajo una capa de mugre; con su ancho cinto de cuero sujetándole el puntiagudo vientre, se le hubiera creído uno de esos desgraciados que llevan una vida de parásitos, sin iniciativa y sin progreso. Pero no era así, el burro no era tal para hacer sus negocios, y por eso, sin cambiar de figura y sin salir un momento de su actitud gravemente silenciosa, iba acreciendo más y más su fuerte caudal. Ganaba oro, mucho oro, y la amarilla que caía en sus manos no volvía á la luz: iba al montón, á formar entre las que la habían precedido y que serían sus eternas compañeras de encierro, para sostener estancada, sí, pero siempre creciente, aquella fortuna, que no llegaría á servirle para otra cosa al pobre burro, más que para completar su apodo.

Al principio, cuando aun era poco conocido en el pago, todo el mundo se

preguntaba: ¿Qué hará el burro con su dinero? ¿en qué empleará las tantas onzas que le producen la venta de sus ganados y la de las lanas de sus ovejas? Y cuando ya se pudo contestar á ciencia cierta lo que las hacía, que las guardaba todas, surgió otra cuestión que se discutía con calor en los corrillos de la pulpería: ¿dónde las guardaba?... ¿en qué?... ¿cómo?...

Y en cuanto á esto, hubo que contentarse con conjeturas siempre. Nada daba el menor indicio. Y cuando entre bromas se le hacían preguntas, á él, sobre el asunto, enrojecía un poco y contestaba con voz sosegada que se dejasen de esas cosas, que él no tenía nada que esconder ni pensaba tenerlo nunca.

Y mientras hablaba, mantenía los ojos fijos en el suelo, — aquellos ojos que nadie recordaba haber visto en la vida, — y si por acaso los levantaba un instante, era para que sus párpados se cerrasen en seguida en un aleteo de pájaro asustado, como si quisiesen esconder rápidamente la revuelta pupila, temerosos de que en su fondo pudiera

descubrirse el sendero que llevaba al precioso escondite.

No contando la codicia, que de grande que era parecía no dejar espacio en aquella vida para ningún otro sentimiento, el burro de oro tenía una pasión, una sola, la de la bebida. Su paladar, siempre seco, hubiese necesitado, para estar contento, que una eterna gotera alcohólica le empapara la lengua con sabor áspero y ardiente. Y como la mezquindad de su dueño le impedía hacer su gusto, llevaba una existencia ansiosa, desesperada, de llaga que no cura, que hacía aparecer en la fisonomía inflamada del burro todos los matices de la más rabiosa *angurria* cuando al alcance de su mirada se presentaba una copa de bebida.

Era para tratar de aplacar su vicio, más bien, arrastrado por él, que el burro se pasaba en la pulpería casi el día entero, adonde, desde muy de mañanita lo llevaba su petizo tubiano, que tan apacible como él, lo esperaba hasta la tarde, triste y resignado, mascando freno debajo de la enramada.

Pero en la pulpería sólo conseguía irritar más sus ardientes ansias de alcohol nunca saciadas. Iba con el propósito formal de comprar caña, anís, de los más fuertes; y beber, beber hasta asarse la lengua, aquella lengua infame, que sólo le daba descanso cuando la mantenía en un remojo ardiente; pero era entrar en la casa, arrimarse al mostrador, y agallinarle el cuerpo la más aplastadora de las irresoluciones. Había que gastar, dar dinero; y aquello era superior á sus fuerzas, á todo el dominio de su voluntad. Hubiera dado contento un dedo, un pedazo cualquiera de la carne de su cuerpo: tenía valor para ello; pero dinero ó cualquier cosa que lo representase, eso no. Se le avergonzaba el alma por ello al pobre burro, porque el infeliz reconocía que su proceder era vergonzoso, pero no había más, no podía, era inútil la lucha, y no había más remedio que resignarse á encontrar alivio en las sobras y en las convidadas.

Por eso se pasaba las horas sentado sobre una barrica, triste, revueltos los

espesos bigotes que le tapaban la boca, mirando al suelo, á la espera de que cayese algún cliente en su auxilio. Cuando aquél venía, fuera blanco ó negro, rico ó zaparrastroso, él, aunque con rubor, le buscaba la boca, y hablándole sobre cualquier cosa, lo comprometía á que lo convidase; y cuando le alcanzaban la copa, bajaba ligero de su asiento, tomaba el vaso con mano rápida y temblorosa, la llevaba á la boca con las ansias del que quiere comerse á besos un objeto amado, y de un sorbo ansioso, que en vano quería hacer mesurado, se bebía más de la mitad del contenido. Otras veces se iba donde algunos paisanos jugaban al truco, se les paseaba por detrás como sombra, mirando el juego y haciendo que se entusiasmaba con él, conteniendo á duras penas los brincos de su lengua, que ante los vasos llenos, de ganas le disparaba de la boca, y aprovechaba el momento de algazara que producía una partida ruidosa, para levantar un poco el diapasón de su floja risa, dar también una opinión, que nadie le pedía, y en la confusión, besar

con furia el vaso que desde hacía rato pastoreaba. Después, cuando todos se levantaban, él se quedaba ronceando el campo de batalla, para disputar á las moscas los restos que lamían y que se apresuraba á coparles en cuanto se veía solo.

Estas cosas del burro de oro, por más que tuviesen su tinte cómico y entretenido, no dejaban de exasperar á los parroquianos, que veían á aquél que era más rico que todos ellos juntos, dedicado á beber continuamente á sus costillas. Era verdad que aquello les proporcionaba grandes motivos de jarana, cuando en coró comentaban las copas que había pescado el burro y las indirectas mortificantes que las víctimas le habían dirigido en calidad de venganza; pero esto no les parecía bastante, y discurrían el medio de darle al pobre una broma pesada, que á más de resultar un chasco soberano que diese mayores motivos de risa, le sirviera de resabio y cura de su vicio, que al fin resultaba pegajoso para los que lo sufrían, por más que lo rodeasen de notas alegres

el extraño rubor del vicioso, y los detalles siempre nuevos que ponía en práctica para alcanzar su objeto.

Tiempo hacía que se había declinado unánimemente en el dueño de la pulpería — hombre festivo y de chispa brava en el pago aquél — el encargo de buscar la broma más á propósito para resabiar al burro y divertir á sus marchantes. Pero el tiempo pasaba y la retozona mente del pulpero no alumbraba la broma que el pago entero esperaba con los brazos abiertos.

Ya su crédito iba en peligro; ya se decía por muchos que no era hombre para los casos en que se le precisaba de veras, cuando una circunstancia inesperada, al parecer sin ninguna consecuencia, vino á sacarlo de apuros.

II

Recibió un surtido esperado desde tiempos, y las cansadas carretas asomaron al fin, avanzando pausadamente por la vuelta del camino, después de haberse

hecho adivinar desde lejos por sus característicos chirridos, ásperos y penetrantes, que llenaban de tristeza el aire con tono desgarrador de bestia que se queja porque la carga le rompe el espinazo. Se apresuró á recibirlo, á disponer las barricas y los barriles en las estibas cojas, á colocar las zarazas y los lienzos en los estantes sucios á fuerza de servir de tranquila morada á las arañas; y al fin, se preparó á abrir los cajones de las bebidas con toda ceremonia, delante de los marchantes que, emponchados, con su chapeo encajado hasta los ojos y sin soltar el rebenque, miraban con todo interés la exhumación de las botellas de su lecho de aserrín, y las que, á medida que salían, se las pasaban de mano en mano para mirar con curiosidad de niños grandes, los rótulos coloreados y flamantes.

Así fueron desfilando las botellas de ginebra de campana, grandotas, panzudas, despertando en los paisanos las ganas de poseer el frasco, aunque más no fuese después de vacío; en seguida vinieron las del renegrado bitter, que

ellos conocían desde que un jugador de otro pago había llevado la moda de tomar la caña « con bitre »; después, las de limonada, y al último unas botellas extrañas á la pulpería, pues era la primera vez que la visitaban.

Fueron ellas las que llamaron principalmente la atención de los que estaban reunidos, arrancando un gritito de interés. Hacia la primera botella que salió, las manos de todos se extendieron para agarrarla: primero por ver de cerca el rótulo completamente blanco, en medio del cual aleteaba, poderosa, un águila robusta, que llevaba una rama en el pico; después por sacudir su contenido, de un ligero tono de ojos de rubia, que aguaba la boca, y atraía á todos, como si en realidad flotasen en él los ojos que le dieran aquel colorido.

Era tanto lo que de llamativo encontraban los paisanos en la nueva bebida, que el pulpero no tuvo más remedio que explicar; lo que ellos veían ahora, alineadas sobre el mostrador ante sus ojos, eran botellas de ajeno, una bebida nueva que estaba haciendo furor

por todas partes, por ser un abridor de apetito excelente y tener un sabor y un perfume que hacían el cosquilleo más agradable al rozar el tragadero. Por otra parte, pronto verían confirmado lo que decía, pues iba á estrenar una botella para convidarlos á todos.

Y en efecto, un momento después, servido y preparado el licor, lo probaban á cortos sorbos, encontrándolo sabrosísimo. Los más entusiastas, sorbiéndose la lengua empapada del líquido anisado y opalino, pedían un segundo, mientras miraban con cierto recelo las águilas de los rótulos, temerosos de que remontasen el vuelo llevándose en sus garras, como presa, las preciadas botellas.

En lo mejor del saboreo estaban y no habían terminado todavía en las ponderaciones del brebaje, por más que hasta entonces no se dijese una palabra que no tendiera á ese fin, cuando se le ocurre decir á uno:

—«¡Carancho!.. ¡qué lástima que nosté el burro pa darse una panzada jefe!»

—«No importa: le dejaremos las co-

pas untadas pa que les pase el hocico aunque más no sea. Con eso sólo se va á pelar de ganas, y hasta es capaz de desembuchar algunos tachos viejos pa mejor tomarle el gusto.»

—«Eso y el queso ché... no te digo que él afloja así no más... Hará lo de siempre: esperará que alguno lo saque en ancas, y chupará ajeno de arriba.»

Y la conversación siguió, así entre risas, lamentando que el patrón no hubiese dado aún con la broma que había de sacarle la maña vieja al burro de oro.

Aquél, mientras tanto, se sonreía, bebía también, y atendía con la prontitud del hombre satisfecho, á uno de sus marchantes. Cuando se agregó de nuevo al grupo de los paisanos traía la cara llena, hinchada de una bocanada de alegría. Se golpeaba pausadamente con las manos el estirado odre de su vientre, y hablaba con la lentitud de siempre, aderezando de á uno, con cuidado, los cortos y contrahechos períodos que ofrecía á sus marchantes,

como si, acostumbrado á que fueran siempre igualmente felices por los reídos, temiese soltar uno de repente, que no tuviese la misma suerte.

— «Ya los oía, sí, ya los oía, — dijo — hablando de mi poco acierto... de mi poco acierto pa pialar de una vez á ese burro viejo y sacarle pa toda la vida sus malas artes... Pero si ustedes creen que me había olvidado de mi encargo, se equivocan feo. Sí, se equivocan muy feo, porque ahora mesmo les iba á hablar de eso.»

Y en seguida agregó en medio del contento alboroto que metían los que lo escuchaban:

— «Mañana sin falta le arreglaremos la cuenta al burro, sí, y desde ahora les garanto que la cosa va á ser gorda y pesada.»

III

Amaneció un día alegre que convidaba á pasarlo entretenido. Los peones de la pulpería que, desde temprano,

llenaban sin saciarse sus pulmones del aire tranquilo saturado de rocío, tomando mate, en la puerta de la cocina, y mirando el bullicioso correteo de los teros, esperaban con sosegada cachaza las órdenes del patrón para comenzar la tarea, sintiendo que aquéllas demoraran, pues con el tiempo que corría, perdían las horas frescas de la mañana, las únicas en que el trabajo les fuera llevadero hasta no parecerles tal.

Al fin, el patrón apareció para decir que aquel día se envenenarían cueros; y los cueros no tardaron en bajar de la alta estiba para tenderse en el suelo, contentos tal vez de volver á mirar el sol á quien no le veían la cara desde que los quitaron del estaqueo, y de sentir que, aunque á garrotazos, iban á librarlos de la polilla que en sus entrañas había buscado guarida y sustento.

Mientras esto se hacía, el patrón, después de haber abierto la puerta de la pulpería y de haberse metido entre pecho y espalda una buena copa de caña, bajó del estante la botella que había abierto el día anterior, tomó un vaso,

un vaso grande, de los de á cuarta, y se puso á preparar un ajenjo. Echó mucho de la botella, mucho, sin mezquinarle el cuerpo, como diría uno de sus marchantes al verse tan bien servido; agregó al líquido igual cantidad de aguardiente, del bueno, de aquel que ardía solo, como decía para ponderarlo, y después empezó á dejar caer agua, á gotas, nada más que la suficiente para hacerle tomar al todo un tinte opalino. Luego, para probar el menjurje que había preparado, mojó en él la lengua que tuvo que retirar en seguida como si hubiese lamido una brasa, y en seguida tapó el recipiente con un papel y lo dejó en un rincón, de manera que estuviese bastante visible. Concluído esto, se quedó en la puerta, mirando al suelo, riendo por un buen rato con toda la fuerza de una risa muda, algo muy alegre que se le dibujaba en la mente. Después, sin dejar de reir, se dirigió donde estaban los cueros que los peones golpeaban.

Ya varios paisanos de los que estaban advertidos, habían acudido para

presenciar la broma que se le preparaba al burro. Ya era tarde, y un sol grandote, rebotante de rayos, hacía vibrar su cálida luz en el ambiente, y anegada en ella, se sacudía la blanca banderilla de la pulpería, como si quisiera despabilarse de su sueño de la noche dormida al rocío. Y sin embargo el burro no aparecía. Recién á eso de las diez se le vió asomar en la ladera vecina, traído á cuestras por el petizo tubiano, que, como su dueño, venía sumido en la cachaza habitual, de que hacía alarde en el arrastrar de patas de su trote lento y pesado.

El burro, al pasar junto á los que trabajaban, saludó sin levantar la cabeza, y sin detener el caballo dijo:

—«*Então hoje se trabalha?*»

—«Sí, dijo el patrón, vamos á envenenar estos cueros renegaos, que se estaban enllenando de polilla.»

IV

El burro dejó su petizo debajo de la enramada y se dirigió á la pulpería, que en esos momentos estaba sola. Se hubiera encontrado allí, desahogado, á sus anchas, si hubiese hallado algo que beber en alguna copa; pero era tan temprano que no había que pensar en eso: casi le daban ganas de saltar el mostrador y cazar una botella.

Se dirigía con aire taciturno á la barrica, sin conseguir tragar un nudo que sentía en la garganta, porque los músculos se negaban á obedecer como bisagras faltas de aceite, cuando vió sobre la mesa una copa, una copa grande y llena, la que había dejado el patrón tapada con papel.

Ya no pudo seguir. Se quedó con el corazón temblando como el que viese surgir de súbito la querida que desea y llora ausente. Por instinto, sin moverse, empezó á mirar con recelo á todos lados para cerciorarse de si estaba

solo, y cuando de ello estuvo bien seguro, se precipitó hacia la mesa y tomó con mano trémula la copa.

Vaciló un momento. Aquello tan verde, tan turbio, ¿qué sería?... Le tenía recelos, lo miraba con extrañeza y miedo, como se mira una cara sospechosa que no se conoce. Pero al fin no pudo contenerse: aquel vaho anisado que se desprendía de la copa, lo mareaba, lo envolvía en una atmósfera de delirios, como marea y envuelve á un fanático el perfume del incensario; y sin pensar, dominado por los alaridos de su garganta que clamaba por aceite, bebió, desencajó sus tragaderas en un trago brutal, estupendo.

Cerró los párpados y sacudió la cabeza presa de una mueca horrible. Sentía que aquello, al pasar, le desgarraba la garganta, le pelaba el esófago, y que allá, al detenerse, le clavaba las uñas en el estómago. Tosió, y se quedó descompuesto, con la boca abierta, como para dejar escapar las llamaradas de aquel infierno que le devoraba las entrañas y lo ahogaba. Pero no acertó

á dejar la copa que tenía en la mano. Sus ojos no dejaban de mirar el turbio contenido, y su lengua, aquella lengua maldita, seguía apeteciéndolo, con ganas de hacerse abrasar de nuevo por la ardiente caricia; y otra vez, de una manera fatal, inevitable, volvió á llevar la copa á los labios y bebió el resto, de otro trago, con las ansias y la desesperación del enfermo que ve perdida su vida si no vacía el recipiente que contiene una medicina asquerosa.

Entonces, lacrimoso, tosiendo á ratos, se fué á la barrica que era su habitual asiento, y se dejó estar allí con la cabeza humillada, en la actitud torpe del animal que presiente un castigo por una mala acción que ha cometido. Ni siquiera se dió cuenta de la entrada del patrón, que sobrevino al poco rato.

Éste recorrió de un lado para otro con cierta precipitación, como si buscara algo que no hallaba. Se impacientaba, murmuraba, daba patadas en el suelo.—«Lo puse por aquí, decía, estoy seguro; y sin embargo . . . ¿quién se habrá metido á tocarlo, á sacarlo de su

lugar?... » Y el burro, que ya había, oído, triste, miraba aquella mímica con azoramiento, sin comprenderla, como si fuese una alucinación, el principio de una dolorosa pesadilla.

De repente los ojos del patrón se fijaron sobre la copa, y al verla vacía, pareció que sus facciones se inmutaban, confundidas por un soplo de desesperación. Corrió hacia ella; se quería arrancar la cabeza con las manos, y, con voz destemplada y violenta, como si quisiese interrogar á la mesa, á la copa misma, á todo lo que lo rodeaba, gruñó :

— « ¡ Por la gran perra ! ¿ qué desgracia se chupó el veneno.... sí.... el veneno que había en esta copa?... »

Después, con agitación creciente, con el esfuerzo del que se ve desfallecer de rabia y de desconsuelo, siguió gritando la suerte del que se había envenenado, llamando á los peones que acudían asustados, metiendo un alboroto que azoraba á todo el mundo. Un chiquito en camisa que había acudido llamado por el ruido, y que miraba con ojos

estupefactos la extraña escena, chupándose un dedo hasta secárselo, huyó como un gatito asustado, al ver que uno de los amenazadores gritos lo tomaba de blanco.

Mientras tanto el pobre burro había estado sufriendo las penas amargas y negras que deben sentirse en la antecámara de la muerte. Á la primera palabra del patrón, cuando oyó hablar de veneno á aquella voz que brotaba violenta, á borbotones, como si quisiese asustar á la misma muerte, si es que ya se cernía por allí, su cuerpo se sacudió todo y sintió en el pecho una impresión de vacío, como si se le escapara el alma. El corazón cesó en su tarea de empujar la sangre; una terrible anemia agotó en un instante sus torpes facciones, y en medio de temblores de epiléptico, apenas tuvo fuerza para lanzar un quejido y dejarse caer de la barrica.

Y en el suelo, al verse rodeado de todos, empezó á murmurar entre vagidos tristes, desconsoladores:

— « *Fu eu ... fu eu ... meu Deus ... eu não sabia ...* »

Los temblores le entorpecían los extremos, atinando sólo á pronunciar sus dolorosos quejidos que llegaban al alma. Se creía morir, le parecía sentir los estragos de un cáustico en las paredes de su estómago; y un miedo cerval, una angustia sin límites, aflojaba todos los resortes de su organismo, cuya vista nauseabunda inspiraba horror. Sus párpados, relajados los músculos que los gobernaban, abiertos ahora de par en par, no escondían los ojos, aquellos ojos que los paisanos miraban con extrañeza porque era la primera vez que los veían á gusto, y los globos turbios y gordos, flotando al ras de la aplastada cara, velados por una nube de espanto, pedían á gritos vida, aquella vida que ya empezaba á írsele en un derrame asqueroso.

— « Por Dios, burro, no te julepiés tan fiero », le decía, mientras iba á sostenerlo por la espalda, un paisano alto y seco, de ojos chispeantes, que hubiera parecido brillar en el fondo de las órbitas de una calavera, si no hubiesen brotado de los finos labios de

su rostro terroso, dos mostachos chinescos; — «no te julepiés tan fiero», le repetía, «mirá que el patrón te ha de sacar en ancas con alguna droga... ya sabés que no es el primer cuero que salva de que se apolille al ñudo.»

Mas el pobre burro no oía, ni atendía siquiera. El resto de sus facultades, que el miedo no le había arrebatado todavía, se concentraban para seguir mugiendo su implacable queja, que repetía con la voz débil y temblona de un autómeta descompuesto:

— «*Fu eu ... meu Deus ... eu não sabia ... Eu morro ... morro ... ¡ay! ...*»

Pero los demás paisanos no se enternecían como el indio de los bigotes chinescos. Lejos de eso. Veían la broma con gusto, y sólo querían que la cosa marchase adelante para gozar con ella; por eso metían gran alboroto, mientras rodeaban al burro haciendo que se interesaban por él. En cuanto al patrón, estaba á sus anchas. Su simulado apresuramiento disfrazaba apenas los placeres del triunfo que pujaban por estallar en una carcajada estruendosa. Por

lo demás, quería llevar la farsa hasta el fin, y por eso gritaba moviéndose de un lado para otro:

— « Güeno, no se asusten... eso no es nada... le daremos un gomitivo de aceite... sí, un gomitivo... Vamos... ¡ Jesús!... venga pronto ese aceite... »

El aceite vino. Ya entonces el burro no hablaba; resollaba fuerte, y se dejaba manejar no más, como una cosa entorpecida. Le pusieron el vaso en la boca, y sin grandes esfuerzos, le hicieron tragar el líquido viscoso y repugnante, que haciendo gorgoritos, se hundía por el ancho esófago. El vaso se acabó y no vomitaba: hubo que traer otro; — y poco á poco, haciendo gorgoritos también, su contenido fué á depositarse en el abultado estómago, sin que éste se diese ni siquiera por aludido. Acostumbrado como estaba á digerir de todo, no quería soltar su presa, y parecía guardar y esconder lo que recibía, con la misma avaricia con que había de guardar el escondite del burro, los tesoros que le entregaban.

El que le sujetaba la cabeza se im-

pacientó de su tarea, y la dejó caer ; y la cabeza se dió contra el suelo pesadamente, como si estuviera separada del tronco, con los ojos siempre abiertos que mostraban los turbios globos de pupila incoherente, y los bigotes empastados, tapándole la boca, de la que se desprendía un ligero hilo de baba aceitosa.

Y los minutos pasaban y el burro no vomitaba. Entonces un indiecito joven, de cara redonda y tostada, que tenía la costumbre de mirar y escuchar en silencio mascándose el barbijó, quiso tomar cartas en el asunto, y levantándose dijo :

— «Es al ñudo : este burro sotreta no suelta el zorro. Hay que arrancárselo por la cola. »

Y diciendo y haciendo, le levantó la cabeza, forzó las mandíbulas apretadas y le sumió hasta el tronco, en la garganta, dos de sus dedos, revolviéndolos allí brutalmente un instante, como si quisiese triturarle las glándulas y arrancarle la lengua.

Ante este rudo ataque, la cara del burro se contrajo en una mueca deses-

perada, y como si le hubiesen desfondado el diafragma, un hipo enorme, una arcada descomunal, le sacudió las vísceras. Casi en seguida otra más violenta que la primera se produjo; y entonces, el estómago, como si se hubiese deshecho de sus ligaduras, enloquecido, pareció saltarle á la garganta, para vaciarse allí, en una bocanada única, larga, estupenda.

Después, el burro soltó un doloroso suspiro, un hondo y desgarrador relincho. Agitó dos ó tres veces la cabeza con el movimiento del animal moribundo que intenta el último esfuerzo para deshacerse del bozal que lo ahoga, cerró los ojos, y se quedó aletargado, entre los temblores de su carne asustada y las carcajadas de los paisanos que festejaban lo que creían el desenlace de la broma.

Y á todo esto, el chiquitín en camisa, que había vuelto arrastrado por su curiosidad, desde un rincón y chupándose siempre el dedo, asistía sin comprender á la extraña escena, abriendo mucho sus grandes ojos, claros y sorprendidos.

V

El burro dormía siempre. Tendido sobre un catre, hubiera parecido una masa inerte, á no ser por el resuello lento de fuelle viejo y cansado, que salía en un suave y lastimero ronquido por su boca abierta. Y sin embargo el miedo no había abandonado del todo aquella carne que ya agobiaba su propio peso, como si estuviese muerta; de cuando en cuando se reflejaba en un temblor de sus mandíbulas, al que seguía un áspero chirriar de sus dientes que se trituraban en un espasmo pavoroso.

Era inútil gritar, meter una algarabía estruendosa. Sus tímpanos entorpecidos no reaccionaban, como no reaccionaba tampoco ninguno de sus sentidos ante las torpes judiadas de los parroquianos. Uno le metía una pluma en la nariz, otro le hacía cosquillas en los pies, y no faltaba quien le echase gotas de bebida en la boca, para ver si dor-

mido conservaba todavía su vicio ; pero nada sentía : parecía que hubiese perdido los nervios.

Al segundo día convinieron todos en que había que despertarlo. Lo rodearon los que estaban jugando un partido al nueve. « ¡ Burro ! ¡ burro ! » le gritaban en coro. Pero los gritos no bastaron : fué preciso sacudirlo fuerte, casi destroncarlo.

Entonces se agitó, se llenó y vació el pecho con un suspiro grande, largo, articulado ; abrió los párpados, bostezó, y paseó por todos el atolondramiento en que se perdían sus ojos inyectados. Respondió con una sonrisa automática á las risotadas, y volvió á dormirse.

— « ¡ Burro, burro, despertá . . . no seas tan dormilón . . . mirá que ya has gozado bastante ! . . . » le volvieron á gritar, mientras lo sacudían de nuevo.

Y recién entonces despertó del todo. Sus ojos se abrieron con el tolondro de antes, y se quedaron así, desencajados é indiferentes. Ya no huían las miradas de todos ; ya sus párpados no se cerraban como antes, con el aleteo del pá-

jaro asustado, temeroso de que en el fondo de las pupilas pudiera descubrirse el sendero que llevara al escondite de su oro: es que él mismo lo había perdido.

Estaba muy pálido, sin fuerzas para sentarse, con algunas mechas de su pelo revuelto y levantado. No hablaba, y una sonrisita estúpida se agitaba debajo del revuelto bigote entre los labios cuarteados y reseco.

Fueron inútiles las preguntas de todo género: no se le pudo sacar palabra, como si tuviese la lengua parálitica. A uno se le ocurrió alcanzarle agua. Le trajo un vaso; pero, al ofrecérsela, la cara del burro se alteró, se agitó en el catre, y rechazando con mansa energía el vaso, dijo con voz apagada:

—«*Não, não quero ... isso fai mal: é veneno.*»

Se le contestó con una carcajada.

—«¡Miren si será zorro el burro mañero! dijo uno de la rueda; ¿no caen? ... Es que no quiere agua: quiere chupar caña. Denle, y verán si no se le duerme al vaso.»

Pero no fué así. Á la caña le hizo el mismo gesto. No quería . . . aquello era veneno. Y sin muestras de irritación ni de descontento, volvió á dormirse.

Y ya fué inútil. No se consiguió que tomase nada. Dos días después se llamó al curandero del pago, ya con alguna alarma. Pero nada se consiguió con la presencia de aquel hombre que á su manera hacía prácticas de ciencia: el burro seguía en su torpe obstinación, sosegada é invencible. Por otra parte, el curandero no le daba importancia al incidente.

—«Déjenlo no más, déjenlo —decía.— Ya comerá en cuanto se le vacie del todo el buche . . . Á la fija que no va á vivir de aire.»

Lo dejaron estar, siguiendo los sanos consejos del curandero. Pero el tiempo pasaba y el buche parecía no vaciársele nunca, porque nunca pedía. Ya hacía tiempo que su cuerpo extraviado se devoraba á sí mismo con una ansia atroz, presa de una fiebre intensa, desesperada, que lo estragaba, que lo dejaba seco: se quedaba sin vientre,

sin pulpas. Las costillas, desnudas de carne, se combaban como para romper el cuero, y los ojos, en la cara trabajada, marchita, rodeados de un círculo de carne negra y machucada, se le hundían más y más, como si se los chupasen las órbitas.

Entonces ya la debilidad del burro era extrema. Como el animal caído que se muere de hambre, ya no tenía fuerzas para levantar la cabeza. Un delirio tranquilo le hacía gesticular palabras raras ininteligibles, y su aliento fétido, brutalmente fétido, parecía el hálito de una cloaca revuelta.

Cuando lo vió en este estado, el indio de la cara descarnada no pudo contener un movimiento de asco y de dolor.

— «¡Qué barbaridad! — dijo. — Este hombre está podrido por dentro, está dividido.»

En efecto, el burro se moría, lo veían todos. Estaba desconocido. Su piel sólo abrazaba el esqueleto, y dentro de ella ya no podía vivir ni la misma fiebre, que se fué retirando poco á poco, falta de tejidos que gastar. Se le acabó

el delirio; el frío de la muerte le invadía el corazón desde los extremos; cayó en un coma profundo, y sin agonía, silenciosamente, sin un estertor que acusara el desenlace... se le fué la vida.

Los ojos, turbios, le quedaron abiertos, con las pupilas dilatadas, incoherentes.

DOMINGO ARENA.



Juan Giribaldi Heguy .



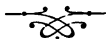
Juan Giribaldi Heguy

Tiene 6 representa 25 años de edad.

En los ocios del cargo de Fiscal con que empezó su vida pública, en el año 1893, Giribaldi Heguy escribió sus primeras narraciones, que tituló *Reliquias Nacionales*. Primero, «María Cipriana Sandoval», un tipo de china sabedora de historias y con un sabroso pasado de aventuras amorosas; después, las hazañas del «rubio Jacinto», un gaucho más peleador que las armas; y más tarde otros cuentos, en los que adoptando la forma impersonal, dió más vuelo á la imaginación y el estilo fué caracterizándose y perdiendo cierta vinculación con el de Acevedo Díaz.

Hoy indudablemente es Giribaldi He-

guy un escritor de los que pueden dar
pábulo á las esperanzas de la verda-
dera literatura nacional.



Plazo fatal

I

— Te lo diré mañana, — interrumpióle Cora con brusquedad, salvando presurosa luego la callejuela de madre selvas que partía desde el vestíbulo de la vieja y maciza Estancia hasta terminar en el portoncillo donde, de largo rato atrás, ella conversaba con Eufrasio.

Siguióla éste con mirada torva, en la que el cariño y el odio disputábanse la misma supremacía que porfiaban establecer en su espíritu.

La vió alejarse sin volverle el rostro una vez siquiera. Y, los ojos fijos en el extremo opuesto de la estrecha callejuela, permaneció inmóvil breves

instantes, como si toda su alma hubiese volado siguiendo el rastro de aquella criolla apuesta.

A poco rompió su actitud de estatua. Sombrío el continente y torpe el ademán, dirigióse á su caballo, que tascaba impaciente el freno al pie de un tala inmediato.

Montóle en silencio y, con breve trote, emprendió el regreso hacia sus lares.

Era ya noche. Delgada y amarillenta, la luna nueva trasponía el horizonte.

Brillaban inquietas las estrellas. Grato aroma de trébol perfumaba el ambiente.

Echadas sobre la pradera oscura, y medio dormidas, pacían las bestias calmamente.

Los grillos interrumpían la paz solemne con su estridor metálico de invariable ritmo.

Y, á intervalos, escuchábanse lejanos balidos, llenos de tristeza, ó cruzaba el espacio vigiloso ñacurutú, semejante á espumarajo negro de la sombra misma arrastrado por intangible ráfaga de viento.

II

Mudo, reconcentrado, sin sofocar una queja ni balbucear un reproche, Eufrasio proseguía su camino, abandonada la rienda á la voluntad de su tordillo escarceador.

Quemábale la frente. Tirana fuerza nerviosa sacudíale con rudeza.

Quitóse el sombrero instintivamente, arrojó dentro el barboquejo y volvió á cubrirse, oprimiendo aquel chambergó de anchas alas sobre su cabeza mele-nuda que guardaba iras de volcán.

—¡Mañana!—prorrumpió, por fin, sor-damente, hundido el pensamiento en amargas cavilosasidades; en esas preocupaciones absorbentes que desdeñan todo sentimiento levantado, se agitan, van y vuelven, entrechocándose ó cediéndose paso mutuamente, vuelcan la razón, y, en sus giros escrutadores y oscuros, terminan refugiándose en el crimen.

—¡Sí, mañana!—repitió con firmeza.

É, hincando sus espuelas de plata en los ijares del caballo, rompió á galopar la loma que ante él se levantaba ofreciendo insinuante cuesta al casco volador.

III

Era Cora la coquetuela del pago.

De tez morena, negra cabellera y ojos pardos que, cuando miraban de soslayo, parecían, como la dijo un cantor,

Dos *rajaduras* abiertas
En las paredes del cielo,

Cora había usurpado para sí todos los halagos y festejos del paisanaje joven del lugar.

Atraía desde luego su belleza, que ella misma tantas veces festejara en la laguna, durante las horas largas de lavado, cuando suspendía la tarea fatigosa para aquietar las aguas y contemplarse retratada en su corriente tersa bajo la fronda voluptuosa de los sauces.

Afortunada en las lides del corazón, el éxito habíala envanecido con creces. Y, creyente convencida de su superioridad ó de su suerte, vivía dichosa vida entre las cuitas y preocupaciones de sus pretendientes, no sin reservar una carcajada exuberante para epilogar sus pasatiempos amorosos.

Cora era tema en las horas de fogón, chascarrillo en las jugadas de naipes, rivalidad en los bailes y recuerdo palpitante en las siestas, cuando terminado el descanso, el paisano á medio incorporarse sobre el recado y con la mirada perdida en el horizonte, departe entre mate y mate, en tanto llega el instante de reanudar el trabajo rudo.

Acaso se la recordara con ternura; acaso también llegaran á cruzarse los aceros por ella; pero, sin duda alguna, más de una maldición franca igualmente pesó sobre su persona en el transcurso de aquellas pláticas apasionadas á la vez que sencillas.

Fuera para sus pretendientes honor marcado ensillar su ruano favorito; alzarla sobre su montura, un premio;

beber en su vaso de guampa, tallado y transparente, una aspiración; poseerla, un ideal.

Y, la idea de su rapto habíase albergado muchas veces en más de una frente sombría, fácil soñadora de tragedias lúgubres.

Para Cora era la primera décima que se cantaba en las tertulias lugareñas, como eran también la porción más sabrosa del asado y la pitanga más roja de los festines campestres.

Y los escrúpulos partidistas llegaron á hacer caso omiso de la cinta punzó ó celeste con que Cora ciñera su cabello.

Ella, en cambio, hacía gala de una superioridad sin límites para con sus adoradores. Sentía la sensación del dominio como una embriaguez deliciosa, y gustaba renovarla en cada ocasión propicia.

Quién la brindaba su corcel ensillado con primor, sin lograr de sus labios otra galantería que hiriente crítica sobre los méritos del apero.

Quién la ofrecía fragantes rosas ó claveles, que ella muy luego deshojaba alegremente.

Simulaba rendición á los más dignos, y luego les plantaba con dureza y sin explicaciones; á los otros, á los más humildes, hacía les servir infusiones de ombú disimuladas en apetitosos mates, ú obligábales á jinete ar potros para reir de su destreza.

Y, si por acaso alguno de sus galanteadores mentara el valer de su cabalgadura, ella no vacilaba en montarla, postrándola luego en frenética carrera y restituyéndola á su dueño con una lluvia de satirillas punzadoras, repetidas indistintamente á amo y caballo.

Ó, cuando penetraba á la rueda del pericón, escuchaba indiferente el verso amoroso que, con cobarde acento recitábale su pareja, estimulada quizás por recientes demostraciones afectuosas, anonadándole de súbito con la estrofa sarcástica y agresiva que ella empleaba para responder á la demanda, seguida de la algazara brutal de los circunstantes, acrecida por el vibrar animador de las guitarras, los alegres castañeteos y el vivo zapatear de los danzantes,

Cora observaba con altivez tanto corazón rendido en torno suyo, prometiendo ya, retractándose luego, reiterando mañana sus promesas y renovando sus votos, dispuesta siempre á dar la espalda al primero que creyese haberla vencido.

Y, en las alternativas angustiosas por que hacía pasar á los que se le acercaban con requiebros amorosos, jamás le faltó la explosión de júbilo con que mostrara á menudo la hermosura de sus dientes, aquellos dientes que tantas veces grabaron correcto arco en la corteza de las guayabas con que la regalaban manos encallecidas que domaban potros y no podían rendir, sin embargo, aquella cervatilla veleidosa de la costa de Batoví.

IV

Eufrasio fué el más constante de sus galanteadores.

Alentado por engañoso éxito, del que no supo cuidarse, llamábase ya

dueño de la prenda en los circuillos de ramada, cuando inesperadamente sufrió recio contraste que le obligó á una resolución decisiva.

Ocurrían yerras en paraje inmediato á la Estancia donde moraba Cora. Eufrasio vióse allí con ella, y la dió modesto pañuelo que tenía bordado en un extremo el lema: *Chinita mía*.

Cora acogió esa dádiva con mani-fiesta frialdad; y, luego, teniendo á Eufrasio á su lado, mientras solícito la interrogaba éste por los motivos á que debiera atribuir su conducta injustificada para con él, ella esquivaba jovialmente toda respuesta categórica, entreteniéndose en quitar del pañuelo la palabra *mía* con la punta de un alfiler cuya cabeza era vistoso pajarillo de cristal.

Eufrasio sintióse herido, calló Cora, y el desacuerdo quedó supeditado á las resultas del armisticio celebrado en el portoncillo de la Estancia, donde, apremiada por Eufrasio para que le manifestase en definitiva si le quería ó le despreciaba, ella le contestó huyendo:

—Te lo diré mañana.

V

Ligero matiz lila, reminiscencia pálida del crepúsculo, teñía el cielo hacia el ocaso, cuando Eufrasio descendió de su caballo oscuro, parejero acreditado, junto al portoncillo de las citas.

Instantes después presentóse Cora á su lado, dándole las *buenas noches* secamente.

Subsiguió largo rato en silencio.

Eufrasio pasóse la diestra por el cuello repetidas veces, como si hubiera querido acallar el sonoro latir de sus carótidas, que parecíanle golpear estruendosamente.

Reclinada con indolencia sobre el enverjado de madera que rodeaba el jardín plantado frente á la Estancia, Cora miraba al descuido las estrellas, mientras, con un brazo tendido sobre el portoncillo, abría y cerraba éste á compás, balanceando todo su cuerpo con simulada languidez.

—Bueno: ¿y qué?... preguntó por fin, irguiéndose soberbia.

—¿Y qué?... respondióle Eufrasio con aspereza.

Volvióse atrás, mesándose el cabello con la crispada mano; miró en torno suyo con fiera avidez, y, dirigiéndose nuevamente á Cora, tendió el brazo indicándole la luna nueva, delgada y pálida, que, con su concavidad hacia el cenit, estaba á punto de ocultarse detrás del horizonte, y la exigió con violencia le diera su respuesta definitiva antes que aquel astro desapareciese á sus ojos.

Al expresarse así, habíase transformado de tal manera, cambio tal afectaba las líneas todas de su rostro y su mirar, trocado repentinamente en siniestro y pavoroso, que Cora, sin apartar la mano del portoncillo, echóse atrás horrorizada, significándole enérgicamente cuánto le despreciaba, cuán digno era de su aborrecimiento...

Fúlgido puñal brilló fugaz entre ambos protagonistas.

Estalló un grito de dolor, penetrante, supremo, que los ecos heridos repitieron.

Acudió en el acto la gente de la Es-

tancia, á tiempo que Cora, distendiendo la mano que aun conservaba asida al portoncillo y, cadáver ya, rodaba por tierra, provocando ese ruido con que cae la rama tumbada por el hacha del leñador.

Hubo una interrogación muda y dolorosa: ¿quién fué el asesino?

En el silencio de la noche percibíase la carrera frenética de un caballo que se alejaba por segundos; y allá, á lo lejos, en el confín del horizonte, la luna nueva ocultábase lentamente con su concavidad hacia el cenit, cual góndola de plata sumergiéndose para siempre en un mar de tinieblas.

J. GIRIBALDI HEGUY.

San Fructuoso, Septiembre de 1893.

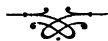


Roberto de las Carreras

Pero nadie podrá negarle que se ha presentado en nuestro mezquino campo literario con originalidad indiscutible y con conciencia de superioridad que puede servirle para mantener aquélla.

De él podría repetirse lo que un crítico alemán ha dicho del poeta Dehmel: que es muy subjetivo, muy psíquico, y que los colores y las impresiones se reflejan como relámpagos en el fondo sombrío de su alma.

Porque Roberto de las Carreras es escéptico y pesimista, y en su temprana edad aparece, según él mismo se ha definido, «como reloj adelantado que señala las doce de la noche»; triste, aburrido de la vida, y dominado además por una neurastenia matadora.



Amigos...

(Para comprender mejor el fragmento que sigue, debe tenerse en cuenta que se trata de dos amigos, literatos, de los cuales el de más talento, Raúl, ha muerto dejando bocetos y planes de obra que el sobreviviente, Alberto, aprovecha y hace representar ó publicar como propios.)

XXI

¡El autor! ¡el autor! este grito resonaba en Solís, en medio de una tempestad de aplausos. Había caído el telón sobre la última escena del drama de Alberto, anunciado hacía varios días por los periódicos, y el público lo llamaba entusiasmado. Sus amigos estaban triunfantes al verlo revivir de entre

los legajos de su profesión, después de haberlo creído enterrado para siempre. En la sala se había vuelto á hablar de sus poesías, de la promesa de otro tiempo. No era un triunfo lo que se aplaudía, era algo más: una resurrección.

Pero Alberto no salía á la escena. Había pasado algunos días desesperado pensando en no dar la obra, en batirse, en pelear con alguien, en hacer cualquier cosa violenta que lo desahogara. Se había calmado, pero esa noche estaba completamente abatido. En el último momento, al ver que la cosa iba á realizarse realmente, y que iba á recibir aquella gloria robada, venía la reacción, el golpe de rechazo que lo postraba. Pero ya no había nada que hacer. La obra iba á representarse esa misma noche. Fué al teatro desesperado y loco.

En los días de agitación que había pasado desde que dió la obra, ni siquiera asistió á los ensayos. Quería tratar de olvidarse del drama hasta el último momento, cuando no hubiera

más remedio, como un peligro que se quiere aplazar.

Cuando llegó al escenario, pálido y trémulo, no podía disimular su agitación. Para que los artistas no creyeran que era la emoción del principiante que da su primera obra, dijo que se hallaba enfermo, que tenía fiebre...

Alberto no había tenido dificultades para dar la obra. Encantó á Novelli y fué aceptada desde un principio. Aquello lo había hecho sufrir también asociándose al resto de su mal. Tener todo lo que se necesitaba: la facilidad de dar la obra, el artista que él prefería en el mundo entero y no ser suya la obra, no ser suya! Ahora, en uno de los momentos de lucidez que tenía en su vida neurótica, en una de esas miradas hacia atrás en que le parecía que le echaban el pasado á la cara, no comprendía cómo se había decidido á entregar la obra. Y siempre sería el mismo, arrepintiéndose hoy de la locura del día antes y mañana haciendo todo lo posible para convencerse de esa misma locura. Sentía deseos de que el

público encontrara pésimo el drama, que no entendiera y que silbara; pero, ¡qué! el público uruguayo no silbaba siquiera!

Era cortesmente ignorante. Sin embargo, Alberto tenía la esperanza de que la obra no fuera muy aplaudida, de que aquel genio ajeno no tuviera un éxito tan grande que lo aplastara bajo de él. El primer acto parecía confirmarlo en esta esperanza. El público aplaudió poco y solamente al final. Novelli, á quien desgraciadamente había gustado la obra, vino á animarlo, diciéndole que sin duda el público se reservaba para el final, que aquella obra no podía fracasar, y que en último caso la daría en Italia, donde el público estaba más habituado á esa clase de espectáculos. Alberto oía todo aquello muy pálido, mientras el gran trágico, equivocando la causa de su emoción, le golpeaba amistosamente la espalda, diciéndole: *Coraggio!* con un tono completamente familiar.

En el segundo acto el público tuvo la misma actitud. Alberto concibió en-

tonces como la loca esperanza de que la obra fuera mala, una de esas esperanzas imposibles de los momentos fatales, que son más bien el deseo de tener esperanza. Pero no, el mismo Novelli la encontraba grande. El genio de Raúl era una cosa indudable.

Había pasado un rato. De repente empezaron á sonar los aplausos. El público, al entrever el desenlace, se entusiasmaba. Era como esos niños que esperan el fin de un cuento, curiosos únicamente por lo que sucede al protagonista. Y como por lo demás encontraba así, á bulto, que la cosa no andaba mal, que los personajes entraban y salían con cierta lógica y que tenían tanta naturalidad como si estuvieran en su propia casa, empezaba á aplaudir.

Al fin del acto Alberto oyó la ovación, inmensa, ruidosa, llenando el teatro y gritando el nombre del autor. Alberto se sintió sin fuerzas. Comprendió que si salía á la escena, aquel ruido de gloria, el aliento de la sala entusiasmada, lo enloquecería. Y entonces, desesperado, sintiendo bramar su de-

sesperación como una tormenta, huyó del teatro, del ruido, de los aplausos, de aquella gloria maldita que había robado y que se volvía contra él.

El público, entretanto, aplaudía. Quería ver al autor á toda fuerza. Era un poeta, un escritor nacional, una gloria del país, y hasta era patriótico aplaudirlo.

En eso se levantó otra vez el telón, y el mismo Novelli, después de buscar inútilmente á Alberto, se presentó al público diciendo que el autor no estaba en el teatro.

Se bajó el telón, y la gente, desengañada, fastidiada por lo que llamaba una modestia mal entendida, se retiró mientras los últimos aplausos sonaban en el paraíso.

XXII

Mientras el público se retiraba del teatro, haciendo los últimos comentarios sobre la obra con una buena dosis de imbecilidad y de ignorancia, Alberto

caminaba al azar, desesperado y loco, bajo el frío de la noche húmeda.

Se sofocaba, sin embargo, y experimentó placer al sentir que le pinchaba el rostro una lluvia fina que empezaba á caer.

Á la distancia se oía un rumor de carruajes al gran trote que partían del teatro. Uno de ellos parecía venir hacia él, y Alberto se puso á escuchar aquel ruido como idiotizado. De repente el carruaje pasó delante de él. Le pareció ver un rostro que se asomaba á los cristales como reconociéndolo, pero el carruaje desapareció en seguida con un chasquido de látigo que le quedó vibrando en los oídos.

Al fin, cansado de vagar, y empezando á tiritar por la humedad de la noche, Alberto se retiró á su casa. Entró. En medio del silencio de la casa se acordó de su padre que había muerto hacía tiempo de un ataque de apoplejía. Ése no vendría á felicitarlo por su triunfo. Ni Raúl tampoco . . . y soltó una carcajada. De repente, sin saber por qué, sintió miedo entre el silencio

que llenaba la casa. Lo asaltó el temor de volverse loco, la idea espantosa de que tal vez ya lo estaba, mientras pensaba en las monomanías de grandeza de los que han perdido la razón. Entonces sintió un sudor tibio que lo inundaba todo, un sudor incómodo que le pegaba la ropa. En seguida pensó que no, que no podía estar loco, que aquellas mismas reflexiones le probaban lo contrario. Pero, ¿acaso no reflexionaban también los que no tenían juicio? Y se palpaba con una especie de deseo de tocarse por dentro para saber si la razón estaba en su lugar, mientras latándole las sienes, ardiendo de fiebre, pensaba en la muerte como en una cosa fría, sujeto de los cabellos por aquel miedo de la locura!

XXIII

Al día siguiente Alberto despertó más calmado. Se vistió y salió á tomar el aire de la mañana, recordando como una pesadilla todo lo de la noche anterior.

¡Qué noche, Dios mío! El que por la misma causa había sufrido tanto, nunca se imaginó una desesperación tan grande. Ahora estaba más tranquilo, aunque le dolía la cabeza. El sol, el aire fresco, lo alegraban, le hacían bien. Y ahora, caminando por las calles en que se sentían ruidos de carros, de trenes, del trabajo eterno que despertaba otra vez, hacía proyectos de vida tranquila, sin ambiciones ni remordimientos, contento de verse sano, respirando el aire puro de las primeras horas. Se dirigió hacia el mar y se puso á aspirar fuerte el aroma salino de las aguas, sacándose el sombrero ante las aguas que saltaban con una especie de alegría juguetona bajo el hermoso cielo, para que lo refrescara bien aquel aire y entrara un poco de aquella salud del mar y del sol en su cabeza loca!

Al volver á su casa á almorzar, Alberto se encontró con varios amigos que habían acudido á felicitarlo, á abrazarlo, á preguntarle por qué no se había presentado á recibir las aclamaciones del público.

Alberto, vuelto de repente á la atmósfera de su viejo mal, se olvidó de los proyectos de por la mañana, — cosa que en él no tenía nada de particular. — Sintió un dolor agudo. El dolor de la noche antes, de que se había olvidado al despertar de su fiebre, con el placer que le causaba el descanso de sus nervios después de aquella maldita noche del estreno. Había sido una mejoría pasajera, la misma que experimentan los enfermos del cuerpo en algunos altos de su mal. Pero ahora sus amigos lo sacudían, lo arrancaban de la postura en que había encontrado un poco de alivio, y lanzaba de nuevo un grito de angustia.

Enrique Herrera, uno de sus admiradores más entusiastas, le llevaba los diarios de la mañana. Todos hablaban de la obra. Se la comentaba, se la discutía, se la elogiaba, en un barullo infernal de teorías, de citas, de grandes nombres sacados á luz, de frases, de adjetivos; una fiebre literaria que decía de todo: grandes metáforas y grandes imbecilidades, sobre la hoja de los pe-

riódicos que ese día habían salido mejor impresos, como si los críticos y los aficionados quisieran hacer brillar sus frases en tinta bien negra.

Alberto explicó á sus amigos que no se había presentado porque estaba enfermo.

— ¡Cómo enfermo! — dijo uno de ellos, — si te hemos venido á buscar inútilmente á tu casa antes de la representación y no estabas. Parece que habías desaparecido, absorbido por el misterio, lo mismo que unos cuantos días antes en que te hemos buscado por todas partes con el mismo resultado... Desde la vez que te encontramos por la calle y nos dijiste que ibas á dar el drama al público, no te vemos...

— He andado vagando — contestó Alberto. — Me hallaba mal del espíritu... ¡qué sé yo!

Los amigos lo miraban asombrado. No se concebía que un hombre recibiese la gloria de aquel modo. ¡No la merecía!

— Pero, ¿por qué no te presentaste cuando el público te llamaba? — insistió

Herrera. — ¡No estabas tampoco en el teatro?

— No, — dijo secamente Alberto.

Y como todos se miraban más asombrados que nunca, á pesar de conocer el carácter bastante loco de Alberto:

— Lo que hay — dijo — es que el drama me ha disgustado completamente. Estoy desengañado de mi talento. Me diréis que se aplaude; pero á mí no me importa nada de los aplausos del público. No los tengo en cuenta sino accesoriamente, después de mi satisfacción personal.

Todos tuvieron un movimiento de sorpresa.

— ¡Pero si el drama es espléndido! — dijeron á una.

— Les parecerá á ustedes — contestó Alberto. — ¡Á mí me parece una macana!

Y en seguida, con una risa irónica, empezó á hablar mal de la obra, á ridiculizar los personajes, las escenas, agrandando los defectos insignificantes hasta hacerlos más grandes que la obra. Según él, la obra se derrumbaba si hu-

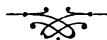
biera una buena crítica que supiera encontrar los puntos débiles.

Los amigos de Alberto, acostumbrados á sus malos momentos, lo oían con resignación, sonriendo ante sus sofismas, ante la elocuencia con que se esforzaba en deshacer su propia obra. — ¡Bah! — continuaba, — el público, el público es un imbécil. Es tan imbécil como los críticos. Y se esforzaba en hacer convenir á sus amigos en su opinión, sobre la falsedad de éste ó aquel rasgo que ellos encontraban perfecto. Y se entusiasmaba, hablaba bien, se esmeraba en la elección de los términos con que quería matar entre ellos aquel trabajo á que había entregado días antes todas sus fuerzas. Era como un triunfo, como una satisfacción que daba á su amor propio, destruyendo aquel drama que no era suyo, encontrándolo malo, él solo, á pesar de la admiración de los artistas que lo habían representado, de la crítica, de la prensa, de la ovación del teatro que duraba todavía, alzándolo á las nubes en una tempestad de bravos.

Concluyó diciendo que haría un artículo firmado con seudónimo, para aplastar él mismo la obra, para enseñar á la gente lo que era crítica.

.....

R. DE LAS CARRERAS.



Víctor Pérez Petit



Víctor Pérez Petit

Creo que nació en 1870; es abogado, y en literatura naturalista decidido.

Si hubiera vivido en los tiempos de Moratín, habría sido tomado como un nuevo ejemplo de la variedad de los Hermógenes y Ermeguncios; pero en la época actual es un crítico que desea parecerse al español Leopoldo Alas, de la primera manera, aquella más desenfadada y agresiva que culta y aguda.

Algo se parece Pérez Petit á *Clarín* en el físico y en que al escribir cuentos y conatos de novela, ha resultado imitador y ha vindicado á casi todos sus criticados.

Sus autores favoritos son, aparte del citado Alas, que es su dios mayor, Zola

y Cátulo Mendes. Á ambos ha imitado en sus cuentos, prefiriendo al primero para el estilo de sus cuadros de asuntos rurales.

Por lo demás, el estilo de Pérez Petit, sobre todo en la crítica, es desmañado, menguado, como diría Cervantes; sin animación, y no pocas veces chabacano.

Su capital literario, fuera de los artículos de crítica (que podrían formar un regular volumen, pues es autor fecundísimo y laborioso), lo constituyen numerosos cuentos, en los que trata indistintamente asuntos urbanos y rurales; un boceto de novela médico-social (modelo López Bago), titulado *Gil*; y dos obras escénicas dadas al teatro gauchesco, con los títulos de *Cobarde* y *Las tribulaciones de un criollo*.

Éstas, sobre todo, han probado cuánta diferencia hay entre la teoría y la práctica, entre la crítica y la producción literaria.



Día de lluvia

En la cocina, para *matear*, se habían reunido los peones de la estancia; y en caprichoso desorden diseminados, veíase á unos fumar un *negro* recostados contra la pared de terrones, mientras otros, sentados sobre un largo tronco de sauce ó en bancos rústicos y bajitos, charlaban perezosamente del *apero* de fulano ó del porrazo que se había dado la china de zutano.

La tal cocina — un galpón bajito de paredes de terrones y techo de paja brava — hallábase separada de *las casas* por unos quince pasos.

Tenía una sola puerta que miraba hacia el pozo del patio, y una ventanilla desde la que se veía un corral,

y más lejos aún, allá abajo, el potrero.

Por las dos mencionadas aberturas escapábase una columna de humo que, al desembocar en el aire puro y abierto, se retorció furiosamente en volutas gigantescas, desvaneciéndose poco á poco entre el verdor del ombú que se alzaba á la izquierda de la cocina.

En el fogón la llama hacía cantar el agua de la *pava*, y disolvía por toda la pieza un humo espeso y ceniciento, que escarabajeaba en las narices, atajaba la respiración y hacía lagrimear á los peones. Uno de ellos, el chino Cosme, que renegaba contra la madera que hacía semejante humo, fué interrumpido de pronto por Joaquina.

—¡No sía lerdo, pues! Si le fastidia el humo alléguese aquí cerquita al fuego, que no lo sentirá tanto.

El otro pareció no querer aceptar el consejo y se quedó sobre su recado, sacándole punta con su cuchillo á una vara de membrillo que tenía.

Entretanto, afuera, la lluvia caía pesadamente y sin parar. Era una lluvia

continua, monótona, abrumadora, que caía desde las cuatro de la mañana, y que ahora — las tres de la tarde — seguía cayendo lo mismo que al principio.

Había en el espacio una semiclaridad tan sólo, y distinguíanse los objetos al través de aquel interminable llover, como se distinguen al través de una nube de polvo. El cielo, la tierra, todo parecía revestirse de un color ceniciento bajo aquella agua, que venía del cielo en finísimos hilos apretados y continuos.

Las nubes, de un color pardo sucio, se arremolinaban en lo alto, cerrando todo el horizonte sin dejar entrever un pedazo de cielo. Abajo, en la tierra, todo parecía abrumado por el agua. Veíanse los árboles como muñecos escuetos, caídas las ramas, sin color las hojas, chorreando agua como paraguas; el maíz que crecía allá detrás de aquel alambrado, parecía como que lo hubiesen desflocado, de tal modo caían sus lanceoladas hojas y la barba de sus penachos; y en el camino formaba el agua arroyo, dando colores, ora claros, ora oscuros, á la tierra del piso.

Desde la cocina oíase el continuo gotear del agua sobre las baldosas del patio, ese ruido seco, quejumbroso, sin interrupción, que se encaja en el cerebro por el oído y empieza á formar una cantinela adormecedora.

Por intervalos más largos, oíanse también unos golpes más fuertes y graves sobre el suelo: eran las gruesas gotas del techo, que reunidas en el canalón, venían á caer cerca de la puerta.

—Ché, Joaquina—saltó uno de los peones que acababa de prender el *pucho* en un tizón,—alcanzá uno de esos matecitos.

—¡Diande, mijo! Si allá adentro está una comparsa, y entoavía se quejan de que voy dispasio... Usté ay tiene el mate de los otros, si quiere.

—Es que aquí también va dispasio la cosa. ¡Son muchos los terneros!

La sirvienta ya se había ido; en la cocina los peones quedaban charlando y tomando mate. Estaban ellos muy descontentos del patrón, don Francisco, que los hacía trabajar como animales y casi no les pagaba más que

con rezongos y gritos. Ahora ellos, cansados, corridos por la lluvia, habían largado el trabajo y se habían venido al calorcito del fogón. Si al patrón no le gustaba, que se *amolase*. Ellos no eran bestias, y á la postre ya estaban fastidiados de parecerlo. Si venía don Francisco y quería roncar, ya le dirían ellos cuántas son cinco.

Hablaban acaloradamente, excitándose ellos mismos con el metal de su propia voz, medio ahogados é invisibles entre aquella humareda. Por lo demás era fácil que el patrón no viniera, porque el día antes le habían llegado unos *puebleros* amigos y allá se estaban de gran chacota, tomando mate y tortas fritas. Pero que viniera si quería; es lo que ellos deseaban: así le cantarían las verdades.

Afuera el agua continuaba cayendo, pesada, quejumbrosa, monótona, envolviendo el espacio en una neblina cenicienta y anegando la tierra bajo de ella...

Era don Francisco un hombre de unos cuarenta y cuatro años, alto, fornido; de cabeza redonda y llena de pelos grises, con unos ojillos negros y profundos, cuya mirada era imposible de sostener.

Había sido, allá en sus buenos años, soldado, y esa vida le daba un temple especial para soportar todos los dolores y sufrimientos. Diríase que era insensible á cualquiera sensación, pues lo mismo se daba un tajo horroroso para sacarse una espinilla que se hubiera clavado en una pierna, como se tragaba medio costillar de vaca, íntegro, sin demostrar cuidado. Cuando perdió su única hija, muy difícil les hubiera sido á los que le rodeaban, advertir en sus ojillos negros una lágrima de dolor.

Este hombre de roca llevaba todo á baqueta, manejando sus peones con medias palabras y gruñidos guturales. Habíaseles impuesto desde un principio; y ellos le obedecían pacientemente, sin atreverse á alzar la cabeza para replicarle. Tal era el carácter de don

Francisco, que había llegado á dominar á aquellos hombres rudos y bravos.

Pero de algún tiempo á esta parte, parecía que germinaba entre la gente del estanciero, sorda revolución contra el poder del amo. El que había prendido la mecha y la activaba era un mulato, José María; hombrecillo de veinte y ocho años, bajo, delgado; de horrible y repugnante aspecto, con una boca y unos ojos desconfiados que descubrían sus salvajes instintos. El tal José María había venido á la estancia para la esquila, y luego con fingida humildad y alegando no tener con qué vivir, se había quedado al servicio de don Francisco. Decíase de él que ya tenía sobre la conciencia dos muertes, pero no se le hubiera podido acusar formalmente.

En el tiempo que hacía estaba en la estancia, no había hecho otra cosa que armar pendencias, sembrar zizaña entre los peones é impulsarlos á rebelarse contra el amo que le había recogido á él de la miseria.

de su
título,
dure des-
taño del
que se
ta. Hi-
bano y
Fran-
pie, sin

— le

erse ca-
hizo va-

los cara-

ajas tú,
upió con
al lado
que tenía

responder,
sintió una
Pero
iba, según
un salto

Y ahora era él el que, en la cocina, llevaba la batuta contra don Francisco, excitando el ánimo de los otros peones. Hablaba del trabajo que tenían que hacer y que, según él, era triple de lo que se hacía en otros campos; decíales que eran unos cobardes en dejarse insultar y retar por aquel gringo insolente, y que si ellos no se animaban, él, él solo, tan pronto se presentara la ocasión, se la iba á decir la verdad enterita. Los otros peones, aunque menos belicosos, asentían á todo lo que les decía el mulato y aprobaban con miradas ó medias palabras todas las del otro. Y así, estaban decididos. ¡Que viniera ahora don Francisco á mandarlos al trabajo: ya vería él!

En aquel momento, en el marco de la puerta y bajo la pujante lluvia, se destacó la sombra de un hombre. Los peones no le distinguieron, vueltos como estaban hacia el fogón que quedaba enfrente de dicha puerta; sólo uno que dibujaba con un palito en la tierra del suelo caballos y muñecos, percibió la tormenta.

El mulato estaba en lo mejor de su arenga; los otros seguían oyéndolo.

Pero algo extraño, como hombre desconfiado, debió aspirar en medio del humo que llenaba la cocina, porque se volvió con recelo hacia la puerta. Hicieron los demás peones lo mismo y descubrieron las formas de don Francisco. El mulato se puso de pie, sin hablar una sola palabra.

—Seguí, no más; á ver, seguí — le dijo la voz ronca del patrón.

Entonces la vergüenza de verse callado delante de los otros le hizo valiente:

—Sí, señor; Vd. nos saca los caracuces trabajando y...

—¿Y qué es lo que trabajas tú, mulato guacho? — le interrumpió con ira don Francisco, poniéndosele al lado y jugando con un rebenque que tenía en la mano derecha.

El otro tragó saliva, y sin responder, traidoramente, le tiró al patrón una cuchillada por el bajo vientre. Pero éste sabía con qué bueyes araba, según una frasecita suya; dió, pues, un salto

hacia un lado y esquivó la puñalada. Entonces voleó el rebenque y le dió un porrazo en la cabeza á José María.

Medio se tambaleó bajo el rudo golpe el chino, pero creyó madrugarse á don Francisco, que estaba contra la pared, y le tiró otra puñalada. Pero volvió éste á esquivar el arma y repitió con más fuerza el macanazo sobre las motas del rebelde.

Sintió éste que una nube de sangre le nublaba la vista y que algo extraño le zumbaba en los oídos y la cabeza. Vaciló, como si fuera á caer, y se agarró de una viga que bajaba del techo.

—Tomá, bandido —repetía don Francisco, muy dilatadas las fosas nasales y brillantes sus ojillos profundos. —¡Yo te voy á enseñar, negro pícaro! ¡Aura mismo afuera! Ensillá y que no te vea ni la sombra, porque la vez que te tope te cuereo... Andá, andá no más...

Salió el otro acobardado, todo chiquito, medio atontado con los golpes recibidos.

—Y el que quiera seguirlo —prosi-

guió el - amo, volviéndose á los otros peones —que ensille... ¡Á ver?

Y como ninguno replicara:

—¡Á trabajar entonces, sotretas! — dijo—que no me han de robar el pan, sino ganarle. Á ver cómo me *repuntan* aquel ganado que anda por allá... ¡Alé, á trabajar prontito!...

Y salieron uno por uno, la cabeza baja, abandonando aquella cocina calentita y seca, para irse á chapotear allá por el barro y el pasto empapado, bajo aquella lluvia pesada, monótona, implacable, que caía sin cesar, anegándolo todo y llenando el espacio y el cielo con su color de un ceniciento triste y brumoso.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.



Roberto Wilson



Roberto Wilson

Es un inglés nacido en el Uruguay. Viéndolo no se duda un instante de su origen; leyendo sus escritos y ahondando en sus ideas, en sus tendencias y en su estilo, se le encuentra también la filiación inglesa, pero algo variada por influencia francesa.

No es de los más jóvenes de la generación actual, pero es nuevo en la literatura. Se estrenó con algunos artículos sobre nuestros *Snobs*, que revelaban al buen lector de Thackeray; y luego ha publicado sucesivamente bocetos de novela y fragmentos, todos sobresalientes por lo que Bourget llamaría aguzado sentido social, y que posee Wilson en alto grado.

Thackeray y Dickens han sido probablemente los autores que más han influido en sus ideas y en su estilo; pero en sus escritos van apareciendo las dotes propias, y se va notando la emancipación de la sugestión de los maestros, en que no limita el estudio de sus personajes al conjunto de vicios ó virtudes.

Pocos de nuestros autores ven, como Wilson, natural y precisamente la realidad, pero le falta cuidado en el estilo, que suele ser incoherente, y en el lenguaje viciado por neologismos y galicismos inútiles.

Wilson, que es agrimensor de profesión, se ha incorporado recientemente al periodismo; y prepara ahora una novela, cuyo tema y personajes son muy montevidéanos y de la clase media los más característicos.



Verano...

1882

G. T. M.

Con la clara noche de luna habían salido las visitas que se encontraban en la quinta á tomar el aire fresco al jardín. Sentados en bancos rústicos y en sillas traídas de la casa, la sociedad se encontraba bastante cerca para verse todos y bastante lejos para poder conversar sin ser oídos unos de otros. El rico comerciante, vecino de allí, se había venido en pantalones de brin y sombrero de paja, *senz'etiquetta* — como él decía — y le daba un solo al dueño de casa, á propósito de la plantación

de viñas que había empezado; lo que hacía decir al flamante abogado que hablaba con la señora: «¡Dios mío, qué *solos*... se quedan los muertos!»

• Dos señoras de cuarenta... cumplidos, hablaban de sirvientes, en grupo aparte; los chiquitines, acostados en el pasto, contaban las estrellas, y él y ella, un poco retirados, sentados en dos sillones de paja, hablaban—¿de qué?— ¡quién sabe!

Tenían una de esas conversaciones en que las palabras juegan el papel menos importante; un sujeto banal servía de tema, y mientras la voz modulaba una frase tonta, la mirada expresaba un poema. Hablaban lentamente, con largos intervalos de silencio, en que se miraban, hasta que ella bajaba los ojos y volvía á alzarlos otra vez para hacer una observación cualquiera.

—¿Va mucha gente á la playa?

—No—decía él;—como los porteños van á los Pocitos, llevan toda la gente allá...

Ella tenía en la mano un jazmín; se lo pidió él, y al recibirlo retuvo la mano

de ella un momento entre las suyas:— veinte segundos tal vez... *ce fut tout, mais ce fut assex!*

Bajó ella los ojos;—él tuvo muchas ideas en ese instante, y como el mudó que en el momento de peligro recobra la voz, encontró la palabra que sintetizase sus pensamientos.—¡Mía!—murmuró con extraño acento. Ella no contestó, y con suavísima presión respondió al nervioso apretón de él.

Uno de los chiquitines se acercó á preguntarle á él cuántas estrellas había. Ella, ya con la mano en el pecho, contestóle riendo:—¡son cincuenta!—El chiquitín, contento cuando le explicaron el viejo *calembour*, se reía, y pronto le hicieron coro los otros que se habían acercado.—Empezaron las interminables preguntas de los muchachos, y no pudieron hablar más. Al rato el abogado dijo que era la hora del tren, y se despidió apurado; los vecinos dijeron que ya era hora... que en el campo hay que madrugar.

Recogió la señora los chiquitines como una gallina á la dispersa pollada, y

entraron un momento á la sala. Al cabo de poco despedíase él, saludándola á ella la última, para guardar la impresión de su fina mano por más tiempo.

Pisando la enarenada calle del jardín, embriagado con el perfume de la madre-selva y la luz de la luna que daba tonos fantásticos al paisaje, y sobre todo con la semi-declaración de ella al contestar á su apretón de manos, llegó sin darse cuenta á la caballeriza. Lo vió venir el cochero, que ensilló en seguida su caballo.

—¿Ha visto al zainito, niño?... tiene una bastera aquí...

Miró maquinalmente donde el cochero le indicaba, y empezó á despertar. *Sportman*, como lo es todo criollo, le interesaba su caballo, le fastidiaba la matadura.

—Es la silla — dijo; — y lo ensilló por sí mismo.

Montó pesadamente, pensando en otra cosa; sentía cansancio físico, una impresión de frío al sentarse en la silla mojada por el rocío; encontraba raro

el movimiento del tranco del caballo que guardaba en su erizado pelo recuerdos del galope de esa tarde; sonaba en el silencio de la noche el correa de la silla y las herraduras del caballo hacían rechinar el balaste del camino al pisarlo.

El jazmín que se marchitaba en su bolsillo, á ratos le enviaba ráfagas de penetrante olor. Antes de morir, la flor, como el cisne, lanza su postrer lamento en olas de perfumes, que son á la nariz lo que el canto del cisne al oído. El perfume avivaba el recuerdo de su bien amado, y el caballero, á mil leguas de su cabalgadura, tenía bruscos movimientos que el caballo mal entendía, pues aceleraba el paso, creyendo á su intención dedicados los espolazos que inconscientemente le aplicaba el jinete. Obligado á refrenarlo, cambiaba el sujeto de meditación. Llegó al Paso del Molino: en el desierto puente nada quedaba de la bulliciosa gente que pocas horas antes lo animara; las tiendas casi todas cerradas: sólo almacenes y confiterías abiertas donde se concluía

el domingo; después la majestad de las viviendas ricas que bordan la ancha calle, escondidas, aunque muy poco, por la lujosa arboleda.

Pasa un tren que trae las visitas de las quintas. Todas ellas vuelven en ese último tren, y siguen en el viaje la conversación empezada en el jardín. Los trajes claros de las mujeres, sus movimientos de gallinas, sus conversaciones en alta voz para que no las apague el ruido del tren, todo habla del verano.—Pasa el tren, y con él ha pasado una ráfaga de alegría, de movimiento.—Ya no se oye más que el débil ruido de los cascabeles del *cadenero*, el sordo rumor de su rodado en los rieles y el seco trote de los caballos en la dura piedra. Después, silencio en el hermoso camino bordado de quintas, tal vez la blanca *macchietta*, en el fondo oscuro del follaje, de alguna aristocrática quinta que no tiene sueño y poetiza á la luz de la luna. Más lejos, la luz que sale de la pulpería, donde cantan vasos lecheros, probablemente para solaz y entretenimiento de sus pacientes ja-

melgos, que hace tres horas los esperan en la puerta. En otra pulpería, italianos que concluyen el domingo amenizando el *peludo* con el entretenido juego de la murra, como atestiguan los secos golpes de sus puños en la mesa bruñida á codo.

Pasa una victoria descubierta: son dos recién casados conocidos que vuelven á su quinta; él se ensimisma en una nueva *rêverie*, una *rêverie* en coche, *au clair de lune*, y cuando él ya va á besarla (probablemente olvidándose de que en la calle no se hacen esas cosas), su caballo emprende el galope, *trabado y medio hinchando el lomo*. En su hermoso sueño se olvidó otra vez del caballo y le clavó una espuela.

Viene un tren del pueblo: se le antoja que algunos bien vestidos son novios que vuelven de su visita; que una familia que en él viene vuelve de oír la música tomando *chop* (léase chope) en la plaza.—Aquel viejo viene de hacer su partida de dominó en el café que hace veinte años frecuenta. Aquellas señoritas vienen muy aburridas: han estado de comida en los Pocitos.

Pasan dos pesados carros con su farol de empañados vidrios, que llevan verduras al mercado.

Pasa una comparsa de compadritos que marcha al son de guitarra y acordeón: al llegar al Cuartel de Bastarrica los asusta un grito raro de « cen... tinela aler... ta », que tal vez á propósito lanza el milico que hace la guardia.

Sujeta su caballo para dejar pasar los trenes que vienen de los Pocitos... uno, dos, tres.

¡Cuántos trenes!... ¡Todos llenos!... Son trenes más silenciosos, trajes más elegantes, tonos de color más lindos tal vez; pero todos, salvo los amantes, vienen muy aburridos: unos piensan que mañana es lunes y se acabó el domingo; otros guardan la impresión que les ha hecho el paseo, solos en la playa, á la luz de la luna; otros, más afortunados, siguen en el tren la adorable *flirtation* que empezó en un banco de la playa (lejos de mamá); aquellas dos chiquitinas hablan del próximo carnaval. En la banqueta de adelante, al lado del cochero, se habla con entusiasmo del último toro.

Todos cansados; no traen ni una flor, ni una sonrisa: vienen aburridos de estar á oscuras y cansados de estar sentados.

Llega á la caballeriza.—El dueño, en mangas de camisa, está sentado en un banquito bajo, en la puerta.—«Hace mucho calor para dormir», dice el mozo medio dormido; toma las riendas y la propina, que instintivamente mete en el bolsillo.

—Pongalé vaselina fenicada en la matadura,—le dice el dueño.—Y al salir de la caballeriza, pesado el paso, y con la sensación de tener el pantalón pegado á las carnes, vuelve á sentir cansancio al subir la cuesta arriba. Se encuentra en la calle gente que también viene de divertirse: mujeres con ramos inmensos, hombres con guardapolvos, rancos de gritar en los toros; muchachos dormidos, arrastrados por papás gordos que llevan bajo el brazo un parasol y en la otra mano una canasta de peras.—Dos niñas caminan de bracete, adelante, haciéndose confiancias.

Una alegre banda de tenderitos canta en coro un estribillo de zarzuela en boga. Los mozos en la plaza hacen rodar el mostrador y doblan las mesitas, dejando sólo las ocupadas por algún retardado, á quien acechan indicándole con sus rodeos que debe irse... En una calle traviesa, atrás de una nube gris, se ven mover vagas y fantásticas quince ó veinte sombras; el rodar de una carretilla de mano y los cepillos con mango que á veces levantan sobre la nube, hacen ver que son barrenderos.

Llegado á su casa se encierra en su cuarto y saca su tesoro, el jazmín que ella le dió.—Lo besa con fruición, con delirio, evocando la dulce imagen de ella, lo besa hasta casi deshojarlo... Entre los casi marchitos pétalos parece que hay algo escrito... Se acerca á la luz... Sí... con la punta de un alfiler, ¿quién sino ella ha grabado tres letras: *G. T. M.*? — *Je t'aime*... ¡un poema en tres letras!

ROBERTO WILSON.

Carlos M. Maeso



Carlos M. Maeso

No es extraño que sea poco conocido como escritor. Poco lo es también en todos sentidos, pues el público sabe, cuando más, que fué secretario de un Presidente y que ahora es oficial mayor de un Ministerio.

Y esto sucede porque Maeso es algo misántropo, porque publica sus escritos con seudónimo y no se preocupa de la fama.

Y sin embargo, tiene notables condiciones de escritor. Es un satírico con muchas de las facultades de Larra; y sus artículos, á pesar de no llevar firma conocida, han llamado la atención y hecho buscar con curiosidad al autor.

Bien quisiéramos poder presentarlo

tal como es, aparte del talento brillante y del espíritu observador y bien instruído que se advierte en sus escritos, pero poco más que el público sabemos de él.

Podemos agregar solamente que ha sido periodista, que pertenece á la generación de los mayores, y que está renovando sus éxitos como articulista de costumbres, con el seudónimo de *Máximo Torres*, ya conocido por la gente de letras.

Maeso ha publicado dos libros: *Glorias Uruguayas*, episodios de nuestra historia; y *El Oriental*, colección de lecturas patrióticas propias para las escuelas.



El compositor de décimas

(Episodio de los Treinta y Tres)

.....
El gran campeón de nuestras luchas homéricas había ido á buscar un asilo en la tierra Paraguaya. Sobre los campos Orientales no corrían ya los centauros de Artigas, aquellos soldados de acero, que por una década habían vivido entre el estrépito de las cargas formidables, siguiendo al guerrero indómito con profunda fe, como si fuera el alma grande de la patria.

Por una aberración del destino, á Ramírez, otro de los representantes de las autoridades provinciales y su antiguo compañero de armas, le había to-

cado la suerte de vencerlo, impidiendo así la realización de su obra y dejando el Estado á merced del extranjero, ansioso de incorporarlo á su corona.

Ya no existían Orientales, sino los vasallos de la Provincia Cisplatina. Los Imperiales dominaban desde Montevideo hasta el Cuareim y desde el Plata hasta el Uruguay, y en la soledad de la campaña la guitarra sólo tenía los acentos tristes del cautivo, y llorando los días perdidos en que eran suyos el aire que respiraba y el suelo en que asentaba su planta. No llegaban ya á los ranchos aquellos gauchos caballerescos de vincha ceñida sujetando la melena, bota de potro y chiripá, de ancha y límpida mirada de apóstol, acostumbrados á contestar los disparos de cañón con sus boleadoras y que morían balbuceando el nombre de Artigas: ahora llegaban hombres que hablaban en idioma extraño, que lucían casacas bordadas, deslumbrando con el brillo de sus dorados y que se expresaban con esos acentos hirientes del vencedor, que despiertan en el alma los roncos rugidos del odio.

La América era libre: todos tenían su pabellón, todos entonaban ese himno triunfal que se alza ante el altar de la patria redimida cuando ha sonado la hora de envainar la espada y dar gracias á Dios por sus inmensas mercedes! Sólo los Orientales, á la sombra de sus montes, en las altas cuchillas, al borde de sus ríos, plantaban sus tiendas de peregrinos en el propio suelo, y abandonando la lanza rota, esperaban fiera la mirada y henchido el pecho de esperanzas, la luz que debía surgir del patriotismo altivo, oprimido pero jamás extinguido, disipando las tinieblas de la dominación extranjera.

* * *

Lavalleja debía legar su nombre á la gratitud nacional, recogiendo la espada de Artigas.

La raza de héroes no había concluído bajo la bota del triunfador. Mientras en Montevideo los elegantes cortesanos disfrutaban plácidamente la vida ancha

del placer, la idea de la independencia germinaba por todo el ámbito del territorio y oreaba las frentes de los espíritus altivos con la frescura de las gratas sensaciones. La oración sagrada del patriotismo agitaba los labios y se buscaba instintivamente la empuñadura de los sables que debían brillar en los futuros campos de batalla al grito de PATRIA Ó MUERTE.

De una cancha de pelota surgió la gran revolución francesa; en una casa de comercio de Buenos Aires nació la legendaria empresa de los Treinta y Tres.

Era don José Antonio Villanueva un patriota exaltado, y allí, en su almacén, se reunían los emigrados orientales, en esas horas melancólicas en que no hay colores en el alma, sino las sombras que amontona la tristeza. Vefían que cada día consolidaba más y más su poderío el conquistador, y desfallecían pensando que estaban condenados á ser los únicos en tierra americana que no pudieran exclamar ante el mundo: ¡somos libres!

Un día se congregaron en aquel asilo

de confraternidad el General Lavalleja, Pablo Zufriategui, Manuel Oribe, Luis Ceferino de la Torre, Manuel Lavalleja, Manuel Meléndez y Simón del Pino. De pronto entre la plática amable saltó el grandioso pensamiento. Había llegado el instante supremo de la redención. Puestos de acuerdo, no había ya que retroceder.

Todo faltaba, pero todo debía adquirirse: armas, dinero y hombres. La patria lo exigía, y aquella legión de bravos podía sucumbir pero no defraudar su santa misión.

Pueblo y gobierno porteños les ayudaban: bien pronto se reunieron sumas considerables de dinero, se compraron armas, y la invitación á la cruzada libertadora encontró el eco simpático que merecía.

Treinta y dos valientes, llevando á su frente al General Lavalleja, partieron en dos embarcaciones, y después de varios días de permanencia en las islas, ocultos á la vigilancia de los cruceros Imperiales, sufriendo privaciones que acrecentaban su patriotismo, el 18 de Abril

de 1825, á media noche, respondiendo á la señal convenida hecha por los hermanos Ruiz, se dirigieron á la costa oriental, la tierra de promisión de sus nobles aspiraciones.

Hubo un momento de angustia: había que pasar entre dos buques enemigos sin ser sentidos; aquellos bravos avanzaron conteniendo la respiración, deslizándose como sombras. Dios velaba por la suerte de la libertad, y antes de la madrugada del 19 los Treinta y Tres besaban emocionados el suelo que bien pronto había de retumbar bajo los cascos de los escuadrones de Sarandí.

Esa noche, un grupo de oficiales rodeando un fogón, se entregaba á las expansiones propias del momento. Se hablaba con entusiasmo de la obra emprendida, se cruzaban las palabras de esperanza y se ansiaba el instante del combate en que iban á reaparecer las huestes espartanas de Artigas haciendo flamear la bandera tricolor. Eran felices porque podían ofrecer sus vidas en aras de la independencia, y la alegría les retozaba en el cuerpo.

En medio de la conversación, uno dijo que el cadete Spíkermann conocía unas décimas en que se maltrataba al General Lavalleja, y éste le pidió que las cantara. Era cosa de divertirse un poco: ¡ya les llegaría el momento de replicar décimas con la punta del sable!

Spíkermann se rehusó; su respeto al Jefe de los Treinta y Tres le impedía cantar en su presencia aquellos desahogos de los dominadores; pero tanto insistió Lavalleja, que al fin la cantó.

—*¿Cómo se llama el autor de esos versos?* —interrogó, una vez concluído el canto, que había sido escuchado con vivísimo interés.

—*Es un español llamado Valverde, teniente del Regimiento de Dragones de la Provincia,* —le respondieron.

—*Bueno,* —exclamó el General,—*ese oficial va á ser el primer prisionero que tomemos.*

Dos días después, la pequeña legión llegó cerca del pueblo de San Salvador, donde se tenía noticia encontrábase un destacamento enemigo fuerte de 80 hombres. Su oficialidad dormía después

de una noche de baile; y hubiera sido sorprendida si un oficial, llamado el *Tonelero*, al divisar á los Treinta y Tres, no se adelanta á reconocerlos, y distinguiendo la bandera tricolor, da el grito de alarma.

Apercibidos al combate, Lavalleja intentó conseguir se plegaran al movimiento libertador; pero no logrando su propósito, mandó cargar.

Después de un pequeño encuentro, los enemigos fueron derrotados, cayendo prisionero un oficial.

— *¿Cómo se llama Vd.?* — se le preguntó.

— *Soy el teniente Valverde,* — respondió.

¡Era el mismo compositor de décimas que Lavalleja había pronosticado sería el primer oficial prisionero!

CARLOS M. MAESO.



Gonzalo Ramírez Chain



Gonzalo Ramírez Chain

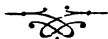
Nacido en 1870, cursó con brillo el bachillerato en ésta su ciudad natal, y actualmente se halla en Buenos Aires concluyendo los estudios de derecho.

Colaborando en algunos diarios de la capital argentina, ha probado condiciones distinguidas de escritor.

En el cuento titulado *En el desierto*, se pueden apreciar bien tales condiciones. Ese episodio de la vida de las poblaciones argentinas que han ido ganando á la indiada salvaje el dominio de las inmensas Pampas, está sentido con simpatía y narrado en estilo elegante y ameno; tiene la melancolía característica de la literatura rusa, cierta tristeza vaga que tiñe el ambiente de

un idealismo conmovedor, y revela bien los sentimientos de las almas simples y desgraciadas.

Quien ha escrito esas páginas tiene espíritu de escritor.



En el desierto

Mi cuento es todo verídico, y, además, lo parece; por otra parte, no es el único trágico y extraño que el desierto nos deja sorprender, entre los muchos que guarda para siempre, avaro de sus misterios.... Hoy lo refieren aún verdaderos testigos que han conocido á sus héroes en su pequeña hechura humana y visto á todas las partes del cuadro naturalmente armonizadas en los vulgares conjuntos de la vida real; pero, cuando pasen los años y el olvido haya vuelto á descomponerlos, será necesario artificialmente reconstruirlos, y entonces la enormidad de las partes producirá la enormidad del conjunto, y

todos esos cuentos serán otras tantas leyendas gigantescas y heroicas.

Noche única al fin de ventura y de paz fué aquella de Marzo en la apartada aldea que olvidaba así su largo calvario de angustias y zozobras, el azote de codicia y crueldad de las tribus cercanas, el papel que se había impuesto de víctima expiatoria de la civilización que fermentaba ya á sus espaldas, pero muy lejos. Y este enajenamiento no tenía otra causa que humilde fiesta nupcial, aunque culminante para la estrecha sociedad de aquel pueblo, en que la ruda suerte común había abortado cuantos gérmenes de viles rencores y bajas envidias devoran esas limitadas agrupaciones y unido á todos sus miembros en la fraternidad del peligro, la fraternidad del soldado hasta el último instante.

Así, cuando los novios salieron unidos de la humilde capilla y avanzaron radiantes de dicha por el amplio ca-

mino polvoriento, para trasponer no sin una larga jornada el umbral de la casita nueva que iban á estrenar con sus ternuras, nadie pensaba en una sola de sus tantas miserias, ni en la pasada angustia, ni en la amenaza pendiente; los hombres se dejaban llevar desprevenidos entre el compacto cortejo sin armas, distraída su atención en nimios detalles, sin acordarse de su puesto allí de centinelas perdidas; lo mismo las mujeres, risueñas, vivaces, presas siempre de la curiosidad del momento, diciendo todo muy fuerte como las aves de la mañana, prendidas hoy en sus mejores galas, y esclavas muy pronto quizá, de la bestia errante, ó abandonándose doncellas á la insaciable voracidad del *Minotauro*.

Adentro la música aturdía más aún este dulce olvido; el rasgueo de las guitarras se elevó melancólicamente en el silencio de la noche rumorosa, prelu-diando una de esas sencillas danzas de campo, y las parejas comenzaron á girar vertiginosas, mudas primero, murmurando apenas sus tiernas palabras

después; más allá Pedro y María estaban sentados el uno junto al otro: ella muy ajustada en su blanco vestido de vaporosos tules; él, rígido y serio con su oscuro traje nuevo, muy planchado, reteniendo ambos á los menos jóvenes de la reunión que les hacían rueda con cariñosa cortesanía.

Rápidas volaron aquellas horas que traían en pos de sí tan grande desastre. Próximo al alba, un extraño ruido llegó hasta las casas, llevado por la brisa á las ventanas entreabiertas; primero golpeó sólo en la tierra, que se estremeció sordamente; hendió luego los aires con acento de voz semi humana, y en mil bultos informes siempre avanzando entre las densas nubes de polvo, una mancha negra en la última sombra de la noche. Era el malón, la avidez incurable de oro y de carne: unos penetraban hasta la sala despavorida llevando la destrucción y la muerte, mientras otros acumulaban hasta las últimas

prendas para el saqueo, y los más se embriagaban en las tiendas para reemplazar luego con furia más insana á los que caían ó se fatigaban, hasta que no quedó un solo objeto intacto bajo aquel techo ni suspiraron un apagado estertor aquellos mártires.

Á pesar de la confusión y el espanto que sucedía á tanta confianza, y de la ferocidad del asalto multiplicada ante ocasión tan propicia en su naciente hogar, Pedro defendió largo rato su viejo patrimonio y más aún su nuevo tesoro, pero cubierto al fin de sangre, diez veces traspasado, en el sopor agónico en que lo dejaron por muerto, distinguió apenas á la novia, desvanecida también, aunque ilesa, más pálida que el color de su traje, arrebatada por un cacique sobre su caballo y perdiéndose en el torbellino indescriptible de tropas alzadas y carros de botín.

Demasiado cruel, la muerte no hace á menudo su presa en los grandes infortunios, y así la vida de aquel desgraciado no se escapó por sus heridas, ni terminó esa noche su mísera existencia. Solícitamente atendido por un vecino, que de allí á tres leguas vino á recogerlo con más deseos de templar su agudo sufrimiento físico que de restituirle curado á su irremediable desventura, la juventud y el vigor triunfaron por fin en la ruda prueba, y antes de tres meses volvió á vérselo cruzar por los campos y el pueblo, que á su vez comenzaban á reanimarse con nuevos bríos, entre sus propias ruinas.

En cambio la locura, más compasiva, tiende muchas veces un velo piadoso sobre la mente enferma de los tristes y de los débiles, y hubo de verse que esta cabeza se había profundamente alterado, aunque en forma suave y tranquila, negándose con terquedad á todo alimento, hasta que tras de muchos días el hambre implacable lo redujera, mortificándose en interminables excur-

siones sin tregua y sin descanso, camino del desierto que se había llevado sus bienes perdidos. Y cuando volvía extenuado sin expresarse nunca en una palabra ni una queja, conservaba siempre aquella misma bondadosa dulzura que antes le hacía el centro de tantos afectos. Más insano parecía seguramente en la amarga realidad de sus escasos momentos lúcidos.

En cambio, su fiera energía, indomable en el combate y en el trabajo, se perdió para siempre; consumidos los últimos restos de su prosperidad pasada, siguió viviendo de los escasos socorros que la compasión de todos le alcanzaba. Luego la embriaguez acabó de demoralizarlo, pero sin hacerlo tampoco odioso ni incómodo, porque, al contrario, la bebida borraba ó confundía sus peores recuerdos, pareciendo volverlo á otros tiempos de despreocupación y de holgura, y se le veía llegar de casa en casa, prodigando amorosas trovas de su guitarra y retirarse luego á sus ruinas, balanceándose por los campos como un débil barco que el viento azota, para

caer, al fin, dormido, insensible, hasta el penoso despertar del día siguiente.

Vino después la primera paz con los indios, harto ventajosa para éstos y harto deprimente para el cristiano, convertido así en su tributario. Abandonaron aquéllos sus sangrientas correrías y se acercaron periódicamente hasta las fronteras pobladas, para llevarse en paz sus ofrendas y ayudas, que eran artículos de consumo: yerba, tabaco, aguardiente, azúcar, caballos, telas de vestir. Era su fiesta y su triunfo: llegaban en inmensas bandas inquietas y chillonas, abigarradas y multicolores, campamentos en marcha que cubrían un ancho espacio en el horizonte, trayendo todos los accesorios de su rara existencia y á veces hasta sus múltiples familias de mujeres é hijos.

Pedro asistía siempre taciturno y sombrío á este desfile vergonzoso de sus verdugos impunes. Recorría tenaz aquellas muchedumbres, encarándose una á

una sus toscas esculturas de bronce dispersas sin orden por los campos, y despertando sus nativas desconfianzas; pero después de algún tiempo quedó entendido por todos que eso no era sino un pasatiempo inocente ó una nueva manía inofensiva de las que alteraban su carácter desde su extraña viudez.

Una tarde, sin embargo, pareció ponerse más pesado y peligroso: persiguió todo el día á un viejo cacique, á quien acusaba de ser su victimario, cubriéndolo de gruesas injurias y atacándolo luego á mano armada, hasta que ya levemente herido, á duras penas fué posible arrancarlo á su furor. Pero cuando la turba hubo concluído su carga, volvió de nuevo el insano con sus exigencias, creyendo reconocer también á Marta entre la chusma de mujeres y niños que acampaba á un costado, un poco más lejos. Lloroso y amenazador alternativamente, suplicaba unas veces y otras exigía que no se la dejase partir; la acariciaba con ternura y concluía por golpearla con enojo, mientras

ella quedaba muda, imperturbable como una idiota, destruídos por la vida bárbara, el color, la delicadeza, la inteligencia, en la noble faz de su raza.

Un conflicto parecía inminente, y fué entonces necesario apelar á la fuerza militar y producir ante ella un verdadero juicio. Interrogado el cacique, comenzó por negar, y luego, como todos los de su raza, se desbordó en groseras mentiras y se contradijo; por fin, cansado y enfurecido, lo confesó todo simplemente: el asalto en la lejana noche de Marzo, el rapto de la novia, sus ardientes desposorios en la salvaje despreocupación de sus costumbres impuras, los pequeños hijos después, á quienes ella sacrificó recién entonces su rebelión y sus protestas, que antes no había doblegado el castigo,—y con maligna ferocidad conteniendo su despecho, concluyó así: «Si el comandante y el señor quieren, todo puede arreglarse, dejando á esta mujer que haga lo que le parezca... ¿oyes Marta? eres libre de volver ó quedarte, y sólo te advierto que mis hijos yo los guardaré con-

migo, allá en mi casa donde han nacido.»

En seguida, aceptada esta transacción, como no podía menos de serlo, se volvió tranquilamente de espaldas, absorbiéndose en los últimos preparativos de marcha, que poco después habían terminado.

La cautiva libraba entre tanto ruda batalla interna, pálida como una muerta bajo la horrible máscara de su tez abrasada; sombrío fulgor de venganza despidieron sus ojos, volviéndose sobre el bárbaro que no la miraba, y pareciendo exhalar en una congoja suprema, todo el inmenso dolor de estos diez largos años de servidumbre y de martirio, de ignominia y de miseria. Miró luego tristemente el alegre caserío lleno de sus recuerdos, donde su pasada infancia parecía otra vez animarse y llamarla para empezar de nuevo á vivir, en santa paz, conquistada al fin y para siempre, á costa de tantos sacrificios suyos tam-

bién. Divisaba allí el mismo fogón de amorosa lumbre tras el marco de las estrechas ventanas colgadas de fragante enredadera, y más arriba la blanca corona de humo, la humilde insignia del hogar que parece desprenderse con todos sus anhelos hacia lo infinito, por la tostada boca de las pequeñas chimeneas.

Allí también el modesto santuario, la capilla rústica, mostrando desde lejos su roja faz de ladrillos desnudos, donde al *Angelus* de todas las mañanas despertaban los nidos en sus muros y ella aprendía el amor á Dios, su fe y su esperanza para las inquietas noches del desierto. Después todavía el cementerio agreste color de esmeraldas, todo clavado de pequeñas cruces junto á la enorme cruz de piedra, donde dormían los suyos, padres y hermanos, donde podría á su vez descansar cuando ya hubiese sufrido bastante, — y hasta el perdido esposo apenas entrevisto feliz un momento, como ensueño, ante aquel altar que era á la vez la promesa y la condena, la unión y la despedida, y

ahora suplicante, desolado, más viejo que su edad, inválido para la lucha, pidiendo tan sólo su seno amante para reclinarse y morir.

Pero su mirada voló al fin más allá, muy lejos, tras el horizonte, hasta unos seres invisibles que ponían en sus ojos misteriosa ternura, y debió escuchar otras voces que la llamaban, porque su cabeza se inclinó torpemente, tan pesada como si el cuello fuese á troncharse; sus párpados llenos de sombras, último encanto respetado por el dolor y las intemperies, se oprimieron en su mejilla sobre dos lágrimas, y con voz apenas perceptible, dijo: «¡Vamos!»

Se confundió entre la enorme caravana que ya partía, abandonándose distraída sobre su caballo, que alegre y nervioso saludaba con un prolongado relincho el camino de la querencia, humeante la grupa sudorosa en la última luz del crepúsculo; y como la noche caía muy rápida, y los cristianos se dispersaban en silencio, y los indios se apresuraban, cada vez más lejos, haciendo sus conjeturas y comentarios con

inconsciente respeto en voz muy baja,
bien pronto la brisa no trajo un rumor,
ni la luna proyectó una sombra en el
desierto inconmensurable.

G. RAMÍREZ CHAIN.

1895.



B. Fernández y Medina



B. Fernández y Medina

Nacido en Montevideo en 1873. Periodista desde el año 1888. Ha publicado *Charamuscas*, colección de artículos y cuentos (1892); *Cuentos del pago*, novelas cortas (1893); *Camperas y Serranas*, poesías (1894), y *Antología Uruguaya*, 1.^{er} tomo, prosa (1895).



Auri sacra fames

*(Al distinguido literato
argentino Carlos Vega
Belgrano.)*

I

Por el ancho camino humedecido todavía de las recientes lluvias, marchaba un grupo de hombres de campo, dando la espalda al pueblo rodeado de arboledas que sólo dejaban ver las torres sin concluir de la iglesia y la chimenea colorada de un molino á vapor.

Eran cinco hombres, todos bien montados, y al compás de la marcha hablaban del objeto de su viaje al pueblo, que había sido llevar á enterrar

al viejo pulpero de la Vuelta Redonda, muerto por una fiebre que el médico no acertó á diagnosticar.

— Suerte linda la del gallego chico (dijo de pronto uno de los hombres): ahora se queda con la pulpería y con toda la hacienda del viejo, porque dicen que es el único heredero...

— Todo diablo tiene suerte (dijo otro con acento sentencioso).

— Y como miserable (observó un tercero), el galleguito es de los que no comen huevos por no tirar las cáscaras. Le daba cola y luz al tío, que Dios haya perdonao.

Los jinetes llegaron á la cumbre de la cuchilla, y en el momento en que se descubrían ante la cruz de la Misión, clavada en aquel sitio, oyeron el galope de un caballo, y volviéndose, reconocieron al llamado por ellos *gallego chico*, todo enlutado, que se había apresurado á alcanzarlos, después de recibir los últimos pésames de sus colegas y conocidos del pueblo.

No era muy joven. Representaba treinta años bien cumplidos, y su cara

tenía poco de simpática, á pesar de cierta sonrisa que no pasaba de proyecto y que ahora estaba del todo ausente por obligación del duelo.

En cuanto se incorporó al grupo, la conversación cambió.

—¡Pobre viejo! (dijo uno) ya no volverá á jugar aquellos partidos de solo, que tanto lo calentaban.

—Así es el mundo (agregó filosóficamente otro); y un joven de aspecto sentimental, exclamó con entonación triste:

—Mire, amigo, que el cementerio es cosa que impresiona. En toda la vida no me olvidaré de aquel cristiano que vimos en el nicho roto, medio comido por los gusanos... ¡Cosa triste, amigo!

—Peor es (le observó un viejo), morir en medio del campo y que se lo coman los caranchos y los perros cimarrones, sin que nadie sepa, cuando ve blanquear sus huesos entre el pasto, si son de persona ó de animal, y ni reciben siquiera un Padrenuestro por su alma.

Estas salidas lúgubres sobrecogieron á los viandantes; y no se habló más.

Siguió el trote de los caballos resonando en el camino húmedo, con ruido de recados oprimidos; y el sol empezó á calentar. Ya era cerca del mediodía.

II

El *gallego chico*, ó sea Manuel Castro, sobrino y heredero del viejo don Antonio, propietario de la pulpería de la Vuelta Redonda, no tuvo mucho duelo.

Los primeros días se sintió sin duda mal en la casa, extrañando la presencia del viejo; pero las preocupaciones de la testamentaría no le dejaron más tiempo para reflexionar, que las horas de la noche que precedían al sueño, y en las cuales la tristeza infinita que envuelve á la campaña oprime más á las almas solas.

Fué en una de esas tardes que Manuel pensó por vez primera en el aburrimiento de la vida de soltero, y dirigió la aspiración al matrimonio, hacia la hija de su compadre el comandante Fuentes.

Hasta entonces, Manuel no había sentido vacío á su alrededor.

Al salir de España tenía diez años, y era ya huérfano, sin más parientes que don Antonio.

Al lado de éste se hizo hombre, sin pensar más que en seguir sus consejos é imitarlo para llegar á ser un buen pulpero, conocedor del negocio y sobre todo de los marchantes.

Don Antonio era de esa clase común de los comerciantes de campaña, avaro y usurero. Sabía cambiar sus mercancías por los frutos de las estancias, ganando más del ciento por ciento en los trueques. Había empezado como mercachifle ambulante, pasó á pulpero estable, la pulpería aumentó hasta ser una de las más importantes del departamento. Su dueño no tardó mucho en convertirse en estanciero, y siguió acrecentando año por año la hacienda, hasta el punto de que su sobrino heredó más de cincuenta mil pesos de bienes.

Manuel parecía nacido expresamente para el negocio, como decía su tío. Y desde chico se reveló tan interesado,

tan especulador y ahorrativo, que el viejo prefería dejarle tratar con ciertos clientes, convencido de que les sacaba el jugo mejor que él.

Así el *gallego chico*, nada simpático á los paisanos, sabía poner mala cara á todos los pobres que llegaban á pedir fiado, y cara risueña á los estancieros ricos, que todavía no se habían acostumbrado á surtirse en el pueblo. Sabía avaluar por lo bajo los cueros que le llevaban los vecinos necesitados, y cambiarlos por yerba, azúcar, y algún corte de vestido, puestos en el triple de su valor.

Tenía un instinto certero para discernir, entre los mozos que pedían dinero ó compraban algunas *pilchas* para ellos ó para obsequiar á la consentida, cuáles pagarían los vales pronto y cuáles tendrían que ser esperados hasta que los habilitaran los padres.

En este medio, reprimiendo el corazón para que no se conmoviera por la miseria, y estimando todo según las ganancias y conveniencias, llegó á ser un avaro empedernido, amante insacia-

ble del dinero; hipócrita para tratar con los ricos y las autoridades.

Y llegó á suceder que el viejo don Antonio tuvo que discutir con él para dar alguna limosna, de tarde en tarde, cuando iba el cura del pueblo á bautizar los nuevos habitantes del pago, y momentáneamente ejemplarizado por las exhortaciones del sacerdote, quería el pulpero quedar bien ante sus amigos y compadres ricos, y ganar algunas bendiciones que en el fondo creía necesarias para su alma, atemorizada por la proximidad de la muerte.

Cuando Manuel se vió único dueño de la pulpería de la Vuelta Redonda, cambió algo de conducta.

Antes de morir el viejo tío habían germinado en su cabeza ciertas ideas de progreso y de alteración de la vida, que le parecía demasiado monótona.

Él no se daba cuenta bien de lo que deseaba, pero sentía la necesidad de algo, como la había sentido en más tiernos años, cuando sueños raros lo dominaban en las siestas voluptuosas del verano y en las mañanas en que la

naturaleza se despierta como deseosa de recibir al sol que asciende espléndidamente, descorriendo una cortina de nubes vaporosas.

Pero los anhelos vagos, las ansias inexplicables habían pasado, y el mozo enclaustrado en la pulpería, sin conocer más gente que la que le hablaba al través de la reja, mirándose en su tío, que parecía no haber tenido un amor en su vida, dedicó todas las energías al negocio; y la existencia siguió su curso implacable.

Pero ahora, Manuel sentía otras aspiraciones. Leía diarios y novelas, y unos le sugirieron la idea de ensanchar los negocios, acomodándolos á la época de evidente progreso, y las otras le revelaron una vida nueva, con amores y goces desconocidos de él.

Hasta entonces tenía casi repulsión á las mujeres: por ignorancia primero, por timidez y frialdad de temperamento después. En el pueblo algunos colegas y conocidos habían querido llevarlo á correr aventuras por los ranchos orille-ros, pero él se negaba siempre y apenas

pensó algunos ratos en las bromas que le dieron respecto de su vida en el pago, donde según los del pueblo debía ser un Sultán, un gallo que cantaba cada mañana en distinto gallinero...

La verdad es que no le faltaban ocasiones, pero no las aprovechaba; jamás se había prevalido de su situación respecto de algunas familias pobres que eran deudoras de la pulpería, y que la miseria y la relajación de la conciencia moral, hacían rodar á la perdición.

III

Una tarde, mirando al campo, que lleno de ruidos se dormía bajo los últimos resplandores del sol disueltos como polvo de oro en la atmósfera perfumada, Manuel se sintió muy solo y muy triste.

Ya no le bastaba la conversación llena de reminiscencias y *saudades* de la tierra natal, con el joven dependiente; y la idea de un porvenir igual al del tío

que yacía en el cementerio del pueblo, sin haber gozado nada de la vida, lo asustó.

Pasó por la memoria un recuerdo agradable, con perfume más sensible que el de la brisa crepuscular; y ante sus ojos vió patente la risueña imagen de Amparo, la hija del comandante Fuentes, que acababa de llegar á su casa, de vuelta del colegio de las Hermanas, convertida en una arrogante moza, hermoseedada por el traje y los modales *puebleros*.

Manuel, que la había conocido niña y que nunca había reparado en ella, se encontró encogido y turbado cuando la joven le tendió graciosamente la mano, mientras el comandante y su mujer no cabían en sí de satisfacción, y deseaba que el compadre don Manuel hiciera preguntas á la señorita, por que se convenciera de lo mucho que había aprendido.

No se le ocurrió á Manuel preguntar nada; y Amparo tuvo que sacarlo de la perplejidad hablándole afectuosamente, recordándole ciertas travesuras que no

habían llegado á conocer los padres, como la de haberle puesto en el mate una paja que lo hizo toser media hora . . .

Al fin se llevó la conversación á terreno más fácil para todos, y las horas de la visita transcurrieron insensibles para el pulpero, que, al despedirse del comandante y de Amparo, llevaba algo nuevo en su corazón.

No se explicaba todavía por qué al desandar el camino entre la estancia de Fuentes y la pulpería, tarareaba una tonada de décima y hasta intentaba recordar los conceptos amorosos, que tantas veces había oído sin entusiasmo, á los mozos que bajo la solera tocaban la guitarra y cantaban versos de amor.

La impresión que Amparo le causara siguió ahondando en el corazón de Manuel, y cuando empezó á sentirse solo y triste, también pensó en el amor, en el matrimonio, en la casa llena de chicuelos alegres . . . Una noche se despertó creyendo haber oído en el sueño el llanto de un niño y la palabra « *tatita* » balbuceada con acento criollo.

No dudó mucho tiempo. Volvió á visitar á su compadre y encontró á Amparo en traje de casa, «á la *négligé*» como le dijo ella, luciendo su conocimiento del francés, para disculparse de que la hubiera sorprendido en un desaliño, que parecía estudiado para interesar y suscitar cavilaciones sobre encantos cuidadosamente ocultos.

Manuel volvió á su casa cantando como la otra vez, y resuelto ya á casarse con Amparo, si ella lo quería, pues por parte del padre estaba seguro.

Acaso no era sólo el amor quien había decidido al pulpero á dar este paso, sino también los cálculos sobre la hacienda del comandante, que consistía en cuatro suertes de estancia y mucho ganado, para repartirse entre dos hijas.

Comunicó el proyecto al compadre, y éste lo halló muy agradable; y pronto Manuel empezó á frecuentar la estancia de Fuentes como novio.

Amparo había recibido una educación seria, y lejos de tener la cabeza

llena de humo y romanticismo, mostraba conformidad fácil y prudente.

Aceptó como novio al pulpero, aunque había desproporción de edad, y se empeñó en quererlo con la esperanza de infundirle sentimientos más generosos de los que la fama le atribuía fundadamente, y de poder favorecer á los pobres del pago, que tantos socorros recibían ya en la estancia, y de su propia mano.

Estos sentimientos de Amparo no dejaron de inquietar bastante á Manuel, cuando empezó sus amores, pero á su vez se prometía corregir el defecto de derrochadora que notaba en la joven, y enseñarla á estimar debidamente el dinero, y conocer las pillerías del mundo, en el que todos los que pedían y se lamentaban eran, según él, unos pillos, porque los pobres verdaderos pasan miserias y no mendigan.

Pronto empezó á insinuar estas *experiencias* á Amparo, que le retribuyó los consejos con un sermón en regla sobre la caridad, llegando á repetirle frases de San Pablo, que había aprendido de memoria en su libro de misa.

Crecieron las inquietudes de Manuel después del sermón, pero se iba enamorando de veras y allanó todo, confiando en la autoridad del marido para el futuro.

No dejó tampoco de comunicar á Amparo sus ideas sobre el ensanche de los negocios, y halló en ella una excelente consejera, que completó sus proyectos y lo estimuló á realizarlos. Se trataba de establecer una gran casa de comercio en el pueblo, al frente de la cual estaría Manuel, quedando la de la Vuelta Redonda á cargo del dependiente. Entonces podría adquirir todos los frutos de las estancias del pago y hacer un doble negocio.

Además, la agricultura empezaba á tomar incremento en aquella región, y se podría tratar de habilitar con máquinas y otros medios á los paisanos y á algunos colonos extranjeros, con la seguridad de obtener buen interés.

Estos proyectos deberían realizarse muy pronto, en el año siguiente, y una vez establecida la nueva casa, Manuel y Amparo se casarían é irían á vivir al pueblo.

IV

El año estaba por finalizar, y Manuel, que ya había consultado sus planes con comerciantes de Montevideo, empezó á prepararse para liquidar los negocios del pago y marchar á la capital á surtirse. Entonces, dominado por la idea de realizar su gran aspiración y redondear el capital, se reveló preponderante en él la ambición del dinero. Empezó á apremiar á todos sus deudores, sin consideración alguna, y sus rigores cayeron como un azote sobre el poverro, que iba alargando sus cuentas, siempre aumentadas, aunque dieran al pulpero cuanto ganaban en el año.

Manuel se mostró implacable con todos. Uno de los casos más tristes fué el de unos negros que poseían una pequeña chacra, y que habiendo perdido casi por completo dos cosechas seguidas, tenían una deuda considerable en la pulpería. Hizo las primeras intimaciones un procurador que había venido

del pueblo expresamente para ayudar al pulpero en la liquidación.

Los pobres negros prometieron y rogaron sin resultado; el asunto pasó á la justicia, y poco tardó en sacarse á la venta la chacra, que pasó á ser propiedad de Manuel.

Los negros, en su desesperación, acudieron á todos los vecinos pudientes en solicitud de socorros, y principalmente á Fuentes y á su hija, quienes se dirigieron á su vez á Manuel; pero éste, para evitar lo que llamaba *tragedias*, se había ido al pueblo. No era cosa inaudita que un paisano arruinado por la usura del pulpero le partiera el corazón de una puñalada al través de la reja de la casa.

La parte más triste de aquel suceso fué el desalojo. Los negros, que habían recibido el campito como legado de unos patrones caritativos; que habían removido toda su tierra, regándola con su sudor; que habían obtenido de ésta tantos frutos, sentían que les arrancaban parte de la vida con su propiedad. Al fin el juez y la policía se presentaron

un día, y les obligaron á cargar sus pobres muebles en un carrito y á salir del campo querido.

Los dos negros, reconcentrado en su dolor el hombre, llorosa y desesperada la mujer, y rodeados de cuatro chiquitines, que lloraban asustados y sorprendidos, se alejaron de los que habían sido su campo y su casa.

Dos días y dos noches estuvieron en medio del camino, sin comer, mirando de lejos, al través de lágrimas, el hogar perdido. Al fin un vecino, condolido, los recogió, dándoles un trozo de campo para que hicieran casa y formaran una pequeña chacra.

Cuando Manuel conoció los detalles tristes de la ejecución, se conmovió algo, pero al saber que los negros estaban ya establecidos en otro campo, se le quitó toda sombra de preocupación y sólo pensó en el resultado de estos apremios, que ponían en sus manos una considerable cantidad de dinero, frutos y propiedades.

El desenvolvimiento del negocio lo preocupaba principalmente, y hasta el

casamiento con Amparo era como una contingencia, una parte subordinada de la gran combinación.

V

Provisto de una gran cantidad de dinero y frutos, y después de dirigir una carta afectuosa al comandante y otra á Amparo, Manuel marchó del pueblo á la capital.

Ésta era casi desconocida para él, pues solamente había estado en ella dos veces: al llegar de Europa, siendo muchacho, y cuando, después de inaugurado el ferrocarril que unía al pueblo con la capital, tuvo que hacer un rápido viaje por encargo de don Antonio.

En la casa de comercio mayorista con quien tenía los negocios principales y adonde fué á parar, se empeñaron en hacerle conocer la ciudad. Empezaron por llevarlo á los teatros y á los paseos, más concurridos éstos que aquéllos en las noches de verano; y concluyeron por arrastrarlo á una orgía des-

ordenada, ilusionándolo con la mentira de que se trataba de casa y personas excepcionales, que sólo por mérito de grandes influencias admitían forasteros.

Entre fiestas, paseos y arreglo de negocios se le pasó un mes á Manuel.

Mediaba Febrero, cuando se resolvió á regresar al pueblo con un gran cargamento para establecer el nuevo almacén á la par de los mejores de la capital, aunque con surtido más complejo, y reforzar la pulpería de la Vuelta Redonda.

También llevaba todos los muebles para alhajar la casa en que iba á vivir con Amparo muy pronto; y llevaba regalos especiales para ésta.

¡Con cuánta satisfacción recorría el andén en la noche de la partida, mirando con cariño los trece wagones cargados exclusivamente con su mercancía. Estaba locuaz en estos momentos, y con el dueño del almacén mayorista hablaban, interrumpiéndose mutuamente, repitiéndose consejos, encargos, promesas, y augurando éxito felicísimo á sus combinaciones comerciales.

Por fin el tren se puso en marcha.

Manuel dió la mano á su acompañante por la ventanilla del wagón; se puso un gorro inglés de viaje, y se sentó dispuesto á entablar conversación con dos compañeros de *compartimiento*, pulperos de campaña también, y que le habían sido presentados por el comerciante mayorista.

Empezaron por hablar del tiempo que presagiaba tormenta; de la marcha de aquel tren, el más rápido de la línea central; se hicieron comparaciones con los ferrocarriles de Europa y de los Estados Unidos, para llegar á la conclusión de que el servicio es pésimo aquí.

Pasada la estación Yatay, por última vez se vió desde las ventanillas de la izquierda el puerto, con los buques, cuyo balanceo se señalaba en la oscuridad por las luces tambaleantes.

— ¡Qué pocos buques hay! (dijo Manuel); y esta exclamación sugirió otro tema: el de la crisis económica; la falta de actividad comercial; la necesidad de que el gobierno se preocupara de hacer renacer la confianza perdida desde la quiebra ruinosa de los bancos nacidos

en época de más entusiasmo que verdadero progreso; y la urgencia de habilitar al puerto para recibir los buques de ultramar en iguales ó mejores condiciones que los de Buenos Aires y La Plata.

Iban enredados en discutir estos asuntos, cuando el tren, después de una corta parada en las Piedras, se detuvo jadeante en Canelones.

— Vamos á estirar las piernas (propuso Manuel), que no podía pasar mucho rato sin ver su mercancía y que ya se había asomado impaciente por las ventanillas en todas las estaciones.

Sus compañeros aceptaron la invitación y bajaron dos con él. Uno era español, bajito, de aspecto enfermizo, de barba y cabellos canosos, de voz áspera y dificultosa de emitir; el otro era brasilero, dueño de un hotel, una carpintería y una sastrería reunidos en híbrida amalgama en una casa de San Eugenio, sobre la frontera del Brasil.

En el andén de la pequeña estación, el jefe corría de un lado para otro con un farol en la mano, dando órdenes para el desvío de un tren cargado de trigos,

que le anunciaban de Santa Lucía. Algunas personas más se paseaban despacio, como que habían venido del pueblo á matar el tiempo presenciando el paso de los trenes.

Manuel y sus compañeros caminaban lentamente, mirando el largo convoy que parecía no tener fin, en la obscuridad, de donde surgían los wagones iguales, cubiertos de encerados amarillos, que les asemejaban aún más.

Manuel, que observaba con atención todos los wagones, dijo de pronto á sus acompañantes:

— Desde aquí hasta el fin, toda es carga mía. Miren: aquí llevo vinos y caña; todo superior. Hay vino del país también, pero lo venderé como francés, porque sino no me lo pagarían bien. Aquí llevo, en este segundo . . . creo que arroz y comestibles; eso es: en este otro bebidas finas; en éste kerosene americano marca *Lux brillante*; en éste y en los otros tres van cosas de tienda y mercería; en los otros dos, de talabartería. Y ahora viene lo mejor: mis muebles, porque sabrán que voy á ca-

sarme con la hija del comandante Fuentes. ¿No lo conocen? Es de los principales estancieros del departamento y el gobierno lo respeta mucho... ¿Ven esta carga alta? es porque va el ropero de espejo, para verse de cuerpo entero, y un gran aparador. Allí llevo las sillas y lo demás, hasta máquina de coser, porque todo debe tenerse en una casa bien puesta....

Siguió enumerando todavía hasta terminar el recorrido del tren y dar con el farol colorado y verde puesto en la cola. Entonces regresaron hacia la estación. Al volverse les dieron de lleno en la cara algunas rachas frescas que soplaban del Noroeste.

Llegaron á la locomotora, que bufaba como caballo que tasca el freno deseoso de emprender la carrera. Bocanadas de aire caliginoso salían de la gran hornalla, y la chimenea despedía una columna de humo negro y espeso.

Se adelantaron algo más y pudieron contemplar de frente el tren, cuyo cuerpo se perdía en la oscuridad. La cabeza era la locomotora negra, que exhalaba

vapor y humo, y mostraba el fuego chisporroteador de su hornalla, y el farol único, grande, de luz blanca vibrante, que parecía el ojo de un animal fantástico, abierto para atraer y cegar á las víctimas. Su luz iluminaba un gran trecho de la vía cubierta del balaste que no podía vencer la fertilidad del suelo y debía dejar paso por todos lados á plantas rastreras.

El humo negro se tornó blanco y al mismo tiempo volaron algunas chispas, que las ráfagas del aire llevaron encendidas largo trecho.

— ¿Su carga está asegurada? (preguntó de pronto el brasileiro á Manuel.)

— ¿Por qué? (respondió él), y en seguida repitió lo que había oído días antes á un amigo del comerciante mayorista, sobre la inutilidad de las Compañías de Seguros, diciendo que éstas convenían solamente á los pillos, pues los hombres honrados no las necesitaban.

— Pero, amigo (le observó el comerciante español), en un viaje hay muchos peligros. No es el primer tren que se ha quemado entero. ¿No se acuerda de lo que pasó en Santa-Fé?

Y le contó en seguida cómo se había incendiado un tren por el descuido de los guardas que dejaron calentarse un eje hasta que echó llamas y el fuego se comunicó á las cargas y hasta á los wagones llenos de inmigrantes, de los cuales murieron varios asfixiados dentro de los departamentos.

Manuel, al oír este relato, sintió un estremecimiento y le corrió sudor frío por la frente, como si viera ya destruída por el fuego la carga, que era más de la mitad de su caudal.

Le entró de pronto arrepentimiento, por no haber tomado seguro, y apenas se tranquilizó cuando el guarda le dijo que los incendios eran muy raros y que únicamente podía temerse que se recalentaran las ruedas, ó las chispas voladoras que cayeran sobre los encerados los hicieran arder... Todo muy difícil.

El tren siguió la marcha en la noche oscura y calurosa. Donde quiera que los viajeros miraban, veían sombra. El cielo y la tierra se confundían en ella. Arriba, brillaban los planetas y las estrellas, y parecían apagarse y encenderse

en la continua vibración de la luz. Abajo, las arboledas semejaban nubarrones, y las luces de los hogares sumergidos en la obscuridad, se veían un momento, desaparecían, y volvían á lucir como las luciérnagas que surcaban el aire por todos lados.

Se pasó el Santa Lucía, y el tren, siempre jadeante, como si también existiera en su organismo calor y fatiga, marchó al través de las cuchillas, hacia el norte.

La conversación había cesado en el departamento donde iba Manuel. Uno de sus compañeros, el brasileiro, se había dormido; el otro cabeceaba ya y apenas respondía á las preguntas del pulpero de la Vuelta Redonda, que, desechado momentáneamente el temor del incendio, quería enterarse de ciertas particularidades del comercio de tránsito para el Brasil...

VI

En la madrugada, que empezaba á refrescar, el tren había pasado el Yi y la Cuchilla Grande, y descendía hacia el río Negro.

Á esa hora parecía que únicamente la locomotora estaba despierta, y que los pasajeros y los empleados todos dormían.

Sino, ¿cómo no hubieran sentido un insistente chillido que despedían algunas ruedas de los wagones de carga?...

Una pitada seca, frustrada, y otra más sonora, despertaron á todos. El tren se había detenido. Creyeron algunos que se trataba de algún tropiezo en la vía, algún animal, que, aturdido y soñoliento, estuviera entre los rieles. Pero las pitadas cesaron y se sintió movimiento y alarma en todo el tren.

Algunos pasajeros se asomaron por las ventanillas, escudriñaron con los ojos doloridos y nublados todavía por el sueño y no vieron nada en la obscuridad. Sin

embargo, Manuel, que había tenido una pesadilla torturante relativa al incendio, vió en seguida lo que ocurría. Saltó del wagón al campo, al tiempo que otros pasajeros, alarmados por las pitadas del guarda y las voces de los empleados, se apresuraban también á salir.

La pesadilla de Manuel se confirmaba: un wagón de carga, cuyas ruedas se habían recalentado hasta el exceso, ardía ya de un extremo al otro, y las llamas, alentadas por la brisa, lamían los encerados de los wagones vecinos, que no tardaron en incendiarse.

Manuel sintió frío en el cerebro, se estremeció todo y estuvo á punto de caer. Hizo un esfuerzo y corrió hacia el grupo donde los empleados deliberaban.

La opinión general era cortar el tren para salvar los wagones de pasajeros y lo demás que se pudiera.

Cuando Manuel se enteró de la resolución suprema, recibió un nuevo golpe en su cerebro. Casi toda su carga sería abandonada á la eventualidad, á la pérdida segura, porque no había en

aquella cuchilla, donde la seca del verano había agotado hasta los manantiales, ninguna aguada á la cual se pudiera acudir para combatir el fuego.

El maquinista, con una pitada de la locomotora, anunció que estaba pronto para la maniobra de cortar el tren. Se hizo el primer desenganche entre los últimos wagones de carga y el contiguo á los incendiados, y éstos con los de pasajeros marcharon un corto espacio; se hizo el segundo desenganche, y los wagones de pasajeros se separaron de los cinco que ardían, y que quedaron entre las otras dos partes. El tren, así dividido, parecía una víbora que, partida por dos hachazos, siguiera arrastrando la cabeza con un trozo del cuerpo, mientras el resto quedaba, retorciéndose con un resto de vida.

El guarda, en cuanto se efectuó la maniobra, invitó á los pasajeros á subir á los wagones para seguir viaje hasta el río Negro, en marcha rápida, con el fin de solicitar allá recursos para extinguir el incendio, si era posible, ó llevarse el resto del tren de carga.

Todos los pasajeros accedieron, menos Manuel, que, dolorido como ninguno, quería quedarse á cuidar su carga, á verla extinguirse y con ella sus esperanzas ambiciosas, que le quemaban el alma en aquellos momentos.

El fuego parecía haber buscado la carga más propicia. El primer wagón incendiado contenía kerosene, y las latas, que, fundidas por el fuego, se abrieron, dejaban escapar una hemorragia de líquido ardiente que envolvía el wagón y caía hasta el suelo esparciéndose como una mancha luminosa. Los otros wagones que se incendiaban, contenían los artículos de mercería y tienda y los muebles de Manuel.

En su desesperación, viendo que los peones que habían quedado para cuidar los wagones nada hacían para salvar aunque fuera una parte de la carga, el pulpero los apostrofó, rabioso, casi llorando, é intentó sacar las telas finas, todo lo valioso que sus manos hallaran, pero el humo lo asfixió y el fuego le chamuscó las manos y la cara, haciéndolo retroceder, más rabioso aún al reconocer su impotencia.

Tenía los ojos saltados, el rostro demudado, y un temblor continuo agitaba su cuerpo, mientras no cesaba de renegar y blasfemar.

El fuego pasó al wagón de los muebles: primero salió un humito blanco como vapor, después humo negro, y por último las llamas envolvieron todo; consumieron los cajones y descubrieron ya las piezas de la cama, que sólo estos devoradores abrazos había de recibir; ya el ropero de espejo, cuya luna brillante, donde se miraron como con coquetería, las reflejó sobre el campo, hasta que, privada de su armazón, cayó y se hizo añicos; después las sillas, que parecían un castillo de artificio, cuando las llamas como lenguas las lamían y saltaban de una á otra, convirtiéndolas en un esqueleto ardiente, que se sostuvo en equilibrio largo rato.

Pasó el fuego á las ropas, y allí se amortiguó; su acción fué más lenta, pero no cesó, y los vestidos destinados á Amparo, todo el lujo que para su novia llevaba Manuel, se convirtió en cenizas, bajo la acción de aquel fuego

implacable que parecía divertirse ascendiendo en el humo, danzando en los trozos elásticos de las llamas, dejándose acariciar por la brisa y fundiéndose en una llamarada enorme, que cubrió al fin como un sudario los restos carbonizados, humeantes y chisporroteadores de sus víctimas

Todo esto veía Manuel, pero no sentía la belleza artística del incendio, que los campos parecían despertarse á contemplar y admirar.

Sentía, sí, el ardor del fuego en las entrañas; le parecía que todo su interior se consumía, y ni una idea producía su cerebro, que estaba como estrujado por el efecto del tremendo suceso ... Ni siquiera pensaba que las pérdidas eran insignificantes para él. Su avaricia no cedía una paja al incendio.

Salió de pronto de este estado, sorprendido, como los peones que estaban á su lado, por un extraño movimiento de los wagones salvados del incendio.

Se movían, los frenos estaban flojos; en la pendiente recobraban las ruedas el impulso de la marcha, y empe-

zaban á rodar, lentamente al principio, con alguna rapidez en seguida, y antes que los peones pudieran acudir á detenerlos, cayeron sobre los wagones ardientes y los arrastraron por la cuchilla abajo en velocidad redoblante.

Manuel, ante aquel espectáculo, cambió su sorpresa en enajenación, y ya enloquecido, viendo que el fuego iba á aniquilarle ahora toda la carga, corrió gritando y arrancándose los cabellos, detrás del tren, que en la obscuridad, todavía densa, envuelto en llamas, parecía una máquina fantástica.

El movimiento y la brisa avivaban el fuego que pasaba de un wagón á otro; y todos ardieron al fin en la carrera desenfrenada, al través de los campos, dejando un rastro de chispas y de humo, que la brisa esparcía al ras del suelo ó levantaba en copos á la altura, donde la claridad precursora del amanecer, se extendía como pálido resplandor de luna.

B. FERNÁNDEZ Y MEDINA.

FIN

Índice



Indice

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	5
EDUARDO ACEVEDO DÍAZ.....	13
El combate de la tapera.....	18
DANIEL MUÑOZ.....	43
Una quemazón de campo.....	47
RAFAEL FRAGUEIRO.....	67
De paseo.....	72
JOSÉ LUIS ANTUÑA.....	99
La sombra del Ahué.....	103
LUIS CARDOSO CARVALLO.....	113
El penado 120.....	117

	<u>Págs.</u>
TEÓFILO E. DÍAZ.....	131
Claudio.....	135
CARLOS REYLES.....	147
Mansilla.....	151
MANUEL BERNÁRDEZ.....	175
El desquite.....	179
EDUARDO FERREIRA.....	215
El canto del gallo.....	219
DOMINGO ARENA.....	249
El burro de oro.....	254
JUAN GIRIBALDI HEGUY.....	287
Plazo fatal.....	291
ROBERTO DE LAS CARRERAS.....	303
Amigos.....	307
VÍCTOR PÉREZ PETIT.....	321
Día de lluvia.....	325
ROBERTO WILSON.....	337
Verano.....	341
CARLOS M. MAESO.....	351
El compositor de décimas.....	355

	<u>Págs.</u>
GONZALO RAMÍREZ CHAIN	363
En el desierto.	367
BENJAMÍN FERNANDEZ Y MEDINA	381
Auri sacra fames.....	364



*Este libro ha sido impreso y encuadernado
en el establecimiento tipográfico
de Dornaleche y Reyes.*

Montevideo, 19 de Abril de 1895.



Imprenta Artística

Y LIBRERÍA

DORNALECHE Y REYES, Editores

18 DE JULIO, 77 Y 79 — MONTEVIDEO

OBRAS DE ESTUDIO PUBLICADAS POR ESTA CASA

Gramática de la Lengua Castellana, por la Real Academia Española, abreviada á un nuevo método de enseñanza y con ejercicios de composición por Federico N. Abadía. Tomen de 270 páginas convenientemente en tela.....

Geometría, para la enseñanza de la lectura, por José H. Figueroa, 14 números de 12 ejercicios, pegados sobre un libro.....

Notiones de Geometría Elemental, 1.ª parte, por Magister, como obra adoptada por la Dirección General de Instrucción Pública. 1 tomo de 142 páginas en tela.....

Notiones de Geometría Elemental, 2.ª parte, por Magister. 2 tomo de 84 páginas, en tela.....

Estudio abreviado de la literatura contemporánea, tomo 1.º por el doctor Samuel Utrilla, catedrático de literatura en la Universidad de Montevideo. Contiene: literaturas francesa, española portuguesa é italiana. 1 volumen de 300 págs.,ústico, \$ 2.00; en tela.....

Estudio abreviado de la literatura contemporánea, tomo II. Contiene: literaturas inglesa, alemana, escandinava, holandesa, belga, italiana, griega y eslava. 1 volumen de 314 págs.,ústico, \$ 2.00; en tela.....

Geografía Nacional de la República U. del Uruguay, por Dr. Juan Arnal. (2.ª edición simplificada y corregida). 1 tomo de 216 páginas, con un mapa recientemente enmendado.....

Curso de Trigonometría esférica. Por Nicolás S. Faggio. 1 tomo de 130 páginas, con 26 figuras intercaladas en el texto; en tela.....

Apuntes de Derecho Administrativo, (Sustitución De Órgano Público), por el doctor don Luis Varas, con un prólogo del doctor don Carlos M. de Pena. 1 tomo de más de 500 páginas, en tela.....

Principios de Química general, arreglados de apuntes de Química Inorgánica, por el profesor A. F. Carrasquero. 1 tomo de 170 páginas, con figuras intercaladas en el texto.....

Apuntes sobre aplicación de Matemáticas elementales, por el profesor don Eduardo P. Montevideo, 1 tomo de 140 páginas en tela.....

Comentarios del Código Civil, por el doctor don Álvaro Gullón, catedrático sustituto de Derecho Civil en la Universidad de Montevideo. Un tomo de 8.º, que trata de las INTES Y DE LAS VINCULAS, convenientemente en tela.....

**This book should be returned to the
Library on or before the last date stamped
below.**

**A fine of five cents a day is incurred by
retaining it beyond the specified time.**

Please return promptly.

